

LECCIONES
DE
MORAL, VIRTUD
Y URBANIDAD

POR J. B. DE URCULLU

NUEVA EDICION

Padres de familia, enseñad prime-
ramente á vuestros hijos las cosas
necesarias, en seguida las útiles, y
por último las que sirven de adorno.

LIBRE

6.

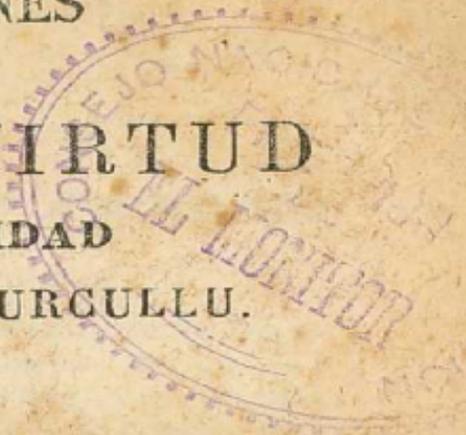
AÑOS



LL.
1885
URC

26180.

LECCIONES
DE
MORAL, VIRTUD
Y URBANIDAD
POR J. B. DE URCULLU.



—
OCTAVA EDICION.

Padres de familia, enseñad primeramente á vuestros hijos las cosas necesarias, en seguida las útiles, y por último las que sirven de adorno.

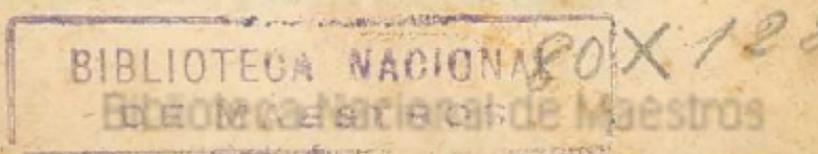


6166
PARIS

LIBRERÍA DE GARNIER HERMANOS

Calle de Saints-Pères, 6.

—
1885



A
- 21
98



00082942

SOR. D. JOAQUIN ESCARJO.

Mi más apreciable amigo :

Los antiguos tenían la costumbre de dedicar sus obras á aquellos amigos á cuyas instancias debían sus diversos ensayos : yo, siguiendo su ejemplo, dedico á V. la presente obrita intitulada : *Lecciones de Moral, Virtud y Urbanidad*, que espero se servirá V. admitir, aunque no sea mas que como una pequeña prueba de mi sincera amistad. Digo esto último, porque hace cuatro ó cinco años, cuando nuestras relaciones amistosas no eran tan estrechas, y cuando la suerte de V. era tan diversa de la que es hoy, se hubiera podido creer que la adulacion movia mi pluma : pero la adulacion, que tan diestramente sabe emponzoñar el oido, siempre va en pos de la Fortuna para respirar el mismo aire que el poder y las riquezas ; nunca se la ve quemar su incienso en las aras de la Desgracia. Como esta nos persigue á entrambos, bien puedo creer que nadie interpretará siniestramente mis acentos.

Sí, amigo mio ; una es la desgracia que nos persigue, una la tormenta y naufragio que hemos padecido, y hasta los desengaños

que hemos experimentado, y que experimentaremos en tanto que la voluble diosa no nos lance una mirada risueña, son y serán muy semejantes, por proceder de un mismo origen. Ambos, huyendo de los furores del despotismo, nos lamentamos en país extranjero de los males que desgarran el seno de nuestra patria, de aquella patria por cuyo bien se desveló V. tanto algun día. Retirado V. ahora en esa isla de Jersey, entregado al cuidado de su familia y consagrando las mas preciosas horas al estudio y á la educacion de sus cariñosos hijos, me complazco en creer que no le será indiferente una obrita que podrá contribuir á darles ideas sanas, y un conocimiento exacto de los deberes del hombre comprendidos en el título de ella. Justamente los dos mayores, Jacobito y Emilio, han llegado ya á aquella edad en que conviene imprimir en sus ánimos los principios que ha de desarrollar el tiempo, y de los cuales depende en gran parte su felicidad ó su desgracia futuras. Deben considerarse como una tierra dispuesta á recibir toda suerte de semillas, entre las cuales puede haber unas que den á su tiempo espinas, y otras flores.

« La educacion es al alma, segun dice Séneca, lo que la limpieza es al cuerpo; pide el mayor esmero, porque su influencia dura toda la vida, nada hay mas fácil que amoldar el alma tierna de una criatura;

nada mas difícil que desarraigar los vicios que han crecido con nosotros. » Un autor contemporáneo nuestro, hablando de la educación, dice que « debería mirarse como una parte principal de la legislación. Los pueblos modernos se ocupan bastante de la instrucción que despeja el entendimiento, y demasiado poco de la educación que forma el carácter. Los antiguos pensaban acerca de esto mas que nosotros; así es que cada pueblo tenia entónces un carácter nacional, que no tenemos nosotros. »

En prueba de esto habrá observado V. que todos los esfuerzos de nuestros maestros y profesores se dirigen mas á sacar discípulos hábiles, que á formar hombres de bien. Señalan premios, que raras veces reparten con equidad, para recompensar al que ha nacido con mas memoria que los otros, ó si se quiere, el que es mas estudioso; mas nunca para estimular á los jóvenes á ser justos y virtuosos. ¿Recita bien un muchacho un trozo de Virgilio? ¿acierta á componer entre dos docenas de versos latinos dos ó tres tal cual buenos? Ya es todo lo que hay que ser, ya es en concepto del maestro un ingenio peregrino, no halla palabras con que elogiárselo; al paso que una acción virtuosa del mismo no llamó su atención, para hacer que sus compañeros imitasen tan bello ejemplo. Hé aquí la razón por qué los padres de familias deben tomar á su cargo la ins-

truccion moral de sus hijos, considerándola como una planta delicada que raras veces progresa en manos mercenarias. Pero como no todos los padres tienen tiempo, ni disposicion de enseñar á sus hijos los útiles principios de la moral, los divinos preceptos de la virtud, y las agradables reglas de la urbanidad, es muy conveniente reunir todo esto en un pequeño volúmen, para que de este modo sin ningun trabajo puedan comunicarles lo que de otra manera seria una tarea larga, penosa y tal vez incompleta.

Hace un año poco mas ó ménos publicó el Sr. Ackermann unas *Cartas sobre la Educacion del Bello Sexo*, escritas con excelente estilo, y llenas de ideas conducentes á la mejora moral é intelectual de las mujeres. Desde entonces me ocurrió la idea de componer la obrita que hoy dedico á V. con tanto gusto. Felizmente hallé una gran parte del trabajo hecho, así como yo lo habia concebido, en una obra francesa de Blanchard. Otro autor francés y el lord Chesterfield me han suministrado los demas materiales que yo necesitaba. He seguido enteramente el plan del primero, porque me pareció muy bueno; pero he animado mucho mas el diálogo; he introducido dos interlocutores mas; he dado á algunos cuadros un colorido mas vivo y risueño; he acertado lo que me parecia difuso; he ensanchado lo que creí demasiado reducido; he añadido lo que en

mi opinion hacia falta; y en fin he suprimido lo que no se avenia bien con nuestras costumbres. Tambien he procurado amenizar la instruccion con anécdotas, hechos históricos y algunas fábulas, teniendo presente aquella lindísima comparacion del Taso al principio de su poema épico, y que voy á traducírsela á V. lo mejor que pueda, por venir muy bien en este lugar.

Así al doliente niño es presentado
 El labio de la copa cristalina
 Con dulce miel Bíblea barnizado:
 Entre tanto la amarga medicina.
 El inocente bebe, y no percibe
 Que envuelta en ella la salud recibe

En la parte que trata de la urbanidad he insertado algunas cosas que ciertamente no pertenecen á ella; pero en la suposicion que hago de que el padre de familias va recorriendo las diversas circunstancias en que pueden hallarse sus hijos en el período de veinticuatro horas, no me ha parecido fuera de propósito hablar del modo de emplear el tiempo, de la economía, de las amistades peligrosas, de la vanidad, y de alguna otra cosa mas de la cual pueda resultar utilidad. No me he olvidado de las niñas, ántes bien he puesto muy buenos consejos para el bello sexo en boca de la madre, introduciendo ademas varias excelentes máximas del filósofo griego Pitágoras, que merecen ser leídas de cuando en cuando para no echar

DEDICATORIA.

en olvido la sana doctrina que encierran.

Para que los escrupulosos no tengan que decir que va uno á buscarlo todo en autores profanos, he escogido en el libro de los Proverbios de Salomón unas cuantas sagradas máximas, dictadas á aquel sabio rey por el mismo que le dió la sabiduría, esto es, por el supremo Hacedor de todo lo criado.

Por último hallará V. una oda, que he traducido del francés, sobre los deberes de la sociedad; y un exámen curioso de los medios empleados en la educacion en un nuevo establecimiento en Suiza por un discípulo de Pestalozzi.

Aunque la obra tiene por objeto principal la instruccion de los jóvenes de ambos sexos, me parece que no perderán el tiempo en leerla muchos hombres formados, particularmente aquellos cuya educacion no haya sido la mas esmerada, ó cuya falta de memoria y poco trato con gentes finas les haga olvidar las reglas de la cortesania.

Haga V., amigo mio, que sus hijos se entretengan á ratos con este librito, ó bien léaselo V. de vez en cuando: por poco que lean aprenderán alguna cosa, y en la satisfaccion que V. halle al ver que no han malogrado el tiempo en su lectura, tendrá la mas dulce recompensa su sincero y afectísimo amigo.

JOSÉ DE URCELLU.

Lóndres, 30 de noviembre de 1825.

LECCIONES

DE

MORAL, VIRTUD Y URBANIDAD.

INTRODUCCION.

Despues de haber viajado un caballero español por Francia, Alemania é Inglaterra, y residido algunos años en la corte, se retiró á cuidar de sus haciendas al lugar de su nacimiento con su esposa y tres hijitos, cuyos nombres eran Jacobito, Emilio y Luisita. Proponíase el padre que el primero siguiese la carrera militar, y el segundo la de las leyes; porque aunque el mayor tenia solamente doce años, y el segundo once, con todo, habia notado, despues de muchas observaciones, la aficion del uno á las armas y á todo género de ejercicios penosos, en tanto que el otro mas sedentario se entretenia en juegos pacíficos, y en hojear á cada instante los libritos que le daban. Ya para aquel tiempo habia tenido buen cui-

dado de instruirlos en todo aquello que su tierna edad era susceptible de recibir con provecho. Además de esto tenia intencion de enviarlos á algun colegio acreditado, donde, además de enseñar bien las humanidades y ciencias exactas, tuviesen un particular esmero en que los niños saliesen con la misma inocencia y pureza de costumbres con que entraban. Pero antes de este paso, tan costoso á un padre que ama mucho á sus hijos, quiso darles de un modo entretenido algunas sencillas lecciones de *moral, virtud y urbanidad*, á fin de poner sus tiernos corazones en estado de resistir al veneno corrosivo del mal ejemplo, como sirve, en gran parte, la pintura, para que la humedad no corroa el hierro, ni pudra la madera. Con este objeto se fué, como tenia de costumbre todos los años en la canícula, á una casa de campo propia suya, situada á corta distancia del mar, y en un sitio que dominaba á una espaciosa vega. Habiendo pasado algunos dias, cuando la imaginacion de los niños, alborotada al principio con la mudanza de domicilio, empezó á serenarse poco á poco, una tarde á la hora de la merienda, sentados los muchachos y su hermanita debajo de una frondosa parra, despues que la madre les dió una torta pe-

queña y fruta delicada á cada uno, el padre les dirigió la palabra del modo siguiente.

TARDE PRIMERA.

De la sociedad.

Advierto, hijos míos, que merendais con muy buen apetito, y que ningun cuidado os atormenta. ¡Ojalá pudieseis ser siempre tan felices como lo sois ahora! Pero los años pasan rápidamente, y en breve saldreis de la infancia para ser hombres, porque vais creciendo que es un pasmo. Tiempo es pues que comenceis á saber la conducta que se debe tener en la *sociedad* para vivir con paz y con honor.

JACOBITO. — Sí, papá, cuéntenos V. (1) algo que nos instruya y divierta, como solia V. hacerlo el invierno pasado.

EMILIO. — ¿Qué es *sociedad*, papá?

EL PADRE. — Por *sociedad*, querido

(1) Mucho se ha hablado acerca del tratamiento que los hijos deben dar á los padres. No quiero entrar aquí en una controversia sobre si es mejor que aquellos los tuteen ó traten de usted. Por lo que toca á mi, estoy determinado á seguir siempre en esto la costumbre general de mi país y de América, que es para donde escribo.

Emilio, se entiende la reunion de los hombres que viven juntos, regidos por unas mismas leyes. Figuraos por un momento que los hombres viven esparramados por el mundo, como los animales; y que así como un oso pasa al lado de otro oso sin decir una palabra, sin mirarse siquiera, pasasen los hombres al lado de otros hombres del mismo modo, ó tal vez para reñir y matarse unos á otros; ¿os parece que el género humano seria muy feliz entonces? Reducido el hombre á vivir solo, y á sus propias fuerzas, en vez de hacer una casa para morar en ella, tendria que meterse en una caverna, ó en el hueco de algun tronco. Sus vestidos serian las pieles de los animales, y su alimento dependeria de la caza. Cogeria los frutos antes que otro se apoderase de ellos: á cada paso habria reyertas y combates, y el mas fuerte seria el mas feliz.

JACOBITO. — ¿Y viven así los pueblos que los viajeros llaman salvajes?

EL PADRE. — No, hijo mio: esos pueblos que nos pintan como *salvajes* son hombres groseros, que ignoran las artes y los placeres que resultan de la civilizacion; pero que conocen las primeras y principales ventajas de la sociedad: tienen costumbres,

que para ellos son lo mismo que las leyes para nosotros, y saben respetar mutuamente sus derechos.

EMILIO. — Papá, ya me parece que sé ahora lo que es sociedad: el estado en que se han reunido los hombres para sostenerse mutuamente, é impedir que los malos hagan el mal impunemente.

EL PADRE. — Efectivamente, esa es la base de la sociedad. Reunidos los hombres, fueron más fuertes y felices. La necesidad y la emulación hicieron que cada uno inventase alguna cosa útil con ventaja de la sociedad y suya propia, pues en cambio de su trabajo recibía lo que necesitaba salía de las manos de los otros.

JACOBITO. — ¡Oh! ya comprendo: es decir que el uno era labrador, el otro albañil, el otro sastre, etc.

LUISITA. — Y las mujeres harían media, lavarían la ropa y amasarían el pan, ¿es verdad, mamá?

LA MADRE. — Con el tiempo aprenderían todas esas cosas, y se encargarían de las faenas domésticas, en tanto que los hombres se dedicaban á trabajos más penosos.

EMILIO. — El que tenía mucho dinero no trabajaría nada; así pienso yo, papá.

EL PADRE. — El dinero vino más tarde.

La experiencia hizo ver la necesidad que había de recurrir á un medio que facilitase las operaciones del comercio, porque el labrador, el artesano y el fabricante no podían procurarse aquello de que carecían con el sobrante de sus frutos, trabajo, ni producto: y de aquí vino el tener que hacer monedas de oro, plata, cobre ú otros metales, que representaban el trigo del labrador, el trabajo del artesano, el paño del fabricante, etc. Pero á mí me parece que ya os cansáis de oírme.

JACOBITO. — No, no, papá; V. lo dice porque Luisita está enredando; nosotros oímos con gusto.

EL PADRE. — Ahora os diré cuáles son las bases morales de la sociedad, para que sepais conduciros como hombres de bien.

EMILIO. — Yo no entiendo, papá, lo que son *bases morales*.

EL PADRE. — Me alegro que me lo preguntes; el que nunca pregunta, ó tiene mucha vanidad, ó pocos deseos de saber. Ahora voy á esplicarte lo que se entiende por *bases morales*. ¿Te acuerdas que al hacer aquella casa, que estamos viendo desde aquí, abrieron unas zanjas, y que en lugar de la tierra que había antes pusieron con orden muchas piedras?

EMILIO. — Sí, papá; y me acuerdo que V. no dijo que aquello se llamaba los cimientos.

EL PADRE. — Pues bien; así como todo edificio tiene sus cimientos ó bases, sobre los cuales se sostiene con firmeza, del mismo modo las acciones que debemos ejecutar están *cimentadas* en ciertos principios reconocidos generalmente por todos los hombres, tales como los siguientes: *No hagas á otro lo que no quieras que te hagan á tí; y haz á los otros lo que quisieras que los otros te hicieran á tí.* Esto que os acabo de decir es lo que se llama bases morales. ¿Me habéis entendido?

LOS TRES. — Sí, señor.

LA MADRE. — Jacobito, ¿te gustaría que cuando estás jugando á la pelota viniese otro muchacho y te la quitase?

JACOBITO. — No, mamá.

LA MADRE. — Luego debes confesar que hiciste una mala acción, cuando quitaste ayer á tu hermanita la muñeca con que estaba enredando, y la echaste al pozo, siendo esto la causa de que estuviese llorando toda la tarde.

JACOBITO. — Confieso que hice muy mal, pero ella tampoco debió burlarse de mí; ¿no es así, mamá?

LA MADRE. — Ciertamente : y ved aquí como el obrar mal siempre acarrea disgustos. Pero dejemos que prosiga vuestro padre.

EMILIO. — Papá, lo que V. y lo que mamá quieren decir es, que es menester no hacer á los otros aquello que pudiera disgustarles, como robarles algo, pegarles durlarse de ellos : y tambien hacer á los demás el mismo bien que nos han hecho.

EL PADRE. — Ni mas ni menos : y eso es lo que se llama la *moral*, la cual consiste en no hacer mal, y en volver bien por bien. Pero el hombre *virtuoso* no se contenta con esto solo, sino que hace sacrificios generosos sin esperar la recompensa de ellos ; de modo que hacer una cosa útil á sus semejantes *gratuitamente*, y aun contra el interés propio del que la hace, es lo que se llama *virtud*, y *virtuoso* el que la ejecuta. Para que lo entendais mejor, os pondré varios ejemplos. En el fuego que hubo la otra noche en nuestra calle, el albañil que entró, con peligro de su vida, en la casa incendiada á salvar á una pobre mujer enferma, sin esperar por esta accion ningun premio, fué un *hombre virtuoso*. El labrador que se arrojó al rio para salvar al hijo de nuestro vecino que se estaba ahogando, fué un *hombre virtuoso*. Aquel caballero, que os

suele dar dulces, es un *hombre virtuoso*, porque ha adoptado por hijo un pobre huérfano, y ha defendido con valor á una inocente é infeliz mujer perseguida por unos malvados. Todos estos han preferido la felicidad del prójimo á la suya propia, y esta es la razon que hay para llamarlos virtuosos.

EMILIO. — El que se abstenga de hacer mal, vuelva bien por bien, y añada algunos sacrificios generosos cuando se presente la ocasion, ¿ha hecho todo lo que debe?

EL PADRE. — Se puede decir que sí: aunque hay otros deberes en la sociedad, á los cuales debemos sujetarnos

JACOBITO. — ¿Qué deberes son, papa?

EL PADRE. — Los de la *urbanidad*.

EMILIO. — Explíquelo V. con algunos ejemplitos, para que comprendamos bien lo que es urbanidad.

EL PADRE. — Pues bien, escuchadme atentamente. Figuraos un jóven que cumple exactamente con los deberes de la moral y la virtud, que respeta los derechos de sus semejantes, honra á sus padres y les sirve de apoyo, que hace bien al prójimo, se sacrifica por todos y rinde á Dios el homenaje que le dicta la religion: este jóven es un ser digno del respeto de los hombres, y de las recompensas del Cielo. ¡Felices, mil ve-

res felices todos los que se le parecen! Perfiguraos tambien que no sabe lo que es urbanidad: vereis que hace el bien sin ninguna gracia; que las gentes se quejan de que entra en una reunion sin saludar á nadie; de que se sienta en la primera silla que encuentra; de que anda hecho un zafio, y de que no sabe estar en la mesa como se debe. Todos le comparan á un diamante de gran valor mal trabajado. Y sin embargo lo que tiene que hacer es muy poco. Bien mirado, no importa mucho que yo me quite ó no el sombrero, que yo me sienta derecho ó torcido, que yo trate de *usted* ó de *tú*; pero todas estas cosas son otras tantas señales del respeto que tengo á mis semejantes, y aun observo que les agradan: por consiguiente es un deber mio ser cortés en los términos que lo exige el uso. La suciedad en mis vestidos y acciones causa á los que me rodean sensaciones desagradables: así es que la limpieza se convierte en virtud, por ser un bien para los demás. Con una atenta cortesía me gano el afecto de un desgraciado, que ve no me desdeño de saludarle; pues no creais, hijos míos, que debemos ser corteses solamente con nuestros superiores é iguales: un corazon bondadoso se complace en serlo aun con aquellos que la casualidad ha hecho

sean inferiores nuestros : de este modo haremos mas llevadera su mala suerte.

Hijos míos, los tres puntos principales que nos ocuparán algunas tardes á la hora de la merienda son los siguientes :

LA MORAL, ó la necesidad que tenemos de no hacer mal á nadie, y de hacer á otro el bien que nos ha hecho.

LA VIRTUD, ó el valor de hacer el bien gratuitamente, y aun contra nuestro propio interés.

LA URBANIDAD, ó las formas exteriores del hombre en la sociedad. Procuraré amenizar la narracion con algunos ejemplos, ó casos que sé os agradarán, y por último, en la parte de urbanidad mezclaré algunos consejos á vueltas de las reglas de cortesanía, que será bueno los sepais desde ahora.

Ahora vamos á la orilla del mar á dar un paseito ; allí cogeremos menudas y pintadas conchas, y os enseñaré á hacer con ellas algunos adornos muy bonitos.

Todos. — Vamos, papá, vamos. Mamá, venga V. tambien con nosotros.

PARTE PRIMERA.

DE LA MORAL.

TARDE II.

Deberes para con Dios.

EMILIO. — ¿Qué nos contará V. esta tarde, papá?

EL PADRE. — Esta tarde os hablaré algo de los deberes morales del hombre. ¿Sabéis, hijos míos, cuál es el primero de ellos?

TODOS. — Si, señor, si, señor.

EL PADRE. — Habla tú primero, Jacobito.

JACOBITO. — El primer deber es amar y respetar á sus padres; y cuando se tiene un padre tan bueno como el nuestro, este deber es un placer muy grande.

EL PADRE. — ¿Qué dices tú á esto, Emilio?

EMILIO. — Que tiene razon mi hermano: pues yo veo que V. y mamá nos quieren mucho, y creo que todos los padres querrán lo mismo á sus hijos.

LA MADRE. — Luisita, dínos también o que piensas tú

LUISITA. — Que nadie me quiere tanto

como V. y papá; que á nadie quiero, ni debo querer tanto como á ustedes.

EL PADRE. — Venid á mis brazos, hijos míos, á que yo os colme de besos. Bien veis cuán agradable ha debido serme vuestra respuesta; pero no obstante es obligación mia deciros que no debo tener en vuestro corazón el primer lugar. Yo soy vuestro padre, pero acordaos que teneis otro, y es el de todas las criaturas: es Dios, que no solamente da la vida, sino que nos la conserva con sus continuas bondades. De él viene todo, y todo debe volver á él. Los corazones vuestros animados por él, deben dirigirse á él continuamente. No puede darse cosa mas ingrata que recibir beneficios sin agradecerlos al bienhechor. ¡Ab, hijos míos, si queréis vivir felizmente, haced que siempre habite con vosotros el agradecimiento!

Este vuelo del alma, que desea subir al cielo, estas palabras que salen con fervor de mi boca: *¡O Dios mio, bendito y alabado sea is una y mil veces por vuestras bondades y beneficios!* este vuelo, estas palabras hacen que yo experimente mayor placer al dar las gracias por las bondades del Criador: parecenos que entonces tenemos mas derecho á la protección divina.

EMILIO. — Tiene V. razon, papá: despues

que hemos rezado, se me figura que soy hijo de Dios, y suelo ir mas contento á la cama.

EL PADRE. — Y en aquel momento, supongo que os creéis mejores que en los demás instantes : ¿ no es así, hijos míos ?

LOS TRES. — Sí, señor.

EMILIO. — He observado que despues de rezar Jacobito no suele enredar tanto, y yo mismo me siento dispuesto á hacer bien.

EL PADRE. — ¡ Felices efectos de la piedad sincera ! Hijos queridos, no olvideis jamás que todo lo que sois y teneis se lo debéis á Dios, y que él tambien será el que recompensará ó castigará en el otro mundo las acciones buenas ó malas que hayais cometido en este.

JACOBITO. — Y ¿ qué debemos hacer para tener á Dios contento ?

EL PADRE. — Además de cumplir con los deberes en que os iré instruyendo poco á poco, en lo cual consiste el ser buenos, tened particular cuidado en no pasar un solo dia sin dirigir vuestras oraciones al Criador del universo. Esto os costará muy poco al considerar que es una gloria muy grande para nosotros, que somos unas pobres criaturas, el poder alzar la voz hasta donde está aquel que es superior á todos : esto mismo debe ser un motivo de agradecimiento.

Cada día de que gozais es un beneficio extraordinario : por esto al despertaros por la mañana debeis agradecersele á Dios : este debe ser siempre vuestro primer pensamiento. Por la noche, emplead vuestros últimos momentos en alabar á la Divinidad : despues de haber cumplido con un deber tan sagrado, vuestro sueño será mas tranquilo. Dios no tiene necesidad de vuestras oraciones ; pero vosotros teneis necesidad de dirigir á él vuestras plegarias, y desde ahora os pronostico que si haceis vuestras oraciones con fervor y con gusto, sin que se conviertan en una vana costumbre, todos los deberes de la humanidad os parecerán mas fáciles y agradables.

Ahora vámonos á gozar del fresco que corre á la orilla del mar.

Todos. — ¡ Tan pronto, papá !

EL PADRE. — No es pronto, amigos míos, pues el sol acaba de ponerse.

TARDE III.

De los deberes para con los padres.

JACOBITO. — Papá, ¿ á que adivino con qué piensa V. entretenernos esta tarde ?

LUISITA. — ¿ Con qué, Jacobito?

JACOBITO. — A mí me parece que, después de Dios, deben seguir nuestros padres, y de esto es de lo que nos hablará V. hoy.

EL PADRE. — Tienes razon. No es esta la primera vez que es he hablado de los deberes de los hijos para con sus padres, y estoy seguro que los conoceis, porque lo veo por experiencia, aun cuando no sepais explicaros.

EMILIO. — Papá, como V. nos ha hablado tantas veces de esto, déjeme V. decir lo que yo sé, y si acaso no digo bien, V. me corregirá.

EL PADRE. — Yo te oiré con mucho gusto, además de que asi te ejercitarás en discurrir y hablar delante de gentes. Di pues lo que quieras.

EMILIO. — Primeramente es menester que amemos á nuestros padres mas que á nosotros mismos, porque debemos sacrificarlos por ellos si fuere necesario. Nos han dado la vida, tienen cuidado de nosotros á todas horas, y son para nosotros en la tierra lo que Dios es en el cielo para todos los hombres. Como todo lo que los padres hacen es para nuestro bien, sus órdenes deben sernos sagradas; por esta razon gruñir y re-funfunar cuando mandan algo los padres.

es una falta; y desobedecerlos, un crimen. Si nos dicen que estudiemos, no es para atormentarnos, sino para que seamos con el tiempo hombres de provecho. Cuando nos castigan, es porque lo merecemos; si no fuera así, nunca estudiaríamos, y seríamos unos holgazanes. Yo he oído decir á papá que un muchacho glotonazo, si no le corrigen el vicio de comer mucho, se vuelve perezoso, y con el tiempo se da á la borrachera y arruina á su familia. El muchacho colérico llegaría á hacerse un furioso y tal vez un asesino. Todo esto, y las desgracias que de aquí seguirían se remedia con los castigos de los padres; y á ellos debemos el ser activos, instruidos y buenos.

JACOBITO. — Papá, Emilio ha hablado como un predicador, voy á darle un abrazo. Aunque yo soy el mayor, veo que tú sabes mas que yo, y si papá quiere yo tambien diré algo, aunque no tan bien como Emilio.

EL PADRE. — Habla, hijo mio; no sabes el gusto que me das con eso, y con el amor que tienes á tu hermano. Alégrome al ver que no abrigas en tu pecho la envidia, pasión mezquina y rastrera, capaz por sí sola de sofocar en su origen todas las virtudes.

JACOBITO. — El amor y el respeto deben ser las bases de la conducta de un niño,

debiendo manifestarlos para que sus padre tengan la dulce satisfaccion de ver que son amados y respetados. Yo suelo advertir que cuando abrazamos á papá, las caricias nuestras le causan gran placer, y contribuyen á su felicidad; por esto un hijo debe manifestar los buenos sentimientos que abriga en su corazon. Todas las mañanas debemos informarnos si nuestros padres gozan de buena salud; y todas las noches desearles un descanso feliz. Faltar á este deber es una indiferencia culpable que puede afligir á los padres. Los hijos que, como nosotros, tienen la fortuna de recibir todos los dias la bendicion paternal, deben recibirla con el mas profundo respeto, considerando que la voluntad de Dios se espresa por la boca de los padres virtuosos (1).

(1) Algunas personas respetables tienen la costumbre de echar la bendicion á sus hijos antes de enviarlos á la cama. Esta costumbre, generalmente establecida en los Países Bajos, debiera extenderse á todas las familias honradas. El padre que todas las noches llama á sus hijos, extiende las manos sobre sus cabezas, hace una corta oracion en silencio para que sean honrados y felices, este padre no parece á la vista de su familia un mortal ordinario, sino el agente mismo de la Divinidad, el que tiene el derecho de hacer que baje del cielo el bien ó el mal sobre su hijo. Esta accion tan sencilla está muy lejos de ser indiferente; pues además de dar mas autoridad á los padres, inspira la virtud y viene á ser la salvaguardia de las buenas costumbres.

EMILIO. — Jacobito, lo que acabas de decirnos lo has dicho mucho mejor que yo; ¿es verdad, papá?

EL PADRE. — Estoy contentísimo con los dos: tengo el consuelo de ver que mis lecciones no son infructuosas. ¡Dichosos vosotros si no las borrais de la memoria y observais lo que os digo! ¡Cuán feliz será mi vejez á vuestro lado, si Dios me permite llegar á ella!

Hasta ahora, hijos míos, habeis hablado solamente de los padres que aman á su familia, y marchan por el camino de la justicia; pero desgraciadamente existen hombres destituidos de los sentimientos mas naturales, ó que por sus vicios y crímenes pertenecen á una clase infame, y son odiados del público: ¿qué deben en tal caso hacer los hijos?

No se echa la bendición á su hijo sin querer parecer respetable á sus ojos; y el que no lleva consigo el gérmen de la depravación, jamás recibe la bendición paternal sin desear ser digno de ella. Y ¿habrá quien crea que el recuerdo de este momento religioso no sea en lo sucesivo un placer que cause gran delicia? ¿Qué resorte tan poderoso para una buena educación pudiera ser esta costumbre en manos de un padre razonable! «Hijo mio, podría decir, hoy no te doy mi bendición, porque has saltado á tus deberes.» Estas palabras en un corazón bien nacido, causarían la impresión del rayo.

JACOBITO. — Es una desgracia bien grande ; mas yo no sé lo que deben hacer.

EMILIO. — Ni yo tampoco.

EL PADRE. — Un buen hijo debe lamentar esta desgracia, seguir un camino opuesto al de su padre, y guardarse bien de despreciarle, porque esto sería un crimen. Si no puede lograr con sus consejos que éntre en el sendero de la virtud de donde se ha descarriado, debe guardar un respetuoso silencio ; debe, haciendo todo lo posible, cubrir sus culpas y ocultarlas á la vista del público. Muy vil y despreciable es el hijo que revela las faltas de sus padres, y merece la maldición de ellos aquel que, olvidando la voz de la naturaleza, va á acusarlos á los hombres. Nada hay que nos autorice á faltar al respeto debido á los autores de nuestros dias.

LUISITA. — Papá, no se enfade V., pues nosotros no somos malos.

EL PADRE. — Ven á mis brazos, hija de mi corazón : yo nunca puedo enfadarme con hijos tan buenos como vosotros. Ahora os contaré un caso sucedido en Francia en 1787.

LUISITA, *haciendo caricias á su padre.*
— Sí, sí, papá ; porque yo ya empezaba á estar triste.

EL PADRE. — Los presos de una ciudad de Francia estaban condenados á barrer las

calles. Un día se acercó á uno de ellos un jóven y le besó la mano tiernamente. Un caballero que vió esto desde la ventana llamó al jóven, y le dijo que no se besaban las manos de los presos de la cárcel. « ¡ Ah, respondió el jóven derramando lágrimas, y si el preso es mi padre! » ¡ Cuánto valor, cuánta ternera encierra esta respuesta ! Un orgulloso, un ingrato, hubiera echado á correr por otra calle al ver al desgraciado anciano : este bueno y respetable hijo vió solamente la desgracia de su padre, y olvidó la vergüenza de su situación.

LUISITA. — Papá, ese caso es muy bueno, pero ha sido tan corto...

EL PADRE. — Os contaré otro que os guste.

EMILIO. — Sí, sí ; y tú, Jacobito, no estes tirando la cola al gato, pues me distraes, y yo quiero oirlo todo bien.

EL PADRE. — Ha dicho antes Emilio que in hijo debía sacrificarse por sus padres, si uese necesario : muchísimos hijos ingratos nay que luego que pueden pasar sin el socorro de sus padres, los abandonan y dejan pe-tercer en la miseria.

EMILIO. — ¡ Qué hijos tan malos ! Papá, no cuente V. cosas tristes.

EL PADRE. — Lo que voy á referiros es

un caso singular de piedad filial. Una pobre viuda tenia tres hijos, y apenas bastaba su trabajo para mantenerlos y atender á las necesidades de ellos. Los tres hermanos querian á su madre entrañablemente, y como la veian afligida muchas veces por no saber cómo ganar su alimento, tomaron una resolucion bien extraña. Acababan de publicar que el que entregase á la justicia el autor de cierto robo, recibiria una suma bastante considerable de dinero. Los tres hermanos convinieron entre sí que uno de los tres pasaria por el ladron, y que los otros dos le conducirian al juez. Echaron suerte, y tocó hacer de ladron al mas jóven, que se dejó atar y conducir ante el juez. Pregúntale el magistrado, y responde que él es quien ha cometido el robo, con cuyo motivo le llevan á la cárcel, y dan á los que le presentaron la suma prometida. Afligidos entonces con la desgracia de su hermano van á consolarle en la cárcel, y creyendo que nadie les veia se arrojan á sus brazos y empiezan á llorar. El magistrado, que fué por casualidad á la prision, los sorprendió en esta actitud, y quedó admirado al ver un espectáculo tan extraño. En seguida da la comision á un agente suyo para que siga á los delatores, mandándole que no los pierda de vista hasta rastrear algo

que pueda aclarar un hecho tan singular. El agente desempeña la comision, y cuenta como ha visto entrar á los dos jóvenes en una casita muy pobre; que habiéndose arri-mado á ella, oyó que contaron á su madre lo que acababan de ejecutar por amor de ella; que la pobre mujer al oír esto habia empe-zado á dar mil gritos, mandando á sus hi-jos que restituyesen el dinero que traian, diciéndoles que preferia morir de hambre antes que conservar su vida á espensas de la de su hijo. Apenas se atreve el magistrado á dar credito á lo que le cuentan: manda venir al preso, le pregunta de nuevo acerca del pretendido robo, le amenaza con el suplicio mas cruel; pero el joven se mantiene firme en declararse culpable. « Basta, basta, le dijo el juez dándole un abrazo, ¡joven virtuoso, tu conducta me asombra! » Inmediatamente se presenta al emperador á darle parte. Admirado el príncipe de una accion tan heroica quiso ver á los tres her-manos, les hizo mil caricias, señaló una buena pension al mas joven, y otra menor á los otros dos (1).

Raras veces la fortuna pone á los hom-bres á pruebas semejantes; pero la natura-

(1) Florian ha hecho de este cuento una novelita muy interesante.

leza manda á los hijos que no las teman cuando se trata de salvar la vida de aquellos á quienes deben su existencia.

JACOBITO. — ¡Cuánto me alegraría poder conocer á esos tres hermanos tan buenos!

EMILIO. — Y yo tambien, me parece que seríamos muy buenos amigos.

EL PADRE. — Vamos á dar un paseo para volver á cenar luego, pues tenemos que madrugar mañana para ir á ver á vuestro tío Antonio.

JACOBITO. — ¿Y por la tarde nos contará V. algo?

EL PADRE. — Sí el tiempo está bueno, volveremos por el mar, y en tal caso, si no os mareais, os entretendré con alguna cosa.

LUISITA. — Yo no me mareo, papá.

JACOBITO Y EMILIO á un tiempo. — Ni yo tampoco.

TARDE IV.

De los deberes para con sus hermanos y semejantes.

Serian las siete de la tarde de un dia cauroso del mes de agosto, cuando el padre

de familias se despedía de su hermano, y entraba con su esposa é hijos en una pintada falúa, que á la orilla del mar habia estado esperándoles. El mar, tan bravo y terrible cuando le incomodan los fieros aquilones, parecia un espejo cristalino donde reflejaban los últimos rayos del sol, que despues de su larga carrera iba á un nuevo hemisferio. Nada turbaba la tersa superficie de las aguas sino los ordenados golpes de ocho remos diestramente manejados, al compás de los cuales cantaron agradablemente un rato los remeros.

JACOBITO. — Papá, ¡ qué día tan divertido hemos pasado hoy !

EMILIO. — Ya ve V., papá, que no nos mareamos, bien podia V. contarnos alguna cosita.

EL PADRE. — Hoy, hijos míos, hemos estado en casa de un hermano mío ; por lo tanto debo deciros que despues de nuestros padres, nada hay que nos toque tan de cerca como nuestros hermanos ; y es obligacion nuestra amarlos como á nosotros mismos. *Son, como ha dicho un hombre de talento, amigos que nos da la naturaleza.* ¿ No es pues vergonzoso ver tantas familias desunidas con celos y rencores ? Esta reunion de hijos bajo un mismo techo, bajo la misma

ley paternal, esta reunion que deberia engendrar la mas tierna amistad, es justamente la que en los corazones mal dispuesto desarrolla gérmenes perniciosos. ¿Qué sucede al muchacho que tiene envidia de las caricias hechas á sus hermanos, aun despues de habérselas hecho á él mismo? Triste, de mal humor, pasa los dias en formar sentimientos rencorosos contra aquellos que la naturaleza le convida á amar, y se aflige de verlos alegres. Los sentimientos penosos que abriga, crecen á medida que él va creciendo; su rencor es terrible cuando llega á ser hombre, y en su hermano ve solamente un enemigo que supone le usurpará una parte de los bienes de sus padres. Mueren estos, y antes de cerrarse el sepulcro, ya empieza á disputar con violencia la parte suya y la de sus hermanos. Luego que recibe lo que le corresponde, se ausenta, ó se reconcentra dentro de sí mismo; no se acuerda que tiene hermanos sino para aborrecerlos; alégrase si son mas desgraciados que él; su dolor se aumenta si prosperan aun se atreve á ultrajar la memoria de los autores de sus dias, acusándolos de haber sido injustos, porque lleno de mala fe, no quiere convenir que la injusticia está en su corazón.

Tal es la horrible situacion del mal hermano, y casi siempre nace de envidia. Indícaros, hijos míos, un vicio tan horroroso, es enseñaros á que le aborrezcais.

JACOBITO. — Mi querido papá, yo nunca seré así : jamás aborreceré á mis hermanos.

EMILIO. — Yo querré á Jacobito y á Luisita como V. quiere á nuestro tío Antonio.

LUISITA. — Y yo amaré á mis hermanos, aunque me hagan rabiar, así como mamá me quiere á mí, aun cuando á veces suele enfadarla.

LA MADRE. — Ven, hija mía, á que te dé un beso : lo que acabas de decir es para mí mas agradable que este vientecillo que viene á templar el ardor de la tarde.

EL PADRE. — No basta, hijos míos, que los hermanos se quieran, deben ayudarse mutuamente. En general, siempre que lo requiere el caso, es preciso socorrer á nuestros semejantes, teniendo presente que en circunstancias iguales el hermano debe ser preferido al hombre con quien no estamos unidos con los lazos de la sangre. Los hermanos menores tienen obligacion de respetar al mayor, no porque sus derechos sean mas sagrados, sino porque su edad le da una experiencia que puede serles útil : él por su parte debe ser el protector de ellos, hace

las veces de padre en ausencia ó muerte de este. La amistad entre hijos de unos mismos padres no es un afecto que se puede adoptar ó desechar libremente; es una órden de la naturaleza, es un deber sagrado; faltar á él sería un crimen.

JACOBITO. — ¿Y si mi hermano no quisiera mi amistad?

EL PADRE. — Debes amarle continuamente, y ayudarle. No estará siempre en tí el agradarle; pero no hay un momento en que no debas ser generoso con él; por la palabra *generoso* no quiero decir que hagas todo lo que exija la situacion en que se encuentre, sino aquello que puedas.

EMILIO. — Dígame V., papá, ¿deberé obrar con los demás hombres lo mismo que con mis hermanos?

EL PADRE. — Sí. El género humano es una inmensa familia. Debemos dar la preferencia á nuestros mas próximos parientes, mas no por esto estamos dispensados de cumplir del mismo modo cualquiera otro.

JACOBITO. — Y ¿he de hacer bien á un hombre que no conozco?

EL PADRE. — Sí, hijo mio. Para hacer bien no es preciso saber á quien se le hace. Todos tenemos necesidad unos de otros en este mundo. El hombre mas rico ¿puede ju

rar que será siempre rico ? ¿Quién sabe si llegará á ser tan pobre como aquellos á quienes ha dado limosna algunas veces ? ¿Te acuerdas, Emilio, de aquella bonita fábula de Samaniego, *el Leon y el Raton* ?

EMILIO. — Sí, papá; y si V. quiere la diré ahora.

EL PADRE. — DÍLA, pero muy despacio ; como la digas bien, te regalaré un merengue al llegar á casa.

EMILIO *recitando*.

Estaba un Ratoncillo aprisionado
 En las garras de un Leon : el desdichado
 En la tal ratonera no fué preso
 Por ladron de tocino ni de queso,
 Sino porque con otros molestaba
 Al Leon que en su retiro descansaba.
 Pide perdon llorando su insolencia,
 Al oír implorar la real clemencia,
 Responde el rey en majestuoso tono
 (No dijera mas Tito) : « Te perdono. »
 Poco despues cazando el Leon, tropiezo
 En una red oculta en la maleza ;
 Quiere salir, mas queda prisionero :
 Atronando la selva ruge fiero,
 El libre Ratoncillo que lo sienta,
 Corriendo llega, roe diligente
 Los nudos de la red, de tal manera
 Que al fin rompió los grillos de la fiero.
 Conviene al poderoso
 Para los infelices ser piadoso :

Tal vez se puede ver necesitado,
Del auxilio de aquel mas desdichado.

LA MADRE. — Emilio ha ganado el merengue.

JACOBITO. — ¿Quiere V. que yo tambien diga una fabulita que viene ahora á pelo?

EL PADRE. — Sí: de este modo nuestro entretenimiento será mas divertido.

JACOBITO *recitando*.

EL CASTOR Y LA LIEBRE (1).

« Si es la fortuna inestable,
¡Oh cómo es insensato
El que desdeña el trato
Del pobre é infeliz!
El ser mas despreciable
Es para amigo bueno:
Tal vez su ingenio ameno
Te puede hacer feliz. »

Así al Castor la Liebre le decia,
Jurándole amistad eterna y pura.

¡O qué bien que sentia!
Lo vió por experiencia; pues un dia
Salió un bravo Lebrél de una espesura,
Trabó con él querella,
Y héte al triste Castor en apretura.
Ya le tenia á diente;

(1) Esta fábula y las que siguen en el discurso de la obra son de la coleccion de fábulas morales y literarias de D. Enmanuel José Crespo.

Mas el Castor gritó tan reciamente,
 Que quedó muy á cola Dafne bella,
 Cuando notó en Apolo presumido
 Muy grande vocacion de ser marido
 La Liebre al punto sale,
 Y aquí de su talento portentoso :
 Sin uña como el Oso,
 Sin cuerno como el Buey, ¿ para qué vale?
 Al fin halló remedio :
 Pues al ir el Lebrél á echarle el guante,
 Pasa mi buena Liebre por en medio :
 El Lebrél al instante
 Deja al triste Castor, que al bosque escapa,
 Sigue á la Liebre hácia la selva espesa ;
 Y ella tiesa que tiesa,
 Entre si aquí la coge, aquí la atrapa,
 Llega al vivar al cabo,
 Y haciendo besamanos con el rabo,
 Le da las buenas noches lindamente,
 Y se cuela hácia adentro prontamente,
 A tiempo que iba á echarla como en chanza
 Allá en los intramuros de la panza.

EL PADRE. — Bien, Jacobito, tambien tú
 tendrás un dulce. Ya habrás observado co-
 mo la liebre se portó generosamente, así de-
 bemos portarnos nosotros. Figúrate que dos
 hombres se han unido : aquel de los dos
 que abandona al otro cuando implora su
 socorro es culpable ; su propio corazon, la
 tierra y el cielo le condenan. Pero veo que
 hernos llegado á la playa, y aquí termina

por hoy mi instruccion ; pues por el camino iremos hablando de otras cosas.

TARDE V.

De lo que debe el hombre á su patria.

EL PADRE. — Lo que el hombre debe á sus semejantes eso mismo debe á su patria : este es un principio de moral.

JACOBITO. — Papá, lo que V. quiere decir por *patria* ¿ es la ciudad donde hemos nacido nosotros ?

EL PADRE. — Por patria se entiende no tan solo el lugar donde uno nace, sino todo el pais gobernado por unas mismas leyes ; es decir, un habitante de la Coruña y otro de Barcelona tiene la misma patria ; aunque el primero sea gallego y el segundo catalan, y no obstante la distancia de cerca de doscientas leguas de una ciudad á otra. Todos los hombres de una misma patria son como hijos de una madre comun ; y en cierto sentido están unidos por deberes recíprocos como lo están entre sí los hermanos. ¿ Os acordáis de lo que os tengo dicho acerca de

las bases de la sociedad general de los hombres?

JACOBITO Y EMILIO. — Sí, sí, papá, nos acordamos muy bien.

EL PADRE. — Pues sabed ahora que las bases de cada Estado en particular son las mismas : se trata de la union de todos para la seguridad de cada individuo. Las leyes se han hecho para asegurar á todos los ciudadanos sus bienes y derechos; y como la patria nos protege continuamente, cuando llega el caso de que ella me necesite, debo servirla hasta donde alcancen mis fuerzas. Voy á haceros palpable todo esto con un ejemplo. Imaginaos un hombre que no quiere sujetarse á las leyes de su patria; que no paga contribuciones, ni va á la guerra, ni está obligado á hacer lo que hacen los demás ciudadanos : vive independiente, siguiendo el principio moral de *no hacer mal á nadie*. ¿Creeis que ha ganado mucho con vivir así? Escuchad pues el resultado. Un dia un bribon le robó el dinero : nuestro independiente va corriendo á casa del magistrado, se queja y pide justicia. « Bien veo que le han robado á V., pero ¿qué se ha de hacer á favor de hombre que no quiere hacer nada por los demás? Lo que se da á la patria es como el grano de trigo que se echa en el

campo para tener con qué subsistir á su debido tiempo. Si nadie quisiera pagar la contribucion, ¿ con qué se mantendrian las tropas necesarias para conservar el orden y perseguir á los malhechores? ¿ con qué se sostendrian los magistrados para hacer justicia? El que no quiera llevar la carga que le toca ¿ cómo asegurará sus bienes y su vida? V. quiere vivir solo, pues halle V. en sí mismo medios equivalentes á los de la sociedad que V. abandona. Desgraciadamente el hombre es malo; es preciso contenerlo. Los bribones quisieran que no hubiese leyes para apoderarse del bien ajeno, y así que se hiciesen ricos con lo robado, harian leyes para gozar tranquilamente de sus rapiñas.

Estas razones hacen fuerza al independiente, conoce su error, y entra en el gremio de la sociedad, cumple con los sagrados deberes que la patria impone, y de este modo asegura sus bienes y aun la vida misma.

JACOBITO. — Con el ejemplo que V. ha puesto he comprendido perfectamente la obligacion y la necesidad en que estamos de sujetarnos á las leyes del gobierno para ser mas felices.

EMILIO. — Papá, aquí viene un hombre con una carta para V.

EL PADRE, *levantándose despues de haber*

eido la carta. — Que ensillen el caballo.

JACOBITO. — ¿ Va V. á dejarnos, papá ?

EL PADRE. — Sí, es preciso obedecer: este papel es un oficio de la autoridad principal de la provincia, y me dice que interesa al bien público, que vaya á la ciudad inmediatamente.

EMILIO. — ¿ Y si le coge á V. la tronada en el camino ? ¿ No ve V., papá, qué nubarrones ? No se vaya V.

EL PADRE. — Con mas gusto me quedaria entre vosotros ; pero antes de ser padre, era ciudadano : acordaos tambien de lo que os he dicho esta tarde : poco importarian mis lecciones si no os diese el ejemplo al presentarse la ocasion. Para que os penetreis bien de esto, á mi vuelta de la ciudad os enseñaré la fábula de Samaniego intitulada *Los Cangrejos*.

LUISITA. — ¿ Volverá V. esta noche, papá ?

EL PADRE. — Es regular que no ; pero trataré de volver mañana. A Dios, hijos míos, venid á que os dé un abrazo muy estrecho á cada uno.

TARDE VI.

No hacer mal á otro.

Despues de haber estado el padre cuatro días en la ciudad, volvió al seno de su familia, por la cual fué recibido con el mayor entusiasmo y demostraciones de un cariño verdadero. ¡ Placer incomparable, cuyo valor solo un buen padre de familias puede calcular !

EL PADRE. — Esta tarde, queridos hijos míos, nos hemos reunido un poco mas temprano, porque pienso entreteneros largamente, bien que no tanto que os canse. Ya sabeis lo que el hombre debe á sus padres, á sus semejantes y á su patria : ahora es necesario que os diga algo de los principios que nacen de la máxima fundamental : *No hagás á otro lo que no quisieras que otro te hiciera á tí.* ¿ Qué entiendes tú por esto, Jacobito ?

JACOBITO.—Entiendo que no debo hacer á los otros lo que (si me lo hicieran á mí) pudiera perjudicarme, ó darme pena. A mí no me gustaria que otro viniese á darme un bofetón, ni á quitarme los cuartos que me

suele dar V. todos los domingos, ni que hablara mal de mí, ni tampoco me mortificara con alguna burla pesada: por consiguiente no debo pegar á nadie, quitar nada á nadie, ni calumniar, ni mortificar á ninguno. ¿Es así, papá?

EL PADRE. — Te has explicado muy bien, y los mismos ejemplos que has presentado servirán para dividir el asunto que nos ocupa. Comencemos pues explicando qué se entiende por hacer mal en la persona de otro.

No ofender al prójimo en su persona.

PROSIGUE EL PADRE. — Hacer mal en la persona de otro es pegarle, herirle ó matarle. Cualquiera de estas tres cosas es una verdadera brutalidad que degrada al hombre. Lo que suele conducirnos á cometer una accion tan indigna es la cólera: por esto, hijos míos, es muy importante tener siempre á raya las pasiones violentas: sobre todo en la juventud es menester que nos esforcemos en contenerlas, porque una vez arraigado el hábito de encolerizarnos, es muy difícil destruirlo.

La cólera es un vicio que puede arrastrar fácilmente á los mayores crímenes. El hom-

bre dominado de ella se trasforma en un animal furioso, que nada ve; pega, hiere y mata al que se le opone. ; Qué remordimientos debe sufrir este desgraciado al considerar á sangre fria la maldad producida por su loco arrebató ! ; Cómo teme que le persiga la justicia para que sirva de escarmiento á los que no saben dominar sus pasiones ! Ya está viendo el cadalso sobre el cual deberá expiar su crimen. Pero aun cuando pueda évitár la justicia de los hombres, su conciencia le perseguirá de continuo ; á cada instante tendrá delante de sí el cadáver de la desgraciada víctima de su furor. Oid el caso siguiente.

Alejandro, rey de Macedonia, que mereció el dictado de Grande por sus bellas prendas, no supo vencer siempre sus pasiones, y mas de una vez marchitó el lustre de su gloria. Clito era su mejor amigo, y fué digno de este título tanto por su celo, como por haberle salvado la vida en un combate. Alejandro le queria como un verdadero amigo ; pero un momento de furor le hizo olvidar su propia generosidad y la fidelidad

Clito. En un festin en que se hacia el elogio de Filipo, padre de Alejandro, este se atrevió á disputar la preeminencia, queriendo pasar por superior en mérito á su

padre : vanidad que no hubiera pasado de ser una ridiculez á no haber nacido en el corazon de un hijo. Clito tuvo la imprudencia de manifestar su desagrado : digo imprudencia , porque es inútil corregir á un hombre cuando se sabe que le ha de irritar la correccion. Acalorado con el vino, Alejandro se levantó, y amenazó á Clito; pero este severo cortesano continuó reprendiendo á su amigo. El rey arrebatado de cólera corrió á él, y le atrevesó con un puñal el pecho. Esta accion bárbara heló de espanto á todos los circunstantes : el mismo Alejandro se horrorizó al ver correr la sangre de su mejor amigo, y fuera de sí trató de dirigir contra su propio pecho el arma criminal; mas los que le rodeaban impidieron su designio. Teñido con la sangre de su amigo, se arrojó sobre el cadáver, le abrazó tiernamente, y no quiso oir nada de lo que le decian los cortesanos para consolarle. Así el rey mas grande de su tiempo se hizo por un solo movimiento de furor el ser mas miserable, y manchó para siempre su memoria.

Observad tambien, hijos míos, que Alejandro cometió este crimen en medio de un convite; que habia bebido mas de lo regular, y que á haber estado sereno hubiera perdonado á Clito, como debemos inferir de

muchos actos suyos de moderacion. Ved á lo que se esponen los que se dan al vino, el cual además de excitar la cólera arruina la salud.

No quiero hablaros de los crímenes cometidos por una venganza largo tiempo meditada, ó por el deseo de apoderarse de los bienes agenos. El miserable que trata de vengarse matando, y el que asesina para despojar á su víctima, son malvados que todo el género humano detesta, y que ordinariamente terminan su vida en el patíbulo. No hablemos mas de semejantes monstruos: vuestras almas, demasiado puras, no se imaginan que puedan cometerse tales horrores.

JACOBITO. — Papá, si viniese alguno á pegarme, ó quitarme la vida, ¿tengo derecho de pegarle, y aun de matarle entonces?

EL PADRE. — En tal caso todo lo que hagas puede considerarse como una defensa justa; pero debes defenderte con menos violencia en tanto que no peligre tu vida. Evita cuanto puedas el dar golpes mortales, pues por mas legítima que sea la defensa, es cosa cruel el recuerdo de haber causado la muerte á otro. Pero si no hay medio ninguno de salvar tu vida, en tal caso estás obligado á salvarte á todo trance, pues la ley natural nos manda que atendamos á nuestra propia

conservacion; y si es mas justo que perezca el málvado que ataca, es tambien mas útil á la sociedad que el hombre de bien se salve.

No perjudicar al prójimo en sus intereses.

Si no es permitido maltratar de obra ni de palabra al prójimo, tampoco se debe perjudicarle en sus bienes, ni intereses; fundado en lo que ya hemos dicho que no debemos hacer lo que no quisiéramos para nosotros. No me pararé en advertiros que es un crimen robar á otro su dinero, pues el solo nombre de ladron os causa horror; pero sí os diré que hay muchas personas que no tienen escrúpulo de alzarse con algunas cosas de poco valor, persuadidas de que no son culpables. Pero sabed, hijos míos, que tan ladron es el que roba poco como el que roba mucho; y se puede dar por regla segura que el que hurta una bagatela diciendo: ¿qué pueden hacerme por esto? robaria mas si supiera que no le habia de suceder nada. El hombre de bien jamás toma nada contra la voluntad de su dueño, no por temor al castigo, sino porque sabe que es una accion reprehensible.

JACOBITO. — Segun eso, papá, yo hice mal en quitarle á un muchacho de mi calle

un cañoncito de bronce con su cureña.

EL PADRE. — Muy mal, y es preciso que se lo restituyas inmediatamente; y si lo has perdido, debes remunerarle con otra cosa que valga mas, por el sentimiento que habrá tenido. ¿No hubieras llorado tú si te hubiera sucedido otro tanto? ¿No hubieras venido á mí á quejarte? Todo muchacho que quita á otro algun juguete es ladron, y si no se corrige á tiempo este vicio va en aumento como todos los otros, y las resultas pueden ser muy funestas. Me alegro que me lo hayas dicho, porque veo que tu confesion procede de un impulso de honradez.

EMILIO. — Dígame V., papá, ¿es malo tambien coger flores y frutas en los jardines ó en las huertas?

EL PADRE. — Siempre es un robo vicio muy frecuente entre los muchachos mal educados, sin hacerse cargo los tales que muchas veces recae el daño sobre infelices labradores á quienes les hace falta lo que les roban y destruyen. Los que se dedican á esta clase de robos son pillos, que están acechando la ocasion de hacerlo sin peligro de ser cogidos, se habituan á este vergonzoso y criminal ejercicio, pierden enteramente el rubor, y aunque no se hagan con el tiempo ladrones de oficio, son cuando menos gen-

tes de mala fe y bribones que la pegan siempre que pueden.

Pensad, hijos míos, que importa poco que los hombres no vean nuestras acciones, porque Dios, que es el que nos ha de juzgar, lo ve todo. Si alguna vez os hallais en circunstancias de que vuestra decision decida la pérdida de los bienes de otro ó los vuestros, sed generosos, perded con valor lo que tengais. Ahora os contaré lo que hizo un pobre paisano de la isla de Córcega cuando su pais estaba afligido por la guerra.

Despertáronle una mañana muy temprano algunos húsares, y le mandaron que fuese con ellos á enseñarles algun campo para forrajear en él. Condújoles el labrador atravesando muchos sembrados de trigo, y otros diferentes granos, hasta que al fin se detuvo en un campo de cebada, que no era muy bueno. « ¿ Por qué, le dijo el comandante del destacamento, nos has traído á un campo tan malo, cuando con mucho menos trabajo pudiéramos haber forrajado en otros mejores y mas inmediatos? — *Los campos que hemos visto*, respondió el honrado labrador, *no son míos; no tenia derecho de indicároslos; este es mio; sacad de él todo el forraje que necesiteis.* » Cuando el general vió esta accion, mandó que se le subsana-

sen los perjuicios por el doble del valor tasado bien á vista de hombres buenos.

EMILIO. — ¡Qué hombre tan bueno ese labrador! ¿Hubiera hecho mal en indicar el primer campo por el cual pasó con los soldados?

EL PADRE. — Podía haberlo hecho sin cometer en eso ningun crimen; pero llevarlos á su campo, sabiendo que no le habian de pagar nada, era una virtud verdaderamente sublime.

JACOBITO. — Me ocurre una cosa, papá; si hallase yo un bolsillo con dinero, ó bien una alhaja preciosa, en un lugar donde no fuese posible adivinar quién la había perdido, ¿podría guardarla yo sin escrúpulo de conciencia?

EL PADRE. — No, hijo mío, porque, además de no haber hecho tú nada para ganar el dinero ó la alhaja encontrada, no se sabe que el que ha tenido la desgracia de perderla haya renunciado á ella. ¿No te alegrarías tú, si perdieses el reloj de oro que te regaló tu tío, que te lo volviesen?

JACOBITO. — Sí, señor; y así es que cuando encuentra algo que perdí me alegro mucho.

EL PADRE. — Pues eso mismo sucede á casi todos generalmente. Siempre que en-

contéis algo, debéis informaros si hay quien reclame lo perdido : es menester hacer correr la voz que se ha hallado un objeto de cierta especie, diciendo á quien deberá dirigirse el propietario, teniendo cuidado de no espresar todas las señas, pues entonces habria muchos bribones que se presentarían á reclamar como suyo el objeto hallado, antes que el mismo dueño.

EMILIO. — ¿ No sabe V., papá, algun caso que venga bien á lo que acaba V. de decirnos ?

EL PADRE. — Justamente estaba pensando en eso mismo. En 1728, Teing-Tey, mercader de la provincia de Chenci, en la China, iba á Mung-Tey á comprar algodón. Llevaba una bolsa con 170 pesos duros, que perdió en el camino, cerca de la montaña Son-Kia, y continuó su marcha. Un pobre labrador llamado Chi-Yeou la encontró al dia siguiente, y al volver á casa se la enseñó á su mujer. Esta, que era muy honrada, le dijo : « No debemos guardar este dinero, porque no es nuestro ; más quiero ser pobre que retener el bien ajeno : mañana debes averiguar de quien es la bolsa, y volvérsela. »

Entre tanto Teing-Tey había hecho saber que daría la mitad del dinero al que le vol-

viere la bolsa que habia perdido. El labrador se presentó al alcalde del barrio, le dijo que habia hallado la bolsa, que hiciese comparecer ante él al mercader, para asegurarse si efectivamente era el legítimo dueño de ella. El mercader viene, da bien las señas, y Chi-Yeou le vuelve la bolsa: el propietario le ofrece la mitad del dinero conforme á su promesa, pero el labrador la rehusa. Busca mil medios para lograr que tome alguna cantidad, y Chi-Yeou le dice que no puede tomar nada, y se despide.

Esta noble accion fué admirada generalmente. El gobernador de la ciudad dió parte al virey de la provincia. Este envió inmediatamente 150 onzas de plata al labrador, y le dió un cuadro (en la China se cuelgan estos cuadros sobre las puertas de las casas), en el cual se veian escritos cuatro caracteres que significaban: *Marido y mujer ilustrados por el desinterés y la generosidad*. Además de esto el gobernador de Mung-Tein tuvo orden de erigir cerca de la casa del labrador un obelisco con una accion tan noble. Cuando el emperador lo supo, dirigió una instruccion moral á todos sus pueblos, en la cual los exhortaba á practicar la virtud. « Por lo que toca al labrador Chi-Yeou, dijo el príncipe, le hago mandarin del séti-

mo órden; y dénesele cien onzas de plata en señal de lo mucho que estimo su hombría de bien, y para excitar á los demás á imitar tan bello ejemplo (1). »

Imitad, hijos míos, si alguna vez se os presenta el caso, la conducta de estos Chinos generosos. La recompensa que tuvieron

(1) ¿Por qué no han de recompensar los gobiernos las acciones que piden un esfuerzo grande de virtud, valor y generosidad? No hablo aquí del valor que se despliega en los combates, pues ese ya suele premiarse algunas veces. En España se instituyó la Cruz de Cárlos III para la *virtud y el mérito*. Respóndame de buena fe la mayor parte de los que la llevan, si la han conseguido por su mérito y virtudes; y en caso de afirmativa, manifésténlas al público para que decida. No parece sino que las virtudes están vinculadas en las clases altas de la sociedad, y á que las otras ni aun siquiera se las concede el favor de considerarlas capaces de una acción noble y distinguida. ¿Se ha dado en España la cruz de Cárlos III á un labrador, á un honrado artesano? Por otra parte ¿qué necesidad tiene de hacer lo que se llama *limpieza de sangre* el que con sus virtudes y mérito funda en su familia una nobleza mas sólida que la que se hereda, gracias á algunos viejos pergaminos respetados por los ratones? El poderoso, cuyos antepasados no hayan sido cristianos viejos, ¿no tendrá mil medios para probar que no desciende de ellos? Y el hombre pensador y tolerante ¿no se reirá de semejantes mojigangas? Cierzo es que son de gran valía para la generalidad de las gentes; pero tambien lo es por la misma razon que el gobierno no saca de ellas todo el partido que pudiera, y que en los términos en que se halla hoy esta institucion no es mas que *vanitas vanitatum. et afflictio spiritus*.

prueba que la virtud agrada á los hombres de todos países.

EMILIO. — ¿Pero, papa, si el Chino hubiera aceptado lo que le ofrecía el mercader, hubiera hecho mal?

EL PADRE. — No; porque era una dádiva espontánea del que perdió el dinero, y porque el labrador se apresuró en devolver la suma hallada luego que supo á quién pertenecía. Se me figura que decía en su interior estas palabras. « Levantar una bolsa que se encuentra, no es un trabajo tan grande, que merezca la mitad de lo que contiene; y volverla á su dueño es una cosa tan justa y natural, que no es menester recibir nada por ello. »

JACOBITO. — Se portó generosamente; y estoy muy contento que el emperador le hubiese recompensado.

EMILIO. — Y si el labrador chino no hubiese podido saber quién era el dueño de la bolsa, ¿qué debió hacer de ella?

EL PADRE. — Como era tan generoso, hubiera repartido el dinero entre algunos mas pobres que él: y esto es lo que debe hacer en un caso semejante cualquiera que no se halla en la indigencia. El pobre debe atender primeramente á sí, cuando puede

hacerlo de un modo irreprensible. Esto no es decir que un hombre rico que hallase un bolsillo de dinero, y que despues de haber dado todos los pasos necesarios para averiguar á quien pertenecia, dejaria de ser hombre de bien si se apropia el dinero; mas podria decirse que era un hombre codicioso, que no mereceria ser alabado de nadie. Voy á contaros una historieta que os gustará.

JACÓBITO Y EMILIO. — Bien, bien, papá; estaremos muy quietitos.

EL PADRE. — Anton y Lucía eran dos jóvenes pastorcitos que se querian mucho, y no podian casarse por ser muy pobres. Un dia que los dos se estaban lamentando de su mala suerte, al tiempo que volvian al anochechar á su pueblo, Anton tropezó, y cayó. Al levantarse quiso ver en qué habia tropezado, y advirtió que era una taleguita bastante pesada, y la recoge. Deseoso de saber lo que contenia va acompañado de Lucía á un campo vecino donde aun ardia un poco de fuego, que habian encendido los labradores durante el dia. Reaniman el fuego, y á la claridad de la llama descubren que todo lo que tiene la taleguita es oro. « No parece sino que Dios nos envia este dinero, dijo Lucía, para poder casarnos. — Ciertamente, respondió Anton y ahora tu padre

ya no tendrá reparo en que te cases conmigo. » Alegres como unas pascuas empiezan á contar las onzas de oro y los doblones, y se van al lugar con ánimo de enseñar el hallazgo al padre de Lucía; pero antes de entrar en casa dice Anton á su querida: « Me ocurre que este dinero no es nuestro, sin duda lo ha perdido alguno que ha vuelto de la feria de Medina, y lo que á nosotros nos ha alegrado tanto, será para él un motivo de desesperacion. — Tienes razon, Anton, el que ha perdido el dinero estará llorando, y mas si tiene hijos: *nosotros lo hemos hallado por casualidad y guardarlo seria un robo.* — Lo mejor será que vayamos á casa del cura, que me quiere mucho, y si gustas consultaremos con él. »

Pareció bien la idea á Lucía, y al momento fueron á verle; encontráronle en casa, Anton le entregó el saco de dinero, y le confesó que al principio le habia mirado como una cosa enviada por el Cielo. Confesóle como queria á Lucía, pero que su pobreza era un obstáculo que impedía su union. Escuchóle el cura con bondad, enterneciósese con su relacion, admiró la probidad de los jóvenes, y aplaudió su proceder. « Anton, le dijo el cura, conserva siempre los mismos sentimientos, el Cielo te bendecirá: el dueño del

dinero parecerá probablemente, es regular que te dé un buen hallazgo, yo añadiré algo de mis ahorros, hablaré al padre de Lucía, te casarás con ella; y si nadie reclama el dinero que depositas en mis manos, se considerará como un bien que pertenece á los pobres; tú lo eres, y dártelo á tí será obedecer la voz del Cielo. »

Retiráronse los jóvenes contentos y llenos de dulces esperanzas. El cura publicó la pérdida del saco en la parroquia suya, en Medina y en todos los pueblecitos inmediatos. Algunos tunantes se presentaron, mas como no supieron especificar la clase de monedas, ni la suma, ni el saco, se volvieron con las manos vacías.

Entretanto el cura no se olvidó de Anton; le proporcionó una casita con algun ganado y aperos de labranza, y dos meses despues casó á los dos jóvenes. Agradeciéronselo lo mejor que pudieron, y no cesaban de hacerse lenguas á favor del buen cura. Anton era trabajador, Lucía muy hacendosa; pagaban puntalmente la renta, y vivian con frugalidad, queridos de todo el mundo.

Dos años pasaron, y nadie reclamó el dinero. El cura fué de parecer que no se debia esperar mas, y se lo llevó á los honrados jóvenes. « Hijos míos, les dijo él, gozad del

favor que os dispensa la Providencia; pero no abuseis: estos tres mil duros están sin producir nada: hacéd uso de ellos; si por casualidad aparece el dueño, volvédeslos, entretanto empleadlos de modo que no se disminuya su valor.» Anton siguió este consejo, compró la casita y la heredad que tenía en arriendo, persuadido que si el dueño del dinero se presentaba algún día, se daría por muy satisfecho de que se hubiese empleado tan bien su caudal.

La propiedad del terreno fué causa de que hiciera mejoras en su hacienda, cultivó mejor las heredades, y los campos fueron mas fértiles, con lo cual logró vivir en una decente medianía, que es á lo que habia aspirado. Dos hijos vinieron á aumentar su felicidad, y cuando crecieron ayudaban á sus padres en las labores campestres.

Diez años hacia que vivian de este modo, cuando, volviendo Anton de su trabajo un día á la hora de comer, vió dos hombres que iban por el camino real en una calesa, que volcó justamente al acercarse á ellos. Corrió á socorrerles: les ofreció las mulas que tenía para trasladar las maletas á su casa, y rogó á los pasajeros que fueran á descansar á ella. Por fortuna no se hicieron daño: el mas viejo de los dos exclamó al tiempo de levantar

larse : « ¡ Este sitio es bien desgraciado para mi ! Hace doce años que pasé por aquí, de vuelta de la feria de Medina, y perdí tres mil duros. — Y ¿ no hizo V. diligencias para recobrarlos ? le dijo Anton. — No fué posible, porque iba á toda priesa á la Coruña, donde debía embarcarme para la Habana ; el tiempo urgía, el barco estaba para darse á la vela, y si me hubiese detenido en hacer pesquisas, tal vez inútiles, se hubiera frustrado mi viaje, y los perjuicios habrían sido mas considerables que la pérdida que acababa de sufrir. »

Alegróse en extremo Anton al oír esto, y le rogó encarecidamente que fuese á su casa : y como era la mas próxima, y aun la mas cómoda, fueron á ella los viajeros. Encarga á su mujer que aderece comida para aquellos huéspedes, y mientras que se dispone todo lo necesario, hace que recaiga de nuevo la conversacion sobre la pérdida de que se lamentaba el mas viejo. En seguida va en busca del cura, le cuenta lo que pasa, le convida á comer, y á que haga compañía á los viajeros. El cura le acompaña, y no cesa de admirar el gozo que muestra el buen Anton por un descubrimiento que debe arruinarle.

Sírvese la comida ; los viajeros no hallan

expresiones con que agradecer al paisano tan buena acogida; elogian su buen corazón, su franqueza, el candor de Lucía, su actividad, y la docilidad de los niños. Anton, después de concluida la comida, les enseña a casa, la huerta, el corral y el ganado, les habla de sus campos y de su producto, y concluye diciendo al de mas edad: « Señor, todo esto es de V. Yo hallé el dinero que V. perdió, y viendo que nadie lo reclamaba, compré esta hacienda con la intencion de entregarla algun dia á su legítimo dueño. En caso de haber muerto yo antes, he tenido cuidado de poner en manos del señor cura un documento fehaciente que justifica la propiedad de V. »

Sorprendido el forastero, lee el papel, y mira á Anton, á Lucía y á sus hijos. « ¿ Dónde estoy? exclama él. ¿ Qué acabo de oír? ¡ Qué proceder! qué virtud! qué nobleza, y en qué clase encuentro todo esto! — ¿ Teneis mas bienes que estos? les preguntó en seguida. — No, señor: pero si V. no vende esta hacienda, necesitará un arrendatario, y en tal caso espero que V. me dará la preferencia. — Tanta probidad, respondió el anciano á Anton, merece otra recompensa. Doce años han pasado desde que perdí el dinero que V. halló: después acá Dios me ha

favorecido en términos que no echo de menos la suma perdida, ni esta restitucion me haria mas rico. Me parece pues que seria ofender á la Providencia quitarle á V. este dinero; yo se lo doy á V.; nunca lo reclamaré: ¡Qué otro hubiera obrado como V. en iguales circunstancias! »

Dicho esto, hizo pedazos el papel que tenia en sus manos, y expresó el deseo de extender una escritura de cesion á favor de Anton y de sus hijos. Marido y mujer se echaron á sus pies; él los levantó y abrazó. Un escribano extendió la escritura; Anton lloraba de alegría y de terneza: « Hijos míos, exclamó él, besad la mano á vuestro bienhechor. Lucía, ahora podemos disfrutar de estos bienes sin desazon ni remordientos. »

JACOBITO. — ¡Qué historieta tan bonita, papá! Me parece que yo haria lo mismo que hicieron Anton y el labrador chino.

EMILIO. — Y yo tambien; ya tengo ganas de encontrar algun bosillo ú otra cosa para hacer ver á V. lo que digo.

EL PADRE. — Así me gusta, hijos míos. Imitad, siempre que podais, tan bellos ejemplos. Pero ya es tarde, y mañana continuaremos este mismo asunto.

TARDE VII.

No ofender al prójimo en su honor.

EMILIO. — Papá, ¿ nos contará V. esta tarde algunas historietas ?

EL PADRE. — Veremos si me ocurre alguna, para amenizar unos entretenimientos tan serios para vosotros.

JACOBITO. — Aunque son serios, tambien vamos aprendiendo sin ningun trabajo muchas cosas útiles.

LA MADRE. — Por eso debeis agradecer a Dios el haberos dado un padre que os instruya y se desvele por educaros en los principios de la virtud. ¡ Cuántos hombres hay que no serian tan malos si sus padres hubieran tenido el mismo cuidado con ellos que tiene el vuestro con vosotros ! La suerte del hombre depende en gran parte de la primera educacion. Oid pues atentamente todo lo que os dice, para practicar lo que os enseña cuando es necesario.

EL PADRE. — Hay muchas gentes que miran, como es justo, con horror el tomar cualquiera cosa que no les pertenece ; pero que no tienen escrúpulo de decir todo lo

malo que saben de otros, y aun mucho de lo que no saben bien, sin reflexionar que la *murmuración* hace mas daño que el robo, y que la *calumnia* es un crimen tan grande en muchas ocasiones como el homicidio. Pero veamos, Emilio, si te acuerdas de la diferencia que hay entre *murmurar* y *calumniar*, de lo cual os hablé en otra ocasion.

EMILIO. — *Murmurar*, nos dijo V. entonces, es contar con mala intencion lo malo que se sabe de alguna persona á otra ú otros que lo ignoraban : ocupacion ordinaria de personas que no tienen caridad. *Calumniar* es mucho mas criminal : es inventar alguna cosa mala contra una persona y hacerla correr como si verdaderamente fuese cierta, con la intencion de perderla en la opinion pública. Calumniar es un crimen atroz.

EL PADRE. — Veo que tienes buena memoria : ahora os contaré un caso para que os penetreis muy bien del peligro que hay en murmurar y calumniar. Escuchad la historia del desgraciado tio Blas.

El tio Blas era un pobre hombre que tenia por oficio el ser mandadero; esto es, hacia los encargos y recados que le encomendaban. Para esto es preciso tener cierta dosis de inteligencia y discrecion, y el tio Blas estaba provisto de estas bellas calida-

des, de modo que no le faltaba que hacer en el barrio de la ciudad donde se habia establecido. Con lo que ganaba sostenia á su familia, y ciertamente hubiera visto correr pacíficamente sus dias, á no haber sido por otro mandadero vecino suyo, hombre envidioso, y que deseaba quitarle los porroquianos. Este picaron se llamaba Gaspar, y por cuantos medios pudo trató de desacreditar al tio Blas, á quien es preciso confesar que le gustaba de cuando en cuando empinar el codo; pero nunca le hizo el vino faltar á sus deberes, pues tenia cuidado de no entrar en una taberna antes de haber cumplido con su obligacion. El envidioso sabia bien todo esto, y sin tratar de excusarle se contentaba con decir al que queria escucharle que al tio Blas le gustaba el vino; y que este vicio en un hombre de su estado era muy peligroso, pues además de no cumplir exactamente con lo que se le encargaba, podia contar á otros los secretos.

A fuerza de repetir estas y otras palabras semejantes logró que le escucharan. Observaron tambien que el tio Blas parecia de cuando en cuando haber bebido mas de lo que era justo; empezaron á desconfiar de él y á emplearle menos. Como el envidioso ganaba en esto, continuó de desacreditandol

hasta que redujó al pobre vecino á no tener nada que hacer.

Desesperado el tío Blas al ver que no poseia la confianza de las gentes que le empleaban antes, tomó la resolución de renunciar al vicio, y lo cumplió. Este esfuerzo apenas lo supo nadie, y el mismo envidioso tuvo buen cuidado de no hablar nada. Ultimamente este infeliz, viendo su familia reducida á la mayor miseria, fué á vivir á otro barrio; mejoró algo su suerte, bien que la reputacion que debia á Gaspar le persiguió tambien allí.

Aquí teneis una lijera muestra del daño que puede hacer la murmuracion: el mismo mal ó mayor puede producir en las demás clases de la sociedad.

JACOBITO. — Y ¿en qué paró al fin el tío Blas?

EMILIO. — ¡Pobre tío Blas, me da una lástima, papá!

EL PADRE. — Ahora os diré en qué vino á parar. Ocuparon un dia á este buen hombre en una casa, en la que despues se echó de menos una cosa. Como ninguno de fuera habia venido, recayeron las sospechas sobre el tío Blas, aunque no habia pruebas para acusarle. Súpolo el envidioso, y al momento exclamó: « Ya lo habia dicho yo, el vicio

del tío Blas no podía parar en bien : para ir á la taberna es preciso dinero, y cuando no se gana bastante, se roba. » Su maldad trasformó luego la sospecha en certidumbre, y no tardó en decir por todas partes que el tío Blas habia robado una alhaja : tanto, que efectivamente llegaron á creer que era un ladron. De aquí resultó que prendieron al tío Blas, y á no haber parecido la alhaja despues de mucho tiempo, no lo hubiera pasado bien. Salió inocente, y aun le indemnizaron los perjuicios con una lijera suma ; pero como su familia contrajo deudas durante su encarcelamiento, luego que las pagó se quedó tan pobre como antes. Aunque se presentó de nuevo á ser mandadero, nadie le empleaba ; todos desconfiaban de él. Sus desgracias fueron en aumento, cayó enfermo y murió en un hospital, abandonado de todo el mundo. Ved lo que hicieron la *murmuración* y la *calumnia*.

EMILIO. — ¡ Qué caso tan horroroso nos ha contado V. !

EL PADRE. — Es cierto, hijo mio ; y ten presente que *jamás se habla mal de una persona sin hacerla daño*. No divulgueis nunca las faltas de otros : todos las tenemos, y así seamos indulgentes con los demás para que ellos lo sean tambien con nosotros.

Sabed además que aunque se escucha lo que dicen los murmuradores, se les desprecia y se les teme, porque no hay uno que no crea que al volver la espalda no harán lo mismo con las gentes de quienes acaban de despedirse. En cuanto á los calumniadores, se les aborrece, y cuando se les convence de tales en los tribunales de justicia se les castiga con penas infamantes.

JACOBITO. — Si supiese yo por casualidad que una persona habia cometido una accion perjudicial á alguno, ¿deberia decirlo?

EL PADRE. — Sí, porque toda infraccion de las leyes no debe entrar en la clase de aquellas faltas que debemos mirar con indulgencia. Supongamos que vieses á un hombre robando alguna cosa, el silencio tuyo en tal caso seria una falta grave, que hasta podria hacerte cómplice del crimen mismo.

EMILIO. — Dígame V., papá, si viniese una persona á tomar informes de mí de otra que yo conociera, y de la cual quisiera servirse aquella, ¿deberia decir yo todo lo que supiese?

EL PADRE. — Así lo bueno como lo malo. Para que lo comprendas bien, te pondré un ejemplo. Un amigo tuyo quiere poner

cierta cantidad en casa de un comerciante que llamaremos Tomás, porque cree que es un hombre íntegro: sin embargo sabiendo que tú le conoces y le tratas, viene á pedirte informes, confiándote su designio. Tú sabes que Tomás, aunque goza de crédito, no está muy bien; que juega recio, y que todo lo que posee es una vana apariencia. Estás seguro de que si le entrega el dinero lo pierde; y no obstante no te atreves á decirle lo que piensas, temeroso de perjudicar á Tomás; te se figura que es murmuracion. ¿Crees que es delicadeza el callar? No, amigo mio; es timidez, es debilidad culpable. Tu amigo, que solo te ha oído hablar bien de Tomás, le ha entregado el dinero, y lo ha perdido efectivamente. Desde aquel instante te acusa de mala fe, te aborrece, y tú no tienes nada con qué poder justificarte. Cuando se trata de impedir que un hombre de bien sea víctima de un malvado, es un deber descubrir los vicios.

Debemos tolerar mutuamente las faltas.

EL PADRE. — Un hombre sabio ha dicho: « Todos estamos amasados de errores y debilidades, por consiguiente la primera ley de la naturaleza es tolerarnos unos á

otros. » El que no quiere tolerar las faltas ajenas, ¿ con qué derecho podrá pretender que se toleren las suyas? El que exigiese que todos pensasen como él, aunque por otra parte su modo de pensar fuese muy razonable, seria el hombre mas insoportable; es bien cierto que no existiria una reunion de hombres á no ser por una especie de indulgencia recíproca.

EMILIO. — Papá, ¿deberé corregir á otros?

EL PADRE. — Sobre eso hay mucho que decir. La correccion es una especie de remedio aplicado á un mal moral; pero como tales curas suelen ser muy raras, es menester escasear los remedios; esto es, no conviene dar indirectamente consejos que serian mal recibidos. Si te interesa una persona, y la crees bastante prudente y dócil para corregirse, si es que tiene necesidad de ello, dile á solas lo que te parezca propio. El que nos reprende con acrimonia ó con demasiada lijereza hiere nuestro amor propio, y nos imaginamos que es envidia suya, con lo cual su leccion queda perdida. Nunca parece bien en un jóven corregir á un anciano, ni un inferior á un superior.

Tambien debemos tolerar las impertinencias de los enfermos: es un deber de la hu-

manidad. Huir de ellos es una crueldad que agrava su mal estar. Cuanto mas sufren, tanta mayor paciencia y dulzura debemos ejercer con ellos.

Hay otro vicio bastante general, y que no prueba un corazon sensible, y es el alegrarse del mal ajeno, supongamos el reirse cuando uno cae. Yo he visto personas que hasta se reian de una muerte que les acababan de contar. Los insensibles, poco contentos con los bienes del alma que poseen, parece que se deleitan en hacernos ver lo poco que valen. No faltan tampoco personas que, luego que ven á un jorobado, á un tuerto, á un cojo, tratan de ridiculizarlos imitando los defectos naturales, que tal vez los adquirieron en la guerra, ó por culpa de otros. Decidme, insípidos burlones, si os hubiera tocado igual suerte, ¿ os gustaria que os tratasen como vosotros tratais á esos desgraciados? A buen seguro que no. Podeis reiros de un vicio, de un hábito ridículo; pero una enfermedad no es un vicio, un defecto corporal no es un hábito ridículo; es una afliccion para el infeliz sobre quien recae. Hijos mios, temed degradaros con semejantes burlas, jamás altereis la dulce sensibilidad de vuestros corazones; salid al encuentro á los que sufren; y si otros los

aflijen, consoladlos : la satisfaccion interior que probaréis con esto, es mil veces superior al fragaz placer que puede sentir otro en oír las bufonadas de algun miserable chistoso.

A nadie se debe humillar.

PROSIGUE EL PADRE. — El mismo principio de moral y humanidad nos manda que á ninguno humillemos. Reirse de las desgracias ajenas procede á veces de lijereza, de falta de reflexion ; al paso que el orgullo, que nos conduce á humillar á un semejante nuestro, procede necesariamente de un mal corazon.

JACOBITO. — ¿Y si algun orgulloso quiere mortificarnos ?

EL PADRE. — En tal caso es perdonable abatirle para contenerle en los límites debidos : es una defensa justa y natural. Humillar á aquel que está bastante abatido por la desgracia, es querer amargar mas su cruel situacion. Acordaos, hijos míos, que todos los hombres somos hermanos, y el que trata de humillar á su hermano, infringe las leyes de la naturaleza, y se opone á la voluntad de Dios. Sed buenos con todos ; haced de modo que el pobre se estime mas á sus propios ojos, y así evitaréis que se de-

grade. Si la fortuna os favorece, no dejéis por eso de ser atentos con vuestros inferiores: os lo agradecerán, porque acostumbrados al insolente desprecio de tantos necios que establecen en sus riquezas el derecho de tratar orgulosamente á todo el mundo, creerán que es generosidad vuestra; os querrán; y la práctica de una simple regla de moral os granjeará amigos.

Cuando os halleis en sociedad con iguales vuestros, tened gran cuidado de no ofender el amor propio de nadie. A veces una chanza pesada puede tener muy malas resultas: oid en prueba de ello el caso siguiente. Había un jóven que cantaba muy mal, pero al menos tenía la costumbre de no cantar jamás en ningun concurso. Otro, que deseaba mortificarle, se empeñó en hacerle cantar en una tertulia. Resistió todo lo que pudo cortesmente; pero el otro insistió, alabando malignamente su pretendida habilidad. Muchas personas se unieron á él, creyendo que si no cantaba era por pura modestia. En fin el pobre jóven cantó como pudo, y salió de paso con mucho trabajo. El chuleador se reía á mas no poder; bien que no tardó en arrepentirse, pues al día siguiente muy temprano, el jóven burlado fué á visitarle con una pistola cargada, y le dió: « Señor mio,

anoche V. me hizo cantar, y ahora le haré bailar á V.; y de lo contrario le levanto la tapa de los sesos. » No esperaba el burlon semejante cumplimiento; mas, como vió que iba de veras, quiso mas bien bailar que morir. Divulgóse por el pueblo esta aventura, en mucho tiempo no se atrevió á salir de casa, temeroso de que le ridiculizasen.

Tened por regla segura lo que voy á decir os ahora. Si quereis vivir en paz con todos, tolerad las faltas ajenas, y nunca ofendais el amor propio de nadie.

TARDE VIII.

Hacer daño á los animales es señal de mal corazon.

EL PADRE. — Esta tarde, hijos míos, acabaremos la parte que corresponde á la moral, y os haré ver que no se debe tratar mal á los animales.

JACOBITO. — ¿Es tambien esa parte de la moral humana?

EL PADRE. — No, hijo mio; se puede ser hombre de bien, y pegar á su perro sin motivo; pero entonces se da una prueba de tener poca sensibilidad. Los animales están

organizados como nosotros, tienen sus placeres y sus penas, y nosotros podemos hacerlos felices ó desgraciados.

EMILIO. — Así es, papá, que cuando doy á Pinto pan, ó le hago fiestas, veo que se alegra y quiere jugar conmigo: cuando algun muchacho le pega, se queja como una persona, y está triste.

EL PADRE. — Por esto mismo, si no es un deber moral el *no hacer daño á los animales*, al menos es un deber sentimental. Por otra parte, ¿qué bien puede resultar de haber hecho sufrir á un pobre animal, que se halla enteramente á nuestra disposicion? El que se habitúa en su infancia á atormentar los animales, y se complace en oír sus gritos, se acostumbra insensiblemente á ser despues cruel con los hombres. Los Espartanos estaban tan convencidos de esto, que, habiendo sido acusado un muchacho de divertirse en sacar los ojos á los pájaros, fué condenado á muerte por los magistrados, porque creyeron observar en él un ser peligroso que convenia fuese destruido cuanto antes. Efectivamente, es menester tener cierta inclinacion á la ferocidad para divertirse en hacer sufrir á un ser sensible. Aquí, en este libro que he traído conmigo esta tarde podrá leer Jacobito un pasaje que me

parece os enternecerá : tómallo, lee despacio.

JACOBITO *lee lo que sigue :*

« En el camino que conduce de Morges á Yverdun, adonde yo iba á una fiesta, encontré un hombre cuyo traje, segun pude divisar con los primeros albores de la mañana, publicaba su pobreza, de la cual apartan la vista muchos hombres, por no caer en la tentacion de hacer una obra buena, y que otros muchos desprecian, porque no saben descubrir el mérito que muchas veces se oculta debajo de ella.

» La cara de este hombre me previno á favor suyo; un carnero le seguia. « ¿ Buen amigo, le dije yo, ¿ viene V. de Morges? — Sí, señor, yo era allí carnicero. — Y ¿ por qué razon se va V. á otra parte? — ¡ Ah señor! este carnero... » Tal principio avivó mi curiosidad; y le rogué que me contase su historia, lo cual hizo del modo siguiente :

» He nacido de padres pobres, y contra mi inclinacion me obligaron á abrazar la profesion de carnicero. Como de seis hermanos que éramos nadie habia desobedecido jamás las órdenes de mi padre, yo no queria ser el primero. En tanto que vivió mi padre cumplí exactamente con mi deber, y siempre le hubiera cumplido á no haber mi amo exigido demasiado de mí. En el rebaño

que yo guardaba, cobré cariño á un carnero. y él tambien me queria. (Al llegar aquí dió dos palmaditas sobre la espalda del animal que conducia, como queriendo decir : *este es*. El carnero levantó benignamente la cabeza para mirar á su dueño, y le lamíó las manos de modo que parecia decir *yo soy*). Seguíame á todas partes, y me servia de amigo; dábase la mitad del pan, y hallaba yo mas gusto en ello que en comérmelo; el pobre animal era tan bueno, que creo que tambien V. hubiera hecho lo mismo. Así es que cuando era menester conducir algunas res al matadero, jamás le escogia yo para matarle. Poco a poco el rebaño fué disminuyendo, hasta que á pesar de mis ruegos mi amo quiso obligarme á matar mi carnero. Traté de obedecerle; pero siempre que acercaba el cuchillo al cuello, el pobre animal me miraba con cierto aire... Parecia echarme en rostro mi crueldad, despues me lamia; saltáronme las lágrimas, y el cuchillo se me cayó de las manos.

« Ultimamente dije á mi amo que antes me degollarían á mí, que obligarme á cometer semejante asesinato. Irritóse al oír esto, y me trató de tunante, miserable... Tal vez yo no obraba bien, pero era llevado del cariño que tenia al animalito. Mi amo me des-

pldió. Con el dinero que habia ganado tuve bastante para comprar mi carnero. Soy bien pobre (añadió él acariciándole), pero no me quejo de tí; partiré contigo el pan de mi escaso alimento (1). »

EMILIO. — ¡Qué historia tan bonita! Debían leerla todos los hombres crueles que matan á los pobres animales.

EL PADRE. — Modera, hijo mio, tu exceso de sensibilidad. Es menester abstenerse de hacer mal ninguno á los animales; pero cuando se trata de satisfacer nuestras necesidades, no hay crueldad en matarlos; la misma naturaleza lo autoriza. Mas si estamos obligados para mantenernos á matar al buey, al pavo, al cerdo y á otros mil inocentes animales, debemos abstenernos de hacerlos sufrir inútilmente. En Inglaterra hay una ley que prohíbe maltratar sin motivo á los animales, cargar á los caballos mas de lo que buenamente pueden tirar: esta ley es digna de hombres filantrópicos é ilustrados (2). Dios nos ha dado la preemi-

(1) Extracto del *Viajero sentimental*, por Verne de Ginebra.

(2) M. Ricardo Martin, miembro del parlamento inglés de Galway, en Irlanda, hombre generoso y lleno de humanidad, habiendo observado el excesivo rigor con que muchas personas trataban á los animales, propuso un bill-

nencia sobre todos los seres que habitan en la tierra con nosotros; ha hecho que nuestra existencia dependa hasta cierto punto de la muerte de una multitud de criaturas. pero tambien ha puesto en nuestros corazones la sensibilidad, que nos prohíbe abusemos de este derecho. Aquel sobre quien no tiene poder la sensibilidad, aquel que desprecia la voz de la naturaleza, que habla á su corazon para mandarle que sea humano, aun cuando la necesidad le obligue á la inhumanidad, ese obra contrz la voluntad del Autor de la naturaleza. No puede ser inocente del todo, no puede estar satisfecho de su brutalidad; y si su conciencia le condena, es culpable.

Esto es, hijos míos, todo lo que se me ofrece deciros acerca de la moral. Ya sabeis

ley, que pasó en las dos cámaras, por la cual se autoriza á los magistrados, para que puedan castigar á los que sin motivo plausible maltrataban á los animales domésticos. El mismo caballero, llevado de un celo filantrópico, envía personas de toda su confianza á los mercaderes de ganado, á observar si tratan brutalmente á los bueyes, caballos, etc., y suele presentarse en los tribunales de policía á delatar á los que infringen la ley. Algunas veces ha pagado él de su bolsillo la multa en que ha sido condenado algun cochero. Su objeto no es que se castigue, sino que se observe la ley, y que el pueblo sepa que está obligado á observarla. ¡Feliz la nacion donde hay ciudadanos tan celosos, y donde aun los animales mismos están protegidos de los insultos y males tratamientos de la canalla!

cuáles son las bases fundamentales de ella. Mañana hablaremos de la virtud. Ahora id á jugar un rato.

PARTE SEGUNDA.

DE LA VIRTUD.

TARDE IX.

EMILIO.— Papá, acabo de hacer una cosa que me parece buena.

EL PADRE.— Y ¿qué es lo que has hecho, amigo mio?

EMILIO.— Toda la noche pasada estuve pensando en lo que V. nos contó ayer tarde; pareciéndome que el canario que estaba en la jaula sufriria mucho al ver á otros pajaritos en libertad, le he abierto la puerta, y na ido volando. ¿He hecho bien, papá?

EL PADRE.— No, hijo mio: yo te diré por qué. Primeramente debiste consultar conmigo, pues el pájaro no era tuyo, y no podias saber si yo tendria gusto en darle libertad: en segundo lugar, lejos de haber hecho un beneficio al pajarito, tal vez le has acarreado su ruina. Has de saber que los

canarios no están acostumbrados á vivir en libertad como los otros pájaros ; no conocen los peligros que les rodean , ni por consiguiente saben evitarlos ; tampoco saben hallar el alimento que les conviene , ni hacer los nidos. En fin has obrado bien si se consulta tu sensibilidad y tu corazon , pero mal por falta de experiencia. Mas esto no quiere decir nada ; tal vez volverá el canario á casa al observar que no le va tan bien fuera de ella ; y será bueno que vayas y pongas la jaula en el balcón con la puertecita abierta.

JACOBITO. — Bien le decia yo que no lo hiciese ; pero él queria sostener que era mejor dar libertad al canario.

EL PADRE. — Esta tarde , hijos míos , examinaremos lo que es la *virtud* , y lo que debe hacer el hombre para adquirir el bello título de *virtuoso*. ¿ Te acuerdas , Jacobito , de lo que dije yo de la virtud la primera tarde que nos reunimos aquí para tratar de estas cosas ?

JACOBITO. — Sí , señor : nos dijo V. entonces , querido papá , que la virtud consistia en hacer *gratuitamente* , y á veces contra el interés propio , una cosa útil á sus semejantes ; ó hacer sacrificios generosos sin esperar la recompensa de ellos.

EL PADRE. — Veo que tienes memoria , y

que escuchas con atencion lo que digo. La palabra *virtud*, que significa *fuerza, valor*, nos da á entender que es menester bastante ánimo para hacer el bien contra nuestro propio interés. ¿Qué te parece á tí mas hermoso, Jacobito, seguir los preceptos de la virtud, ó los de la moral?

JACOBITO. — Cumplir los preceptos de la moral es lo mismo que pagar una deuda, es decir, que es obligacion nuestra ser buenos. Ser virtuosos es obrar generosamente, y á mí me parece que es mas hermoso hacer el bien por solo el bien mismo, que por cualquiera otro motivo menos desinteresado.

EL PADRE. — Segun eso, en tu opinion vale mas la virtud para la felicidad del género humano que la simple moral.

JACOBITO. — Así me parece á mí.

EL PADRE. — Y si yo te dijera que la moral es mas útil, ¿qué dirias?

JACOBITO. — En tal caso destruiria V. el afecto mas bello que me ha inspirado.

EL PADRE. — No te aflijas, amigo mio, no destruiré los buenos sentimientos de tu corazon; trataré solamente de rectificar tus ideas.

La moral es la base de todo lo bueno que se hace en el mundo. Hoy os consagro todos mis afanes, mi dias, mi terneza; igua-

les beneficios he recibido de mis respetables padres ; vosotros hareis lo mismo con vuestros hijos ; pago una deuda precisa , que vosotros tambien pagaréis cuando os llegue el turno. Os absteneis de hacer mal , para que no os lo hagan ; dais , porque teneis necesidad de recibir : tales son las leyes del mundo ; y ¿ en qué vendria á parar el género humano si fuesen despreciadas estas leyes ? No habria cosa con cosa. Si por el contrario todos los hombres las respetasen con la mas escrupulosa fidelidad , la tierra se convertiria en una morada de inocencia. Ved cuáles son los beneficios de la moral : la virtud es el complemento de ella ; da mas realce á la gloria del hombre y á la dicha del género humano.

No creáis por esto que trato de encoger vuestras almas , dispensándoos de hacer todo el bien que podais. Hagamos cuanto podamos , sin temor de traspasar los límites de nuestros deberes. Veamos ahora , amigos míos , cuáles son las principales virtudes del hombre.

Al frente de todas ellas pondré el *sacrificarse por sus semejantes*. De este sentimiento generoso , que hace nos olvidemos por los otros , se deriva todo el bien que hacemos.

En segundo lugar os hablaré de una *vir-*

tud, que para practicarla supone mas valor todavía que para sacrificarse por el bien ajeno : y es, *hacer bien al que nos ha hecho mal*.

Ultimamente terminaré esta parte diciéndoos algo de las *virtudes personales*, esto es, que solo tienen relacion con nosotros mismos.

Sacrificarse por sus semejantes.

EL PADRE. — Díme, Emilio, ¿ qué entiendes tú por sacrificarse por sus semejantes ?

EMILIO. — Quiere decir, segun yo entiendo, que el hombre verdaderamente virtuoso expone sus bienes y su vida, si sus semejantes tienen necesidad de sus socorros.

EL PADRE. — Y ¿ qué orden se debe observar en estos sacrificios generosos ?

EMILIO. — Segun he oido á V. otras veces los parientes deben ser antes que los extraños.

EL PADRE. — Establezcamos algun método en lo que vamos diciendo : sentemos por principio general que todos nos debemos á todos nuestros semejantes ; pero en circunstancias igualmente apuradas antes de

todo es *nuestra familia*, en seguida *la patria*, y finalmente *los extraños*.

EMILIO. — Eso me parece muy natural, pues si yo no tuviese mas que un pedazo de pan, y supiese que V. se hallaba en la mas extrema indigencia, teniendo yo bastante virtud para preferir la vida de otro á la mia, antes que á un extraño daria á V. mi único alimento, querido papá.

EL PADRE. — Eso mismo haria un padre con sus hijos.

JACOBITO. — Cuento V., papá, aquel caso tan bueno de un padre de familias.

EL PADRE. — Supuesto que tú lo sabes, ¿por qué no nos lo cuentas?

JACOBITO. — Porque yo no sabré decirlo tan bien como V.; ya verás, Emilio, como se sacrifica un padre por sus hijos.

EL PADRE. — Habia un pobre hombre llamado Pascual, que ganaba su vida á fuerza de trabajar, pero tenia que mantener á su mujer y cuatro hijos. Era un peso enorme, mas en tanto que pudo cubrir los gastos no se quejó; porque él no pasaba pena por las fatigas suyas, sino por las necesidades de su familia. El pobre Pascual ganaba tan poco, que á veces se privaba del alimento necesario para dárselo á sus hijos;

él solo era quien sufría todo con un valor superior á sus trabajos.

No obstante, á pesar de todo su cuidado y vigiliias, á pesar de la obstinacion con que combatia su triste suerte, Pascual se vió asaltado de la mas terrible miseria. Su mujer y sus hijos empezaron á sufrir el hambre, y á pedir pan con lágrimas en los ojos. Pascual, venciendo la vergüenza que hay en implorar la asistencia de los que pasan, de los desconocidos que desprecian, el desgraciado Pascual sale de su casa, y con tímida voz y la cara bañada en lágrimas pide que se sirvan aliviar su miseria. Ni oyeron su voz, ni sus lágrimas fueron vistas. Si alguno le daba algo era tan poco, que su familia no podia satisfacer la necesidad mas urgente de la vida.

Desesperado Pascual, corre por las calles, se encuentra con un compañero suyo tan pobre como él. «Estoy perdido, le dice, hace veinticuatro horas que mi mujer y mis hijos no han comido... no sé lo que hacer... estoy por matarme. — Amigo mio, le dijo el otro, penetrado de su situacion, toma esos cuatro cuartos, es todo lo que puedo darte; pero si quieres ganar la vida te enseñaré un medio. — Haré todo lo que me

digas, con tal que no sea contra la probidad. — Ve á casa de Fulano, que ahora aprende á sangrar, y es regular que te dé algun dinero, por ensayarse en tu brazo. »

Pascual va corriendo á la casa indicada; le sangran; le pagan: sabe que en otra casa hacen lo mismo; corre y se hace sangrar en otro brazo. Lleno de júbilo este hombre respetable, compra pan, vuelve sin la menor dilacion á su casa, y lo reparte entre su mujer é hijos. « ¿Qué es esto, padre? — ¿Por qué te has hecho sangrar? » le preguntan sus hijos y su mujer. « Hijos míos, querida mujer, le responde el padre con los ojos arrasados de lágrimas y abrazándolos estrechamente, ha sido... ha sido para compraros pan. »

EMILIO. — Es un caso muy tierno; me aflige mucho oír cosas tan tristes; si dependiera de mí no habria desgraciados en el mundo.

EL PADRE. — Dime ahora, Jacobito, ¿en qué consiste el amor á la patria?

JACOBITO. — En preferir el interés de la patria al de uno propio, en dar su vida por ella cuando sea necesario.

EL PADRE. — Está bien: así cuando un príncipe, un general, un magistrado sacrifican todo su tiempo, sus bienes y aun su

salud á la felicidad general, se puede decir que son hombres verdaderamente virtuosos.

El ciudadano que hace á expensas suyas alguna obra pública, como un camino real, un canal, etc., ó funda un hospital, una casa de educacion, etc., da pruebas de su amor á la patria.

Finalmente el militar es el que mas hace, y á quien regularmente se agradece menos, pues se expone á perder la vida por la conservacion de las leyes de su pais, y por librar á sus conciudadanos de la esclavitud extranjera.

JACOBITO. — Papá, ¿qué se entiende por ser traidor á la patria?

EL PADRE. — Es traidor á la patria el ciudadano que la ofende con ánimo deliberado, cualquiera que sea el motivo que le impela á una accion tan vil. El conde D. Julian, que facilitó la entrada de España á los Moros, por vengarse de una injuria que le hizo el rey, fué un traidor á su patria. El que entrega al enemigo una fortaleza, un ejército, un buque de guerra, sin hacer la debida defensa, el que revela los planes, los proyectos y facilita al adversario una victoria, sea por interés, por pique de que no le atienden ó pagan, ó por espíritu de vengan-

za, es un traidor, que merece la execucion universal, y que aun el enemigo mismo á quien sirve, le desprecia y detesta. Tambien es traidor el general que, sin la competente autorizacion del gobierno, entra en convenios con el enemigo sobre la suerte futura de toda la nacion.

JACOBITO. — Y si la patria destierra injustamente á un hombre como dicen sucede á menudo, ¿le es permitido en tal caso vengarse de ella?

EL PADRE. — No : el que obra así no sabe lo que es virtud, no tiene idea de lo que es grandeza de alma ; es un miserable, un hombre vengativo que sacrifica á su resentimiento sus padres, sus hijos, sus amigos, sus conciudadanos, la masa general de la nacion, que es lo que compone la patria (1). Si hubo en Roma un Coriolano, que resentido de verse desterrado por el pueblo, se unió á los enemigos de su patria para esclavizarla, aunque en el lance decisivo cedió á los ruegos y lágrimas de su madre, tambien hubo un Camilo que supo salir de su destierro para abatir el orgullo de Breno, á

(1) Creon, rey de Tebas, prohibió que se diese sepultura al cadáver de su sobrino Polinice, por haber venido este con un ejército extranjero á echar á su hermano Eteocle del trono que le habia usurpado.

tiempo que este habia reducido á Roma á la última extremidad. Temístocles prefirió envenenarse á marchar contra Atenas á la cabeza del ejército del rey mismo que le habia acogido en su corte, cuando se refugió en ella huyendo de los Atenienses. Muchísimos Griegos y Romanos hubo para quienes la patria fué ingrata, empero nunca amancillaron su honor. Mas nos creais que todas estas virtudes generosas fueron un patrimonio exclusivo de la antigüedad, nuestra historia presenta á cada paso rasgos no menos nobles que los que refieren Tito Livio, Cornelio Nepote y Plutarco.

Jacobito, sube á mi cuarto, y tráeme aquel librito que contiene los romances del Cid Campeador. No obstante el mal tratamiento del rey á este invicto Español, y haberle desterrado injustamente, en su alma heroica no se anida el rencor, su venganza es hacer la guerra á los Moros, para presentar á los piés del ingrato monarca las coronas que su invencible diestra habia conquistado saliendo del destierro, no por la voluntad de su rey, sino aguijoneado por su valor, por su amor á la patria, y por todo lo que era grande y magnánimo.

JACOBITO. — Aquí está el librito que V. pide.

EL PADRE, *abriendo y hojeando el libro.*

— Lee en alta voz este romance.

JACOBITO lee.

ROMANCE.

Victorioso vuelve el Cid
 A San Pedro de Cardena,
 De las guerras que ha tenido
 Con los Moros de Valencia.
 Las trompetas van sonando
 Por dar aviso que llega,
 Y entre todas se señalan
 Los relinchos de Babiaca (1).
 El abad y monjes salen
 A recibirlo á la puerta,
 Dando alabanzas á Dios,
 Y al Cid mil enhorabuena.
 Apeóse del caballo,
 Y antes de entrar en la iglesia
 Tomó el pendon en sus manos
 Y dice de esta manera :
 « Sali de tí Templo santo,
 Desterrado de mi tierra,
 Mas ya vuelvo á visitarte
 Acogido en las ajenas.
 Desterróme el rey Alfonso,
 Porque allá en Santa Gadea
 Le tomara el juramento
 Con mas rigor que él quisiera,
 Las leyes eran del pueblo

(1) Nombre del caballo del Cid

Que no excedí un punto de ellas,
 Pues como leal vasallo
 Saqué á mi rey de sospecha.
 ¡ O envidiosos Castellanos,
 Cuán mal pagais la defensa
 Que tuvisteis en mi espada
 Ensanchando vuestra tierra !
 Veis aquí, os traigo ganado
 Otro reino y mil fronteras,
 Que os quiero dar de las mias,
 Aunque me echais de las vuestras.
 Pudiera decirlo á extraños ;
 Mas para cosas tan feas
 Soy Rodrigo de Vivar,
 Castellano á las derechas. »

Hijos míos, la patria no muere : podrá el gobierno ser malo, injusto, opresor ; pero ¿ quién asegura que no podrá sustituirle mañana otro que sea bueno, justo é ilustrado ? Y en tal caso ¿ cómo se arranca de las manos del enemigo lo que en un acceso de rabia, despecho ó venganza, le entregaron los traidores ? Supongamos que el gobernador de Gibraltar sabe que el gobierno inglés trata de quitarle el mando por capricho, ó por dárselo á un rival suyo : aun mas, que trata de prenderle y formarle una causa criminal : ¿ os parece que no seria un traidor si entregase la fortaleza á los Españoles ?

JACOBITO. — Papá, cuéntenos V. algun

caso que nos haga ver el sacrificio de un militar español.

EL PADRE. — Centenares pudiera contaros; la nacion española no necesita ir á mendigar en la historia de las otras naciones ejemplos sublimes de virtud. Los extranjeros publican bajo mil formas diversas sus gloriosas acciones; nosotros las ejecutamos, sin cuidarnos mucho de que las publique la fama. El caso que os voy á referir lo sé de boca del mismo general D. Francisco Espoz y Mina, cuyas hazañas y virtudes militares en vano ha intentado denigrar la calumnia.

D. Manuel Salinas era teniente de húsares en la guerra de la independenciam, que la España con admirable constancia sostuvo contra todo el poder de Napoleon. Hallábase en Navarra á las órdenes del intrépido D. Javier Mina, sobrino del citado general. Exasperados los Franceses al ver que este jefe les hacia una guerra activa con un puñado de gente, y que con la rapidez de sus movimientos se burlaba de todos sus planes, para cogerle prisionero ó matarle en el campo de batalla, destacaron al general Pannetier con un escuadron de lanceros, con el objeto de sorprenderle en la ciudad de Corella donde se hallaba. El general francés

llegó á dicha ciudad al amanecer del 13 de octubre de 1809, y con arreglo á las noticias exactas que tenia, entraba por una calle angosta por direccion al alojamiento de Mina. El teniente Salinas se encontraba á caballo en la misma calle: su silencio hubiera asegurado su vida y la captura de su jefe y compañeros de armas; mas prefiriendo la salvacion de estos á la conservacion de su propia vida, sin vacilar un momento tiró al escuadron gritando: *¡ A las armas! ¡ El enemigo!* Salinas pereció heroicamente entre las lanzas de los Franceses, y su alma voló al seno augusto de la inmortalidad á recibir el premio de accion tan distinguida.

JACOBITO. — ¡ Qué oficial tan valiente! ¡ Qué lástima que hubiera perecido!

TARDE X.

De las virtudes personales.

EL PADRE. — Esta tarde voy á hablaros de las virtudes personales.

EMILIO. — ¿ Qué se entiende por virtudes personales?

EL PADRE. — Los esfuerzos que hace un

corazon generoso para reprimir los deseos perniciosos que nacen en él. Parece á primera vista que nuestras pasiones y vicios deben dañar solamente á nosotros mismos; pero al mismo tiempo que nos depravan son funestos á los que nos rodean. El gloton y el borracho estropean su salud y arruinan á sus familias; el perezoso hace sentir doblemente los efectos de su dejadez á los que debiera sostener con su trabajo, conduciéndolos así á la miseria. Hemos visto en Alejandro el Grande un efecto terrible de la cólera y del vino. Todas nuestras pasiones llegan á ser temibles, no reprimiéndolas en su origen. A esto debe aplicarse constantemente nuestro valor. Hijos míos, cuando advirtais una inclinacion viciosa, sofocadla sin compasion. ¡Ay de aquel que trata con indulgencia á los primeros viciosos deseos que nos halagan! Bien puede estar seguro de que le conducirán á su perdicion. De aquí procede muchas veces el rigor de un padre con sus hijos: advierte en alguno de ellos una mala inclinacion, el principio de un vicio funesto; y conociendo quel el hijo no tratará de corregirse por no prever las malas consecuencias que puede tener, le reprende, y aun le castiga con mas ó menos rigor, segun lo requiere la malicia y obstinacion

del hijo; y así logra que aquella tierna planta dé frutos provechosos. Vamos á ver, querida Luisita, si te acuerdas de aquella abulita que te enseñé la semana pasada.

LUISITA. — Sí, me acuerdo; y si la digo bien ¿ me dará V. algo, papá?

EL PADRE. — Si la dices bien, te regalaré el domingo, que es tu cumpleaños, un vestido muy lindo, y además te enseñaré otra fabulita.

LUISITA. — Pues bien, oiga V. la que yo sé.

LA PARRA Y EL PODADOR.

¡ Ay ! no me hieras tanto ;
 Deja el ramaje umbrío :
 Yo te daré, amo mio,
 Mas vino que jamás.
 ¿ No te mueve mi llanto ?
 ¡ Oh Dios ! de su hoz me venga :
 ¿ Qué va á él en que yo tenga
 Rama menos ó mas ?
 Así la Vid decia
 Al Podador mezquino :
 Él se apiadó... ¡ A Dios vino !
 A otro ám ya no dió.
 Lector, tus hijos guia
 Al bien, cuadre ó no cuadre :
 Por ser piadoso un padre,
 ¡ Qué de hijos no perdió !

LA MADRE. — Bien, hija mia; mereces

quetu padre te regale lo que te ha prometido.

EL PADRE. — Hay una virtud personal, mas útil al que la practica que á los demás, y que debemos cultivar con empeño, porque nos mantiene en nuestra dignidad.

JACOBITO. — ¿Cuál es esa virtud, papá?

EL PADRE. — Es la *paciencia* en los males y desgracias inevitables. Aquel que al primer mal que siente, se lamenta y queja de su suerte, es un cobardé que no reflexiona que en este mundo estamos expuestos á sufrir á cada paso; y que estas quejas le degradan y no le curan. Aquel que, perseguido de la desgracia, no sabe llevar con resignacion su suerte, no está lejos de cometer una bajeza para cambiar de situacion. El valor que se despliega en los sufrimientos, ennoblece nuestra desgracia, y contribuye á disminuir las penas que la acompañan.

EMILIO. — Papá, bien sabrá V. algun caso que nos divierta y venga bien á lo que se trata; es verdad?

EL PADRE. — Justamente me ocurre ahora uno. Cuentan de Abou-Hanisch, conocido por el *Sócrates de los Musulmanes*, que habiendo recibido un bofetón, dijo al que le insultó. « Podria corresponder á esta injuria con otra injuria; pero no quiero :

podria tambien acusarte al califa ; pero no quiero ser un delator : podria en mis oraciones quejarme á Dios del ultraje que me has hecho ; pero me guardaré muy bien de hacerlo : en fin podria pedir el ser vengado en el dia del juicio ; pero no permita Dios que yo albergue semejantes pensamientos. Bien al contrario, si llegase en este momento tan terrible dia , y si mis súplicas fuesen bien recibidas del Todopoderoso , desearia entrar contigo en el paraiso. »

No faltarán hombres, hijos míos, que os dirán que esta alma pacífica, tranquila y dispuesta á perdonar era cobarde ; porque así es como piensan los que, corriendo siempre tras la falsa gloria, no tienen la fuerza ni el valor de imitar la noble accion de aquel filósofo musulman.

Otro filósofo antiguo, llamado Epitecto, débil de cuerpo, contrahecho, y esclavo de un hombre ruin y malvado, solia decir : « Ocupo el lugar que la Providencia ha determinado ; mostrarme quejoso, es ofenderla. » Para él era señal segura de tener un corazon corrompido el hombre que aliviaba sus desgracias, al ver padecer las mismas á otros.

Bien sé yo que no todas las almas están templadas de modo que puedan sufrir los males con la misma resignacion con que

supo sufrirlos Epitecto, ni yo exijo que se le imite al pié de la letra : esto solo pertenece á ciertos seres privilegiados. Lo que yo os aconsejo es que arrostreis las desgracias con firmeza, que no os envilezcáis con inútiles quejas, ni mucho menos con acciones reprehensibles.

Hablemos ahora de una virtud superior á todas las demás, y que las realza en alto grado ; hablo de la modestia, hijos míos, de *esta modestia que consiste en hacer el bien, por solo el placer de hacerlo*. El que hace un beneficio por solo el gusto de publicarlo, es un orgulloso sin delicadeza, que trata de humillar al que sirve. El bien que se hace por virtud, no es ruidoso, y su mérito está en el silencio. Oid atentamente un caso que os va á gustar mucho, y que debéis imitarlo siempre que podáis.

Montesquieu, caballero francés y autor de una obra inmortal intitulada el *Espíritu de las Leyes*, se paseaba un dia en Marsella por la orilla del mar. Un jóven llamado Roberto estaba en un bote esperando que entrase alguno. Montesquieu entró y se sentó, mas á poco rato se disponia á salir, creyendo que Roberto no era el patron, y diciendo que supuesto no parecia el dueño del bote iba á pasar á otro. « Señor, este bote es

mio, le dijo el jóven, ¿quiere V. salir del puerto? — No, señor, pues no queda mas que una hora de dia; solamente dar unas vueltas por el puerto para disfrutar de la frescura y belleza de la tarde. Pero V. no tiene trazas de ser marinero. — Efectivamente no lo soy, y si me empleo en esto es por ganar algo los domingos y dias de fiesta. — ¡Tan jóven y tan avaro! en verdad que esto disminuye el interés que inspira vuestra fisonomía. — ¡Ay! señor, si supiera V. por qué deseo ganar dinero, no pensaria V. tan mal de mí. — He podido equivocarme, pero es por no haberse explicado V. Empecemos á dar nuestro paseo, y cuénteme V. su historia.

« Mi desgracia, dijo el jóven impeliendo el bote con los remos, es el hallarse mi padre cautivo, y no poder redimirle. Con el dinero que pudo recoger compró una paco-tilla, y se embarcó para Esmirna; pero el barco fué cogido por un corsario y llevado á Tetuan, donde está esclavo con todos los demás de la tripulacion. Piden mil duros por su rescate; pero como hizo un esfuerzo para que la especulacion mercantil fuese mas importante, estamos bien lejos de poseer esta suma. Mi madre y mis hermanas trabajan dia y noche; yo hago lo mismo en

casa de mi amo, que es un joyero; y aprovecho los domingos y fiestas. Nos privamos de cuanto podemos; vivimos en una habitacion muy reducida. Al principio traté de ir á libertar á mi padre, poniéndome en su lugar; mas cuando iba á ejecutar este proyecto, lo supo mi madre no sé cómo, y me aseguró que era impracticable y quimérico. — ¿Y reciben ustedes de cuando en cuando noticias de su padre? ¿Se sabe quién es su amo en Tetuan, y cómo le trata? — Su amo es el que cuida de los jardines del rey y le trata bien. — Y en Tetuan ¿qué nombre tiene? — El mismo que tenia aquí, Roberto Laplace. — Siento infinito semejante desgracia, pero me atrevo á presagiar una suerte digna de los buenos sentimientos de toda su familia, y la deseo sinceramente. Al embarcarme, deseaba entregarme un rato á la soledad; no tome V. pues á mal que me mantenga silencioso. »

Así que se hizo de noche, Roberto atracó al muelle; Montesquieu al tiempo de salir le entregó un bolsillo, y sin darle tiempo de que se lo agradeciera, desapareció. El jóven abrió el bolsillo, y halló unos mil reales en oro, y cosa de ciento en plata. Todas las diligencias que hizo despues para darle las gracias fueron inútiles.

Pasaron seis semanas, la familia continuaba trabajando sin descanso para completar la suma que necesitaba, cuando un día á la hora en que todos estaban comiendo el triste alimento necesario para vivir solamente, ven aparecerse á Roberto el padre, vestido muy decentemente. La mujer y los hijos quedaron asombrados, y un momento despues se entregaron á la mas viva alegría. El buen padre empieza á darles las gracias por los doscientos duros que le han enviado, además de haberle pagado el rescate, por los vestidos, por el flete y manutencion durante el viaje, y no halla expresiones con que exagerar el amor y el celo de todos los de la familia.

Todos quedan admirados; la madre cree que á su hijo es á quien se debe todo esto; cuenta á su marido todo lo que él ha hecho: « Teníamos algo mas de la mitad del dinero para el rescate, es regular que haya hallado amigos que le hayan ayudado. » El padre se figura que si el hijo no ha participado á su madre su designio, es por haber empleado algun medio deshonoroso, y se estremece al pensar que el amor filial le habrá hecho culpable. « Sosiéguese V., padre mio, respondió el jóven abrazándole, no soy indigno el título de hijo, ni bastante feliz para ha-

ber logrado dar á V. la libertad. ¿ Se acuerda V., madre, de aquel desconocido que me dió un bolsillo con dinero? Tengo presente que me hizo muchas preguntas, y sin duda él es nuestro bienhechor. No cesaré hasta encontrarle, hasta que venga á gozar del espectáculo de sus beneficios. » En seguida contó á su padre todo lo que pasó con el desconocido.

Unido Roberto á su familia, halló amigos y socorros ; empezó á trabajar de nuevo, y al fin de dos años ya ganó con qué vivir cómodamente. Paseándose un domingo su hijo por el puerto, encontró al desconocido : corre á él, échase á sus piés. « ¡ Oh bienhechor mio!... » es lo único que puede profesar. Montesquieu le pregunta la causa de aquel entusiasmo. « ¡ Cómo puede V. ignorarlo, señor ! ¿ No se acuerda V. de Roberto y de su desgraciada familia, cuyo padre redimió V. del cautiverio? — V. se equivoca, amigo mio, responde el virtuoso Montesquieu, que no queria ser conocido : hace muy pocos dias que estoy en Marsella. — No digo que no, pero hace veintiseis meses que tambien estuvo V. aquí; acuérdesse V. de aquella tarde que le llevé á pasear por el puerto, y de las preguntas que V. me hizo. V. es el libertador de mi padre, el sal-

vador de toda una familia, que solo desea conocer á V. Venga V. conmigo, y acabe V. de hacernos felices con su presencia. — Ya le he dicho á V., amigo mio, que se equivoca. — No, señor, no me equivoco, bien me acuerdo de su cara de V., del eco de su voz, venga V., señor, venga V. conmigo.»

Al mismo tiempo le cogia por el brazo, las gentes empezaban á reunirse, y Montesquieu para desembarazarse, levantó la voz con tono grave y firme, dijo: « Señor esta escena empieza á ser algo molesta. El error de V. nace sin duda de parecerme á esa persona que hizo á V. el favor de que habla. » El jóven insiste, quiere detenerle pero Montesquieu, haciéndose alguna violencia, reuniendo todas sus fuerzas para resistir á la seduccion del placer delicioso que se le ofrece, huye como una saeta por entre la multitud y desaparece al instante.

No se hubiera sabido quién era autor de tan bella accion, á no ser por haberse hallado entre los papeles de Montesquieu, despues de su muerte, una nota de treinta mil reales que mandó á un negociante de Cadiz. Los herederos escribieron al negociante para saber en qué se habia empleado esta suma, y la respuesta fué, en rescatar á un tal Roberto Laplace, de Marsella, mutivo en Te-

tuán. Entonces se adivinó el enigma; y aunque estaba en el sepulcro el hombre virtuoso, tuvo en la tierra el premio de alabanza que nuestra gratitud debe á todo el bien que se hace: digo *nuestra* gratitud, porque aunque no sea á nosotros á quienes se favorezca, debemos estimar al autor de cualquiera beneficio; lo contrario seria una indiferencia criminal.

Hacer bien por mal.

De todas las virtudes esta es, hijos míos, la mas noble y difícil. Si teneis valor para hacer bien al que os ha hecho mal, respondo de vosotros; todas las demás virtudes os parecerán un juego. Es la venganza mas noble, y la única permitida que se puede tomar; el que obra así se cree tan superior á su enemigo, que le es imposible aborrecerle: y si el corazón del contrario no está enteramente cerrado á la virtud, no podrá menos de volver en sí y abrigar tambien generosos sentimientos. Para que os penetreis bien de esto, os voy á contar *un apólogo* en el cual el hacer bien por mal tiene un realce superior á la probidad y humanidad.

Un padre de familias, cargado de años y riquezas, quiso partir con tiempo entre sus

tres hijos el fruto de sus trabajos é industria. Despues de haber hecho tres porciones iguales, y señalado á cada uno su parte, sacó un diamante de gran valor, y prometió darle á aquel que supiese merecerlo mejor por alguna accion noble y generosa, para lo cual les señaló el término de tres meses.

Partieron los tres hermanos por distintos caminos, y habiendo vuelto á la casa paterna al fin del plazo fijo, contó el hermano mayor á su padre lo que sigue :

« Padre, durante mi ausencia, una persona extraña se vió en el caso de depositar en mi poder todo su dinero; yo no le di ningun recibo, ni ella podia presentar prueba alguna leal, ni siquiera el menor indicio de la confianza que habia hecho de mí : con todo, cuando pasaron las circunstancias que le obligaron á entregarme el dinero, se lo volví todo fielmente. ¿ No he hecho en esto una cosa laudable? — Has hecho, respondió su padre, lo que debias hacer, y debias morir de vergüenza á haberte conducido de otro modo, porque la probidad es un deber: tu accion no pasa de ser justa, no llega á ser una accion de generosidad. »

El segundo hijo defendió su causa en estos términos : « Durante mi viaje, pasaba por las orillas de un lago á tiempo que cayó

en él un muchacho: iba á ahogarse, me arrojé al agua, y le salvé la vida á la vista de todos los habitantes del pueblo, que pueden atestiguar la verdad del hecho. — Obraste muy bien, interrumpió su padre; mas no veo nobleza en tu accion, lo que encuentro en ella es humanidad. »

En fin, el hermano menor tomó la palabra y dijo: « Padre, en virtud de una calumnia he tenido un enemigo que me perseguia de muerte; huyendo de él una noche, le encontré dormido al borde de un abismo, y él no lo sabia. El menor movimiento que hubiera hecho al despertar no podia menos de precipitarle á la sima; su vida estaba en mis manos. Con todo, fuí muy despacito, le desperté con las precauciones convenientes, y le liberté del peligro, haciéndole ver que no le habia ofendido. »

« ¡ Ah! hijo mio, exclamó el buen padre lleno de gozo y abrazándole tiernamente; nadie puede disputarte la sortija: tenla. »

PARTE TERCERA.

DE LA URBANIDAD.

TARDE XI.

De la urbanidad en general.

EL PADRE. — Ya estais enterados de los deberes que prescriben al hombre la mora, y la virtud; resta hablaros de las reglas de urbanidad, para saber conducir os en la sociedad conforme al uso establecido. Lo que voy á enseñaros es el arte de haceros agradables á todos. Para esto es preciso observar una conducta relativa á la edad de cada uno, á la condicion y rango que se tiene en la sociedad, y segun las personas con quienes se trata.

JACOBITO. — Y ¿es difícil aprender todo eso que V. dice?

EL PADRE. — No : lo que requiere de parte de los jóvenes es una continua atencion al modo de obrar de las personas mayores en la sociedad; y luego con el uso y

trato de gentes bien educadas se adquieren insensiblemente los buenos modales. En muy pocas tardes os instruiré de modo que podáis presentaros en cualquiera parte, y si observais estrictamente lo que os digo, pasaréis por muchachos bien educados. El tiempo será igualmente un buen maestro que os enseñará ciertas ligeras modificaciones que tendreis que hacer á las reglas generales, modificaciones dictadas por las circunstancias y sancionadas por el uso de personas que hacen autoridad.

EMILIO. — Papá, ¿no seria mejor que cada uno hiciera lo que le pareciese, que no andar en cumplimientos?

EL PADRE. — No, hijo mio; una concurrencia donde todo el mundo hiciera lo que le diese la gana, no ofreceria mucho atractivo, y pronto los hombres parecerian salvajes. Esta pequeña sujecion que nos hemos recíprocamente impuesto, no es como se figuran algunos, que no se toman el trabajo de reflexionar un poco las cosas, no es, digo, una simple convencion, una etiqueta inútil; es una ley que la necesidad ha creado, un vástago que procede de aquel gran principio de la naturaleza: *Haz á otro lo que quieras que te hagan á tí.* En efecto, si me gusta que me saluden con agrado, ¿por

qué no he de saludar á los demás del mismo modo? Cuando me abstengo de hacer alguna cosa que pueda chocar á aquellos con quienes me hallo, ¿no es para que los tales tengan conmigo los mismos miramientos? Tal es la base sobre que se funda la urbanidad.

EMILIO. — Pero papá, ¿qué resultaría á uno que fuese hombre de bien, tomase interés por los demás, y faltase á las reglas de la urbanidad?

EL PADRE. — Pasaría por un hombre ridículo, ó por un grosero, segun la clase de faltas que cometiese. Supongamos, si llevando todos sombrero redondo, saliese con uno de tres picos, sin ser militar, ó tener que vestirse de etiqueta; ó si se diferenciase en el modo de vestir, de andar, ó de saludar, etc., de un modo notable del usado generalmente, seria mirado como un extravagante y tenido por un ridículo, exponiéndose á los sarcasmos y á la befa de los imprudentes. Pero si el mismo hombre entrase en una visita sin saludar, tomase el primer asiento que hallase, no se quitase el sombrero, empezase a registrar todos los rincones, no diese las gracias por algun servicio que le hiciesen, le llamarían hombre grosero y mal criado, huirían de él y le tra-

tarian con mal modo. ¡ Cuánto mas sencilla y mejor es acomodarse á los usos del tiempo y del pais en que se vive !

JACOBITO. — ¿ Por qué dice V., papá, *segun los usos del tiempo y del pais en que se vive?*

EL PADRE. — Yo te lo diré : aunque nunca varía la obligacion de ser urbanos, atentos ó cortéses con los demás , varía , sí , con el tiempo el modo de expresar nuestra urbanidad , y este no es el mismo en todos los paises. Por ejemplo, ofrecer un vaso de vino en el mismo vaso en que se acaba de beber sin haberlo limpiado antes, sería en nuestro pais una falta de atencion ; pues bien mirado, es una cosa sucia : con todo hay algunos cantones en Holanda, en los que se mira como una cortesía que hace el dueño de la casa á los convidados, el presentarles la bebida en el mismo vaso en que él acaba de beber. No conformarse con este uso en tal caso, sería faltar á personas que están persuadidas dispensan un pequeño honor. En todas estas cosas lo que hay que observar es la intencion, no el modo. Un Indio que desea dar á entender á su huésped que le cuenta ya en el número de sus amigos, le presenta la pipa, despues de haber fumado él y otros varios en ella. Un Europeo delicado

rehusaría llevar á la boca una pipa que habia pasado por los labios sucios de una porcion de salvajes : pero ¿ no vale mas hacer un esfuerzo para vencer una pequeña repugnancia, que afligir á un hombre de bien que me dice á su modo : « Yo soy amigo tuyo ? » Cuando el hombre puede excusarse de hacer una cosa sin mortificar á nadie, hace bien ; mas si no hay arbitrio , es preciso sujetarse al uso vigente ; pues al fin la urbanidad no consiste en hacer ceremonias que nos agradan, sino en hacer las que agradan á otros.

No creais por esto que trato de haceros esclavos dela urbanidad que os recomiendo : todo lo contrario , os exhorto á que no imiteis á ciertas gentes que siempre andan á caza de ceremonias para fastidiar con ellas al primero que encuentran , á quien importunan y obligan á responder á cada minuto con una reverencia ó *viva V. mil años*. Tales gentes, que se pagan mucho de superficialidades, se hacen ridículas pensando darse con esto alguna importancia.

Hijos míos, con tal que seais buenos y benéficos, fácilmente sabreis hasta qué punto debéis ser cortéses. Por lo demás, cuanto os diga sobre este punto, es mas bien para lo venidero, para cuando los años os pongan al

nivel de los hombres, que no para la actualidad. Ahora dependeis, en cierto modo, de todo el mundo; quiero decir que toca á vosotros tener todas las atenciones posibles con los demás; y al paso que en este punto no se debe nada á vuestra edad, vosotros debéis todo á los que os rodean. Lo que podrá conveniros cuando tengais treinta años, no os conviene hoy; por lo tanto tened cuidado en distinguir en mis instrucciones aquello que es para lo presente de lo que es para lo venidero.

TARDE XII.

De la hora de levantarse.

EL PADRE. — Acostumbrado siempre á tener orden en todo por las ventajas que trae consigo, me agrada tambien tratar con orden los asuntos, pues no hay duda que la imaginacion los recibe con gusto, y por consiguiente quedan impresos mas profundamente. Todo lo mas principal que tenga que decirnos acerca de la urbanidad se comprenderá en veinticuatro horas, al fin de las cuales vuelve á repetirse la misma tarea de

trabajo y descanso. Empezaremos por la hora de levantarse de la cama.

EMILIO. — Papá, V. siempre nos dice que es bueno el madrugar, pero me cuesta tanto trabajo, y me sabe tan bien la cama...

EL PADRE. — Porque eres un pequeño perezoso. Debes saber que la costumbre de madrugar tiene muchas ventajas. Ante todas cosas es útil á la salud, despeja el entendimiento y hace que se viva mas ; de aquí nace que se pueda trabajar mas tiempo, y por lo tanto aumentar los bienes de fortuna. Siete horas de sueño bastan para los temperamentos ordinarios. Los que por hábito están en la cama nueve horas, cuando con siete tendrían sobrado tiempo para reparar sus fuerzas, pierden dos horas, y esto en el curso de un año ya es de bastante consideracion. Para que lo palpeis, voy á hacer una suposicion.

Supongamos que Antonio y Juan han vivido sesenta años cada uno : Antonio ha hallado el medio de vivir mas que Juan, y ved cómo. Éste último se acostaba á las once y se levantaba á las diez de la mañana ; en tanto que Antonio iba á la cama á las diez y salia de ella á las cinco. De este modo Antonio tenia un dia de diez y siete

horas, y Juan solamente de trece; estas cuatro horas de diferencia hacían al fin del año mil cuatrocientas sesenta horas, las cuales partidas por trece, número de horas de que se componía el día de Juan, dan ciento y doce días, cerca de un tercio del año de mas para Antonio. Mas no paran aquí las ventajas. Figuraos que empezaron á vivir así á los veinte años, resulta que á los sesenta Antonio habia ganado, madrugando, cuatro mil cuatrocientos ochenta días, ó bien doce años y tres meses: reflexionad tambien quanto mas dinero pudo ganar Antonio, si ambos tenian un mismo oficio, en el cual las ganancias estuviesen en razon directa de las horas del trabajo.

JACOBITO. — Y ¿qué debo hacer para sacudir la pereza, y levantarme pronto?

EL PADRE. — Saltar luego de la cama en despertándote, con tal que ya sea hora de vestirte. Para esto es bueno observar una conducta arreglada en las horas de acostarse. El decoro exige que nadie se vista delante de gentes, excepto en aquellos casos en que los achaques ó alguna enfermedad lo requieran. Muchas personas malas hay que se hacen servir por algun criado que escogen para el intento, sin permitir que los demás se acerquen para nada á su tocador; pero es

mucho mejor vestirse por sí solo sin ayuda de cámara. El que se vea obligado á vestirse en presencia de alguno, debe tomar todas las precauciones necesarias para no ofender al pudor : y si su conservacion es útil en los hombres, en las mujeres es la salvaguardia de otras muchas virtudes. La que hace poco caso del pudor, pronto se habituara tambien á hacerlo menos de otros deberes importantes. Una jóven debe ser tan modesta estando sola como delante de testigos ; debe respetarse á sí misma, y no olvidar que Dios está en todas partes. El célebre naturalista Lineo tenia escritas estas palabras en la puerta de su gabinete de estudio : « Mantén una vida inocente, porque Dios te observa. »

Jamás imiteis el ejemplo de ciertas gentes, que por darse importancia, ó por una necia vanidad de enseñar la ropa y los muebles interiores, reciben por la mañana visitas en la cama, sin estar enfermas.

Del traje y de la limpieza.

EL PADRE *continúa*. — Cada uno debe vestirse sin chocar la decencia, ni ofender la vista de los demás. Aquel á quien la fortuna no le permita usar vestidos de mucho valor,

puede disponer los que lleve del modo mas honesto, puede presentarse con limpieza; porque el agua no cuesta nada, y aun cuando costase algo, este gasto seria indispensable para mantenernos limpios. Todos los dias, hijos mios, así que salgais de la cama, debéis lavaros la cara, los ojos, las manos, los oidos y la boca; debéis peinaros con todo cuidado y cortaros las uñas (1) á menudo. No paseis mucho tiempo sin bañaros todo el cuerpo, y frotaros bien con una toalla: sobre todo debéis limpiaros los piés cuantas veces lo exija el estado en que se encuentren, particularmente en verano, para evitar que el sudor y la traspiracion formen una costra mugrienta, que con el calor interior exhala un olor detestable, y capaz de provocar á náuseas al estómago mas sano. Los que nunca se lavan los ojos acaban por enfermar de la vista; los que no se limpian jamás la boca, despiden un aliento pestifero, insoportable, y además de esto ven podrirse los dientes, que se les caen antes de ser viejos, despues de haber sufrido agudos dolores. Sed limpios, aunque sea solo por el respeto que debéis á las gentes con quien

(1) Hace algun tiempo que en Inglaterra está en moda dejarse crecer las uñas; pero las personas que la siguen tienen buen cuidado de conservarlas limpidisimas.

teneis que tratar. ¿ No os da asco cuando alguna persona os alarga una mano sucia , ó cuando veis en su cara ó en su cabeza indicios ciertos de su falta de limpieza ? Pues igual repugnancia, igual disgusto excitaréis vosotros si no andáis limpios. Por ningun motivo andeis rascándoos la cabeza , ni las narices : esto último especialmente es muy chocante y asqueroso ; tambien lo es el comerse las uñas, como lo hacen personas mal criadas. No os limpleis los oídos con el dedo : no metáis la mano en ninguna parte de vuestro cuerpo para rascaros, cuando esteis con gentes, principalmente delante de señoras. Durante el curso del día lavaos cuantas veces hayais manoseado objetos llenos de polvo ó materias grasientas : si fuere verano, debereis hacerlo mismo por causa del sudor y el polvo, y en invierno porque el hollin que cae de las chimeneas y la ceniza tiznan fácilmente la cara y las manos.

No penseis por esto que trato de aficionaros á pasar muchas horas en el tocador ; esto es bueno para gentes desocupadas, inútiles, y muy pagadas de sus personas. En todas las cosas puede haber un exceso culpable. Vuestros vestidos deben ser propios de la edad y del estado á que pertenezcais, evitando el singularizaros con alguna cosa

extravagante ó ridícula. Toda persona de juicio sigue, en este particular, la recibida generalmente. Hijos míos, os recomiendo encarecidamente la mayor limpieza en vuestros vestidos, sin olvidar tampoco el gusto, lijereza y elegancia que deben reinar en ellos. Pero que vuestra atención no se limite á esto solo, á fin de no asemejaros á esos entes degradados, conocidos con el nombre de petimetres.

En cuanto á vuestra hermana ya es diferente; su sexo necesita agradar, y por esta razón está permitido á las mujeres poder emplear algo mas tiempo en el tocador: desgraciadamente hay muchas mujeres que traspasan los límites de este permiso. Yo espero que á su tiempo Luisita recibirá las instrucciones convenientes de su madre, y que aprenderá á conocer sus intereses. Las que solo piensan en trajes y se ocupan todo el día de la última moda, raras veces son mujeres de provecho, ni dignas del aprecio de los hombres. No es fácil que se conserven por mucho tiempo inocentes aquellas que tienen un desmesurado deseo de agradar; y en tal caso no es injusto juzgarlas con severidad. En la elección de los trajes la mujer debe consultar la sencillez; busquen los pomposos adornos las que deseen ocultar

entre ellos los rigores de la naturaleza. Mujer que corre tras de modas extravagantes es una loca, que no sabe lo que conviene á la belleza, ni á la razon. Y bien mirado, ¿qué se puede esperar de una persona que no teme hacerse ridícula? No quiero hablar de aquellas que insultan al pudor; pues no solamente se desprecian á sí mismas, sino que se cuidan poco de respetar á los demás.

Antes de acabar el entretenimiento de esta tarde, vuelvo á recomendaros nuevamente la limpieza: es una de las virtudes mas importantes que mas contribuye á conservar la salud, y en el bello sexo á realzar la hermosura. Debe haber el mas escrupuloso aseo en la preparacion de los alimentos, en la vajilla y ropa de mesa, en los cuartos y muebles, en fin en todo lo que es de nuestro uso. La falta de aseo no solo destruye la salud, sino que echa á perder prontamente las cosas mas preciosas, como la ropa, las alfombras y los muebles de ornato y comodidad. Los legisladores antiguos estaban de tal modo persuadidos que la limpieza es necesaria para la conservacion de la especie humana, que no creyeron degradarse por hacer leyes relativas á este objeto.

Tened presente, hijos míos, que un hombre desaliñado en el vestir á los veinte años.

será desaseado á los cuarenta, é intolerable á los cincuenta.

TARDE III.

Respeto á los ancianos.

EL PADRE. — Lo primero que hace un jóven bien educado despues de lavarse y vestirse, es levantar el corazon á Dios para darle gracias, como ya os lo dije en la segunda tarde que empezamos á reunirnos en este sitio. En seguida va á saber cómo han pasado la noche sus padres ó superiores. No creais, hijos mios, que esto es un vano cumplimiento : es el deseo que tiene un corazon sensible de saber si las personas que estima gozan de buena salud.

El respeto debido á los padres y superiores me recuerda el que se debe á los ancianos. Hijos mios, honrad la vejez, tolerad sus faltas y sus achaques. Burlarse de un viejo, solo porque lo es, es insultar á la naturaleza. Cuando encontréis á algun anciano, debéis saludarle con respeto, y no con la lijezera con que saludariais á un igual vuestro. En cualquiera parte que os halleis,

ceded el lugar preferente á los ancianos. Veamos, Jacobito, si te acuerdas de aquel rasgo histórico que te conté hace algun tiempo.

JACOBITO. — ¿Una cosa que sucedió en Atenas, papá?

EL PADRE. — Sí; á tiempo que los embajadores de Esparta estaban en el teatro.

JACOBITO. — Despues de haber empezado la funcion, y cuando apenas habia un asiento vacío, entró en el teatro un buen anciano, y no hallando sitio donde colocarse, los jóvenes Atenienses, en vez de hacerle lugar, tomaron por su cuenta el burlarse de él, llamándole y enviándole de una parte á otra. Los embajadores de Esparta, que ocupaban un lugar distinguido en el espectáculo, habiendo notado lo que pasaba, llamaron al pobre anciano, y apretándose un poco le acomodaron en medio de ellos. Agradecido el viejo á esta señal de respeto, levantó la voz y dijo: « Los Atenienses tienen siempre la virtud en la boca, los Espartanos la practican. »

EL PADRE. — Si os hallaseis en igual caso, bien puedo creer que no imitariais á los jóvenes Atenienses.

EMILIO. — No, papá: á mí me causan mucha compasion los que son muy viejeci-

tos; y veo que todos los que me conocen me quieren.

EL PADRE. — Eso prueba que tienes un buen corazón. Si la muerte no nos ataja en medio de la carrera, nosotros también llegaremos á ser viejos, y entonces no nos gustará que jóvenes atolondrados é inmORALES se nos burlen de las arrugas de la cara, de la falta de pelo, de la voz trémula, y otros defectos que van anejos á la vejez. Un hombre cargado de años, que ha cumplido bien con los deberes de la sociedad, es un ser sagrado, un depósito de experiencia, adonde se debe acudir para saber cómo conducirse en las diversas circunstancias de la vida. Nuestro poeta Ercilla nos hace ver con qué respeto oían los feroces Araucanos los consejos que les daba el anciano Colocolo, para mantener la independencia de su país.

De la docilidad y condescendencia.

No os diré que seais dóciles con vuestros padres, porque tengo el gusto de ver que observais escrupulosamente tan sagrada obligación. No obedecer á sus padres, es cometer dos faltas muy graves: la primera ultraja á la naturaleza, la segunda nos es perjudicial: supuesto que debemos todo á

los que nos han dado el ser, su voluntad debe tambien ser la nuestra; cuanto nos mandan es para ser la nuestra, por lo tanto respetemos sus órdenes.

Si yo tuviese que hablar á otros muchachos, les diria: Obedeced á vuestros padres sin tardanza y con aire alegre para dar mas realce á la obediencia. No hay cosa mas desagradable que un muchacho que todo lo hace de mala gana, y refunfuñando. Por el contrario, todo el mundo quiere naturalmente á los niños, cuya cara risueña anuncia su buena voluntad. Las ventajas de la docilidad son muy grandes para un niño; escuchadme atentamente.

Un muchacho dócil es querido: el ser querido ya es una gran dicha, que merece hagamos mil esfuerzos por lograrla.

Un muchacho dócil hace cuanto está de su parte para seguir los consejos de sus maestros; con esto alcanza instruirse fácilmente, y no ser castigado. Consigue además de esto verse con el tiempo mas estimado pue una porcion de ignorantes, perezosos y porfiados desde su infancia.

El muchacho dócil se prepara un porvenir feliz, porque toda nuestra vida es una continua obediencia: hoy obedecéis á vuestros padres y maestros; mañana obedecereis á

vuestros superiores, á vuestros deberes, á las circunstancias, y aun á personas que estareis muy lejos de pensar en ellas. No se puede hacer siempre lo que se quiere; todos los hombres, aun los ricos mismos, viven dependientes unos de otros. Si os acostumbrais á obedecer desde niños, nada os costará cuando llegéis á ser grandes.

Si, como está sucediendo á cada paso, un revés de la fortuna nos pone en la necesidad de dedicaros á un trabajo desagradable para procuraros el sustento, no os faltará el ánimo necesario en tan tristes circunstancias; sabreis sacar partido de todo, y sereis superiores á la desgracia. ¡Cuán diversa será la suerte del hombre que ha sido en su infancia terco y voluntarioso! Siempre descontento, siempre renegando de su suerte, todo lo hará mal é incomodará á cuantos le rodeen.

No basta en esta vida obedecer á los que nos mandan, la urbanidad nos manda que seamos condescendientes con aquellos con quienes tratamos.

Hijos míos, vuestra edad os obliga á ceder á los demás; cuando llegéis á ser hombres, tendreis el derecho de resistir, si lo que exigen de vosotros no fuere justo. Por regla general, ceded con agrado en cosas de poca importancia: es señal de mal genio

querer tener razon siempre, y como de aqui resulta que se mortifica el amor propio de los otros, lo que se logra al fin es hacerse uno aborrecible. Si os veis en la necesidad de defenderos, hacedlo con modestia, tranquilamente, y de modo que nadie se ofenda. Es interés vuestro el ser amables, porque lograréis persuadir mas fácilmente, y aun conseguir que los otros confiesen no tener razon. Una conducta contraria serviria para exasperarlos mas, y no sacar provecho alguno.

TARDE IV.

Reglas para la conversacion.

EL PADRE. — Los jóvenes deben oír mucho y hablar poco, cuando se hallan entre hombres mayores; porque se supone que saben poco, y que en cualquiera materia que hablen han de decir muchos disparates. No parece bien que estén distraídos, ni que marquen el fastidio; mucho menos que hagan ruido con los piés, ó sonsonetes con los dedos sobre alguna mesa, silla ó cristal de alguna ventana. Pero como ha de llegar

un día en que por razon de la edad tendreis que alternar en las conversaciones, quiero desde ahora enseñaros las reglas que las gentes bien educadas observan en la conversacion, considerándoos como si fuerais hombres hechos y derechos.

JACOBITO. — Bien, papá ; al fin yo ya seré luego hombre formal, y así iré aprendiendo con tiempo las reglas de urbanidad, del mismo modo que nos ha enseñado V. las de moral y virtud.

Conviene observar con qué gentes se está, antes de hablar mucho.

EL PADRE. — Antes de soltar la lengua, informaos de los genios de aquellas personas con quienes esteis en sociedad, porque en todas partes abundan mas las cabezas desarregladas que las de sano juicio, y son mas los que merecen la censura que los que gustan ser censurados. Si os extendéis en alabar alguna virtud, de la cual notoriamente carece alguno de la sociedad, ó declamais contra algun vicio de que adolezcan demasiado los que os escuchen, vuestras reflexiones, por generales que sean, y por mas que no se apliquen á determinada persona, serán reputadas por una sátira. Mas

si os sucede á vosotros ser los oyentes, no seáis tan desconfiados ni quisquillosos; que creáis están hablando de vosotros.

Cuentos y digresiones.

Contad cuentos raras veces, y absolutamente nunca sino cuando vengan muy á pelo, teniendo cuidado que sean muy cortos. Omitid toda circunstancia que no venga muy al caso, y evitad las digresiones, y sobre todo el decir á cada instante estas ú otras expresiones fastidiosas y cansadas: *¿Está V.?* — *¿Me entiende V.?* — *¿Qué dice V.?* — *¿No tengo razon?* — *¿Eh?* Sobre todo tened siempre presente que á pocos les es dado contar cuentos con gracia, y aun aquellos que la tienen, como se persuaden fácilmente de ello, pecan en el extremo de interrumpir á cada momento la conversacion con un cuento, repitiendo á las mismas personas alguno de los que ya han contado.

Sobre la accion.

La accion debe ser muy natural. Hay personas que se acercan tanto á aquellas con quien hablan, que la oprimen y moles-

tan con sus movimientos; unas veces se apoderan de la mano, otras agarran el brazo, ó cogen un boton de la casaca ó del chaleco, y empiezan á darle vueltas hasta arrancarlo en el discurso de la conversacion. Sugetos hay que á fin de ser oidos con toda la atencion que exigen, os dan con el codo repetidos golpes, si es que vais juntos de paseo, y os detienen á cada paso tirándoos de la casaca; otros hay que os salpican la cara con saliva, lo cual pudieran evitar poniéndose á cierta distancia conveniente. Observad todo esto con cuidado, hijos mios, para no caer en iguales vicios.

Habladores y cuchicheros.

Los eternos habladores siempre caen sobre algun infeliz en las reuniones para cuchichear con él, ó al menos para atormentarle á media voz con un torrente de palabras. Esto además de ser muy mala crianza es un fraude; porque la conversacion es una propiedad comun, que se debe repartir entre todos los que se hallan presentes. Sin embargo, si alguno de estos desapiadados habladores os toma por su cuenta, oidle con paciencia (ó con aparente atencion) si es digno de que se use con él esta cortesía; pues

nada hay que pueda agradarle mas que uno que le escuche atentamente, y nada le mortificaria mas que el dejarle en medio de su narracion, ó el manifestar síntomas de impaciencia ó incomodidad.

Preguntó un grande hablador al famoso Isócrates cuánto le llevaria por instruirle. El filósofo le pidió el doble que á los demás: « Porque, dijo él, no solo tengo que enseñarte á hablar, sino á contener tu lengua. »

Cuando Caton de Utica era jóven, hubo uno que le dijo que algunos censuraban el que hablase tan raras veces estando entre gentes. « Déjales, respondió él, que culpen mi silencio, con tal que aprueben mi vida: yo hablaré cuando pueda hablar de modo que merezca ser oido. »

Desatencion cuando habla otra persona.

Nada hay que choque mas, ni que se perdone menos que la desatencion á lo que os está diciendo alguno. He visto muchos que, mientras otra persona les dirige la palabra, en lugar de oirla con atencion, se entretienen en mirar el cielo raso, ó los adornos de la sala, se asoman á la ventana, juegan con el perro ó gato, ó hacen rodar la tabaquera sobre la mesa. Nada descubre mas que esto la

frivolidad y mala educacion , pues equivale á una declaracion explicita de la parte del que lo ejecuta, de que los objetos mas frivolos merecen mas su atencion que todo lo que puede decirle el que le está hablando. Desde luego ofende el amor propio , que es inseparable de la naturaleza humana, cualquiera que sea la condicion ó rango. Así es que vuestro criado os perdonará mas fácilmente una paliza , que la mas lijera señal de desprecio. Por lo tanto escuchad , siempre que os hablen, con la mayor atencion.

No se debe interrumpir al que habla.

Se considera como el grado superior de la mala crianza interrumpir al que está hablando, sea por el deseo de tomar la palabra, ó lo que aun es peor , llamando la atencion de los circunstantes á otro nuevo asunto. No hay muchacho que no sepa esto. Al entrar en una concurrencia es mejor adoptar el asunto que forma el objeto de la conversacion general, que introducir otro nuevo, no habiendo un motivo razonable para ello.

No os deis la importancia de sabios en tertulias.

Desplegad vuestro saber solamente en ocasiones particulares : reservad esto á los

verdaderos sabios, y cuando ellos os pregunten, haced ver que contestais mas por atencion que por un vano prurito de ostentar sabiduría. Así os tendrán por modestos, y por mas sabios de lo que realmente sois. No querais parecer mas sabios é instruidos que los demás. Si haceis gala de vuestro saber, sereis preguntados con frecuencia, y si descubren que sois superficiales, os ridiculizarán y despreciarán; si lo contrario, os tendrán por pedantes. El verdadero mérito se descubre por sí mismo.

Contradecid con urbanidad:

Cuando tengais que oponeros á la opinion de alguno, hacedlo de modo que en vuestro aire, en vuestras expresiones y tono de voz se descubra compostura, nobleza y dignidad, pero de un modo fácil y natural, no afectado. En lugar de decir: *V. no me entiende: V. se equivoca: no es así: ¿qué entiende V. de eso?* emplear ciertos paliativos, como *Puedo engañarme: — No estoy seguro; pero creo: — Yo seria de opinion: — Tal vez no me he explicado con claridad;* y otras expresiones que os enseñará el uso. Acabad la disputa con alguna expresion alegre ó de buen humor para hacer ver que no estais

enfadados, ni que ha sido vuestra intencion mortificar á vuestro antagonista.

Evitad las disputas.

Evitad tanto como podais, cuando os halléis de visita ó en las tertulias, los argumentos y conversaciones polémicas, que las mas de las veces acaban por indisponer por algun tiempo á las partes contrincantes; y si la controversia se acalora y el ruido se aumenta, esforzaos por cortarla con algun chiste.

Disputad siempre con moderacion, y no aposteis.

Nunca deben sostenerse los argumentos con acaloramiento, ni con gritos (1), aun cuando creamos tener razon. Manifestad vuestra opinion modesta y friamente; y si no lograis nada con esto, mudad de conversacion, diciendo: « Veo que no nos con-

(1) Seria de desear que en nuestras concurrencias se adoptase el tono bajo con que generalmente habian los Ingleses en las suyas. Así es que en una sala donde hay sesenta ú ochenta Ingleses, se siente menos ruido que en otra donde haya la tercera parte de Españoles ó Franceses. Les ventajas que de aquí resultan son muy obvias para entenderme sobre ellas.

venceremos uno á otro, ni es necesario; as-
nablemos de otra cosa.» No sostengais
vuestras opiniones con apuestas, ni las ad-
mitais si otros os las proponen; pero si al-
guna vez caeis en esta tentacion, y perdeis
la apuesta, pagad pronto, y con cara alegre
lo que se hubiere estipulado: si ganais, no
os burleis del contrario, ni le exijais el pre-
mio de vuestra victoria hasta que él lo pre-
sente, que lo hará sin tardanza si es hom-
bre de buena educacion.

Obsérvense las propiedades locales.

Acordaos que hay ciertas propiedades lo-
cales que deben observarse en todas partes;
esto es, lo que en una casa ó reunion de gen-
tes es muy propio y conveniente, puede ser
fuera de allí muy impropio ó indecoroso.

Chistes, agudezas, etc.

Los chistes, las agudezas que tienen gra-
cia en una reunion, la pierden á menudo
cuando se refieren en otra. Ciertos genios
particulares, ciertos hábitos, y cierta alga-
rabía puede dar á una palabra ó gesto tal
mérito, que si se le priva de aquellas cir-
cunstancias accidentales no valga nada.

Hay muchos que sin reflexionar esto, cuentan con mucha énfasis algunas cosas fuera de tiempo y lugar, y tienen la mortificación de ver que los que escuchan, en vez de reirse como ellos se lo habían figurado, se mantienen serios ó los tienen por unos mentecatos.

Egoismo.

Evitad, hijos míos, todo lo que podais el hablar de vosotros mismos. Algunos sin pretexto ni provocacion hacen exabrupto su propio panegírico : lo cual es una manifiesta impudencia. Otros se manejan mas artificioosamente : forjan acusaciones contra ellos, se quejan de calumnias que nunca han oido, y á fin de justificarse, se extienden anchamente en el catálogo de sus muchas virtudes. Confiesan que no es propio hablar de este modo de sí mismos, y si es que vencen la natural repugnancia que sienten al elogiarse, es por haberlos tratado injusta y escandalosamente. Este lijero velo de modestia para cubrir su vanidad es demasiado trasparente para ocultarla, aun á aquellos cuya penetracion no es muy grande.

No faltan algunos que buscan otros modestos artificios para ponerse en buen lugar

con una fingida humildad : caractéres dignos de la jocosa pluma de Moratin.

No imiteis tampoco á aquellos que, andando á caza de elogios, cuentan cosas de sí mismos, que aun dado sean ciertas, no merecen una justa alabanza. Uno afirma que ha corrido treinta leguas en seis horas; probablemente es una mentira, pero aun suponiéndolo cierto, ¿qué se infiere de aquí? ¿que le tengan por un buen postillon? Otro asegura, quizá con dos ó tres juramentos, que ha bebido seis ú ocho botellas de vino de una sentada. Mejor seria tenerle por embustero, pues siendo cierto se le debe considerar como un animal. Varios se alaban de comprar las cosas baratas, aun cuando no sea así, por pasar por sugetos que lo entienden; otros de matar mucha caza cuando salen con la escopeta, y tal vez compran la que otros han muerto : personas hay que todo lo han previsto, todo lo han dicho, aun cuando hayan opinado y dicho todo lo contrario. Pero lo mas insoportable de todo es oír á uno alabarse de su nobleza, de sus honores, de sus riquezas, ó bien ensalzar el talento y el valor suyo ó el de sus antepasados.

El mejor medio de no caer en estas extravagancias es no hablar jamás de nos-

otros mismos; y si alguna vez nos vemos en la precision de hacerlo, tengamos cuidado de no dejar escapar ninguna expresion que pueda interpretarse por elogio propio. Por mas que digamos, no es fácil disfrazar nuestros defectos, ni aumentar el brillo de nuestras perfecciones, al contrario haremos resaltar mas aquellos, y oscurecer mas estas últimas. Si callamos, desarmamos á la envidia, á la indignacion y á la ridiculez, de modo que no pueden privarnos de las alabanzas que realmente merecemos. Si queremos ser nuestros propios panegiristas, por grande que sea el cuidado que nos tomemos en disfrazarlo, lograremos que todos conspiren contra nosotros, y no el objeto que nos propusimos.

Sobre el aire reservado y misterioso.

No os presentéis entre gentes con semblante misterioso, ni demasiado serio, porque además de llevar esto consigo el carácter de poca amabilidad, inspira desconfianza; y los que os vean así, también serán misteriosos con vosotros, y no os confiarán nada. La grande habilidad consiste en presentarse con un exterior franco, abierto é ingenuo; pero con un interior prudente y reservado:

en estar siempre en guardia, y sin embargo en saberlo disimular con una aparente y natural franqueza. Reflexionad que la mayor parte de los que os rodeen, se aprovecharán de cualquiera expresion indiscreta que se os escape, para convertirla en provecho suyo.

Mirad á la persona con quien hablais.

Cuando dirijais la palabra á alguno, miradle á la cara : lo contrario da á entender que la conciencia os acusa de algo ; además de esto perdeis la ventaja de observar la impresion que hace lo que referis en el ánimo del sugeto con quien estais hablando. Para saber los afectos verdaderos de las gentes, tengo mas confianza en mis ojos que en mis oidos, porque pueden decirme lo que quieren que yo oiga, pero raras veces pueden remediar que yo no vea en sus ojos lo que desean ocultarme.

No ataqueis á corporaciones.

No ataqueis en la conversacion á cuerpos enteros de ninguna clase, porque os granjeareis sin necesidad un gran número de enemigos. Entre las mujeres, como entre los hombres, hay malos y buenos ; lo mismo

entre los curiales, militares, curas, fralles, cortesianos, etc., etc. Todos son hombres sujetos á las mismas pasiones y afectos, diferentes en sus modales, segun sus diversas educaciones ; es pues tan imprudente como injusto atacar á ninguno de ellos en masa. Los individuos perdonan muchas veces, las corporaciones nunca. Muchos jóvenes creen que hacen una gran cosa cuando se burlan de los eclesiásticos ; pero se engañan miserablemente : debian considerar que los sacerdotes son hombres como los demás, y que una sotana, ó un hábito, no los hace ni mejores, ni peores. Júzguese de los individuos por lo que ellos son en particular y no por el sexo, profesion, ó clase á que pertenecen.

Bufonadas.

Las bufonadas, diversion favorita de almas bajas, han sido miradas siempre con el mayor desprecio por las almas grandes. La peor de todas ellas es la que tiene por objeto remedar los defectos de otras personas. Hijos míos, jamás practiqueis tal bajeza, ni la aplaudais en los otros. Además de esto, es un insulto hecho á la persona á quien se remeda ; y tened presente que un insulto no

se perdona jamás, aunque la moral y la virtud nos mandan que perdonemos á nuestros enemigos.

Juramentos.

À veces se ven entre personas de muy buena crianza otras que por via de adorno, segun creen, entretejen en la conversacion algunos juramentos; pero es preciso observar que estas tales jamás son las que contribuyen, ni aun en la mas mínima parte, á dar á las reuniones adonde concurren el título de reuniones de gentes bien criadas. Siempre que observeis que un hombre jura mucho, podeis decir, sin miedo de engañaros, que tiene muy mala educacion; y creedme, que no decir mas de él que esto, es hacerle un gran favor.

Secreto.

Hijos míos; tened mucho cuidado en no repetir en ninguna parte lo que hayais oido en alguna casa ó reunion. Las cosas al parecer mas indiferentes suelen tener, por medio de la circulacion, consecuencias mas graves de las que se imaginan. Hay en la conversacion una especie de general y tácita convencion, por la cual un hombre se ve

empeñado á no divulgar lo que ha oído, aunque no se le haya encargado en el acto el secreto. Semejantes *corredores* de tertulias, además de meterse en mil laberintos y discusiones desagradables, suelen ser recibidos adonde van con la mayor indiferencia ó cautela.

Si quereis, hijos míos, que no se sepan vuestros secretos, no los conteis á nadie; pues son muy pocos los hombres que saben guardar el secreto que se les confía, y como si fuera una carga pesada que les oprimiese el pecho, tratan de sacudirla así que hallan quien quiera escucharlos. ¡Cuántas enemistades, cuántos desastres, cuántos trastornos públicos han debido su origen á la falta de un secreto! Considerad que un secreto es una joya que os prestan, de la cual no es lícito disponer ni aun para adornaros con ella momentáneamente.

Alejandro el Grande, aquel de quien os he hablado, leía en cierta ocasión una carta de su madre juntamente con su amigo Efestion, la carta contenía asuntos reservados y quejas contra Antipatro. Despues de haber acabado de leerla, aplicó el sello suyo á los labios de Efestion, advirtiéndole de este modo que debía guardar un secreto inviolable.

El jóven Romano Papirio á la edad de diez y ocho años asistia con su padre al senado, porque sabian que era incapaz de revelar lo que allí se trataba. Un dia que se discutió un asunto muy importante y secreto, su madre hizo cuanto pudo para saberlo ; mas el hijo contestó que no podia revelar los secretos del Estado. La madre insistió, rogó, amenazó y lloró. Papirio, deseoso de salir del paso, con mucha seriedad, y con ademanes de confiar una cosa muy reservada, dijo á su madre : « El senado está discutiendo ahora este punto : si será mas ventajoso que los maridos tengan dos mujeres, ó las mujeres dos maridos. » Así que la madre oyó esto, no sosegó hasta contárselo á una amiga, la cual hizo otro tanto, de modo que en menos de tres horas ya estaba toda Roma en el secreto. Al dia siguiente todas las casadas se presentaron á las puertas del senado, gritando como locas, diciendo que seria mas ventajoso para la república que las mujeres tuviesen dos maridos. Papirio explicó entonces el enigma al senado, quien admirado de su discrecion, le recibió desde aquel dia en el número de sus miembros.

Conviene hablar á cada uno como corresponde.

El estilo de la conversacion debe ser conforme á los sugetos con quienes se habla, quiero decir, que un mismo asunto, y mismo modo de decirlo no convienen á un obispo, á un filósofo, á un capitán, á una señora. Es menester saber tambien los títulos, y las expresiones de cortesía que corresponden á cada uno segun su clase y empleo: unos tienen el tratamiento de *usía*, otros de *excelencia*, otros de *alteza*, *eminencia*, *majestad*, etc., etc.

Estando en sociedad nadie debe suponerse ser el objeto de la risa de los demás.

Un hombre de educacion ordinaria se imagina, cuando se halla en una sociedad respetable, que él es el único objeto de la atencion general: si hablan al oido y se rien, cree que es de él; si se dice una palabra ambigua, que solo interpretandola violentamente puede aplicarse á él, ya supone que la ha dicho por él. Con este motivo empieza á ponerse serio, y últimamente se enfada. La conversacion de un hombre vulgar se resiente de la mala educacion que ha recibido, y de haber alternado con gente or-

dinaria. No sabe salir de asuntos domésticos, de sus criados, del buen orden que se observa en su familia, con algunas anécdotas de la vecindad : todo lo cual suele contarle con énfasis, y como si fuera muy interesante. El hombre fino raras veces piensa que se ocupan de él, y si lo piensa, nunca lo da á entender, á menos que no sea tan claro, que no quede la menor duda, en cuyo caso sabe obrar conforme dicta el honor.

Seriedad.

Un cierto grado de seriedad exterior en las miradas y ademanes de dignidad, sin excluir por esto una viva y decente alegría. Una continua sonrisa en el semblante, poniendo en movimiento todo el cuerpo, es indicio muy vehemente de superficialidad.

Otras muchísimas cosas mas pudiera decir, pero concluiré exhortándoos á que jamás salgan de vuestra boca palabras indecentes ; si otros las dicen, manifestad con el semblante vuestro desagrado. No conteis cosas asquerosas, particularmente estando en la mesa, ni en medio del placer y la alegría salgais con discurso que recuerde alguna desgracia. Si estais hablando con un su-

perfor, y notais que tiene dificultad en hallar las palabras para explicarse, no le sugerais lo que deba decir. No hagais repetir á una persona lo que ha dicho, pues seria señal de que habiais puesto poca atencion cuando hablaba. No andeis contando secretos al oido en una reunion, ni apunteis con el dedo las personas de quienes hablais, si están presentes. Al referir un hecho, no digais de quien lo sabeis, si esto puede incomodar al que os lo dijo. Algunas veces parece bien decir cosas amables á otros, pero nunca seais aduladores, ni alabeis lo que no es digno de alabanza. No ofrezcais lo que no teneis ánimo de cumplir; y aunque todo el mundo sabe que son palabras vanas usadas como fórmulas de atencion, no por eso dejan de ser falsas, y el que las usa mucho, fácilmente se acostumbra á un lenguaje exagerado y frívolo.

JACOBITO. — ¡Cuántas cosas nos ha dicho V., papá! No será fácil que yo me acuerde de ellas.

EL PADRE. — Yo os las pondré por escrito, y leyéndolas una vez á la semana, y observando la conducta de los hombres bien educados, aprenderéis fácilmente todas las reglas que os he dado.

EMILIO. — Bien, papá; me alegro que V.

piense en escribir todo lo que nos ha dicho, pues si no pronto se me olvidaría, porque tengo una memoria muy mala.

EL PADRE. — Mañana mismo empezaré este gustoso trabajo : algún día me dareis las gracias. Pero vamos á dar un paseo, antes que se haga de noche.

EMILIO. — ¿ En qué consiste, papá, que las tardes van siendo ahora más cortas ?

EL PADRE. — Eso pertenece á la geografía astronómica. En este invierno próximo os daré las primeras nociones de la geografía en general, cuyo estudio es muy divertido. Vamos, que se hace tarde. Ved con qué majestad acaba el sol su carrera; parece que va á sepultarse en las aguas. Si supierais algo de mitología, os haría ahora una breve descripción de la salida del sol y de la noche.

EMILIO. — No importa, papá : díganos V. algo de eso mientras vamos á la orilla del mar.

EL PADRE. — Los poetas dicen que todas las mañanas una diosa jóven abre las puertas del Oriente, y derrama un frescor delicioso en la atmósfera, flores en la campiña y rubíes en el camino del sol. Con este anuncio la tierra se despierta, y se dispone recibir al dios que le da todos los días

nueva vida. Sale, y se muestra con la magnificencia que conviene al soberano de los cielos : su carro conducido por las horas vuela y se interna en el espacio inmenso que llena de llama y luz. Pero así que el sol se retira al palacio de la reina de los mares, la noche, que eternamente va siguiendo sus huellas, extiende sus negros velos, y coloca en la bóveda celeste una multitud inmensa de luces. Entonces se deja ver otro carro, cuya claridad dulce y consoladora dispone á la meditacion las almas sensibles. Una diosa llamada Diana le conduce, y va silenciosa á recibir el tierno homenaje del pastor Endimion.

Observad cómo los antiguos supieron embellecer la naturaleza, como dieron vida á todo, y deificaron todo para presentarlo todavía mas grandioso. Pero todavía no estais preparados vosotros para admirar cual se deben las grandes bellezas de los poetas antiguos.

TARDE XV.

Del modo de conducirse en una sociedad.

EL PADRE. — Por el modo de portaros en una sociedad, formarán las gentes que no os conozcan buena ó mala opinion de vosotros : es pues muy importante que no os descuideis sobre este punto.

Al entrar en un paraje donde se hallen reunidas muchas personas, saludad con modestia, inclinando el cuerpo hácia adelante y bajando los ojos, primeramente á los amos de la casa y despues á las demás personas, continuando por las de mas distincion. Si es costumbre darse las manos, alargad la vuestra á vuestros iguales ó inferiores, y con los superiores esperad á que ellos os le alarguen.

Si todos estuvieren sentados, tomad el asiento que se halle vacante, ó aquel que os indiquen.

En cualquiera situacion que esteis, dejad al cuerpo en su posicion natural, porque la afectada siempre es ridícula. Si estuviereis sentados, haced que vuestros piés descansen

ígualemente en tierra, sin que estén las piernas demasiado separadas, ni unidas. Es muy mala costumbre poner los piés en los palos de las sillas, porque, además de ser una postura demasiado familiar, se echan á perder con esto las sillas, y no le puede gustar nada al amo de la casa. No imiteis á ciertas gentes que, al sentarse en un sofá, se tienden á lo largo, con lo cual indican su poco respeto á los circunstantes. Los niños mal criados tienen las piernas en continuo movimiento, se agitan en la silla para demostrar su fastidio é impaciencia.

A tí, hija mia, es á quien se dirige esto mas principalmente. La decencia debe brillar en todas las acciones de una mujer; en vuestro sexo la postura sola basta para decidir á favor ó en contra de una persona. Por esta razon las muchachas deben tomarse menos libertades que los muchachos; lo que en estos seria un atolondramiento ó lijereza, en aquellas pasaria por una indecencia. Una señora de buenos modales no pone las rodillas cruzadas, ni se deja caer sobre el respaldo de la silla, y tiene cuidado de que el vestido cubra el pié hasta el zapato.

El uso ha establecido que en una sociedad de forma los hombres estén con la cabeza descubierta; si el frio ó alguna otra

causa os incomodase, valdrá mas que pidais permiso para cubriros, si estais entre personas de alguna confianza.

Escuchad atentamente la conversacion; no os estregueis las manos por via de pasatiempo, ó para daros importancia; no canceis entre dientes, ni silveis; pues son señales de mucho fastidio poco agradables á los demás. No saqueis el reloj á menudo, porque lo interpretarán, ó bien que estais cansados y deseais que pase el tiempo de la visita adoptado por la etiqueta, ó que teneis vanidad en enseñarlo.

Si alguno os ofreciere una cosa, recibidla con una lijera pero decente sonrisa, inclinando un poco el cuerpo y la cabeza: al devolver el mismo objeto, observad poco mas ó menos la misma ceremonia. Si fuere cuchillo, cuchara, tenedor, tijera, ó alguna otra cosa que tuviere mango ó parte determinada para cogerlo, presentadla por él lado conveniente á la persona que la ha de recibir.

Si os regalan algo, no desprecies la dádiva, sobre todo delante del que os lo haya regalado: no solamente seria ingratitud, sino que ofenderiais al que creia daros gusto. Tampoco es muy cortés alabar el regalo que hagais á una persona, seria dar á

entender que exigiais un agradecimiento mayor. Es menester saber dar, hijos míos, porque no consiste en dar mucho, sino en el modo, en la gracia con que se da.

Con este motivo os recomiendo que seais muy delicados en los servicios ó favores que hagais. El que tiene necesidad de nosotros, como sea un hombre de bien, bastante humillado se encuentra con la necesidad misma; es cosa cruel tratarle con desden, ó mal modo. Respetad el amor propio de cualquiera, pues éste es el medio de granjearse voluntades. Cuando deis limosna, dadla con gracia; si los hombres reflexionaran que aun es menos trabajoso ser amable que seco y soberbio, y que no hay corazon que resista á la amabilidad, al paso que todos se irritan contra un orgulloso; pocos habria que no se esforzaran en ser ó parecer lo que tantas ventajas acarrea. Nadie agradece un favor hecho con altanería; es una accion que irrita, indigna de una alma bien nacida.

Volvamos á nuestro asunto. Hay ciertas necesidades continuas en la vida humana, que es preciso satisfacerlas de un modo que no choque á nadie. Entre ellas las que mas á menudo ocurren son: el sonarse las narices, escupir, estornudar y bostezar. Lo primero debe hacerse sin incomodar á los cir-

cunstantes con un ruido semejante á una trompeta; en seguida dóblese el pañuelo y póngase en el bolsillo sin estregarlo antes, ni mirar dentro, como lo hacen algunas personas cochinas. Cuando hay deseo de escupir, es menester volver la cara un poco, para no salpicar á nadie, y pisar luego la saliva : lo mas limpio y lo que se debe hacer en toda sala alfombrada ó bruñida, es escupir en el pañuelo, ó en la escupidera, si la hubiere. No hay cosa que revuelva mas un estómago, por robusto que sea, que un aposento lleno de gargajos; y aun cuando no fuera mas que por separar de la vista un espectáculo tan asqueroso, debiera introducirse en todas partes la costumbre de escupir en el pañuelo estando entre gentes.

Por lo que respecta á estornudar, es preciso volver un poco la cabeza, ó lo que es mejor, cubrir la cara con el pañuelo. Si está recibido en uso el saludar á la persona que estornuda, esta debe dar las gracias con una lijera inclinacion.

El bostezar á menudo se considera como una señal de fastidio; si tuviereis necesidad de hacerlo, cubríos la boca con un pañuelo, y no habéis en tanto que dure el bostezo. Si esta necesidad os ataca demasiado, vale mas retirarse.

Cuando las gentes se reúnen al rededor del fuego, los asientos mas cómodos se deben ceder á las personas de mas consideracion. No pongais las manos á la llama, no os coloquéis delante de los otros, ni de espaldas á la lumbre : esto último solo puede ser permitido á un padre delante de sus hijos, ó á un amo con sus criados. La humanidad, así como la cortesanía, exigen que se haga lugar á los que lleguen tarde, y que se les ceda el sitio en el cual puedan calentarse mejor.

Si alguno echá al fuego cartas, papeles ú otra cosa semejante, es muy indiscreto el retirarlos : no lo es menos el ponerse á leer las cartas que hubiese sobre una mesa ; ó cuando otra persona estuviere leyendo algun papel, dirigir la vista hácia él para ver lo que contiene. Tampoco se debe abrir un libro, sin pedir antes permiso á su dueño : en fin no se debe tocar nada estando en casa ajena.

Observad en todas ocasiones cómo se conducen las personas que pasan por muy bien educadas, é imitad de ellas lo que conviene á vuestra edad, y al rango que ocupais en la sociedad, procurando no copiar los modales de un personaje distinguido, porque esto solo bastaria para cubriros de ridiculez.

Hay muchos jóvenes que por falta de trato de gentes, ó por descuido de sus padres y maestros, rehuyen de toda suerte de visitas, y cada vez que tienen que presentarse en una tertulia, ó reunion de personas de ambos sexos, les entra un temblor como de terciana ; cuando entran en la sala se hallan embarazados, los carrillos y las orejas se les encienden como un tomate, se turban, equivocan las personas, todo lo confunden ; y en seguida adquieren un aborrecimiento mayor al trato social de gente fina. Venced, hijos míos, este temor pueril, que os perjudicará mucho. Adquirid un aire desembarazado y franco, que no raye en llaneza, pues este seria otro extremo igualmente peligroso.

Una persona amable, atenta y alegre forma las delicias de una sociedad. Si algun disgusto os aflige, olvidadlo á la puerta de a casa adonde vayais : si os es imposible, no salgais de casa, así no comunicaréis á otros vuestra tristeza.

Se me olvidaba deciros que antes de entrar en una casa, es preciso limpiar los zapatos ó botas en el hierro que para este objeto suele estar á la puerta, ó en la estera que se pone al pié de la escalera.

Nadie debe fumar en una concurrencia

sin pedir antes permiso al dueño de la casa y á las señoras : y si hay antecedentes de que el humo del cigarro puede incomodar á alguno, seria una brutalidad el ponerse á fumar, aun cuando el dueño de la casa consintiera por urbanidad.

Basta por esta tarde, hijos míos ; mañana continuaremos nuestra tarea.

EMILIO. — ¿ Por qué no prosigue V. un poco mas, papá ? Es temprano, y yo le escucho á V. con mucho gusto.

LUISITA. — Lo mismo yo, papá : no soy como Jacobito que suele estar enredando.

EL PADRE. — Basta, hijos míos ; quiero mas que os quedeis con ganas de oirme, que no cansados de haberme escuchado.

TARDE XVI.

Del modo de estar á la mesa.

EL PADRE. — Como mañana han de venir á comer con nosotros vuestro tío, algunas señoras y varios caballeros, voy á enteraros en las reglas que las personas bien educadas observan cuando están á la mesa.

JACOBITO. — Muy bien, papá : ya pensaba

habérselo dicho á V. esta tarde, porque no quisiera hacer nada que pareciese mal, y que V. se sonrojase por ello.

EMILIO. — Eso mismo iba á decir yo, papá.

EL PADRE. — Escuchadme pues con atención. Antes de sentaros á la mesa debeis lavaros las manos si no las teneis muy limpias. Si vais á alguna casa donde esté en uso el lavarse, esperad que llegue vuestro turno, y hacedlo sin incomodar á nadie, ni mojar vuestro vestido.

Hay familias que tienen la loable costumbre de hacer una corta oracion antes de empezar á comer : á vosotros no os puede sorprender esto, porque en casa hacemos lo mismo ; pero hay personas imprudentes para quienes esto suele ser un objeto de sonrisa burlona, y miran con cierto aire de compasion á los que reconocen la existencia de Dios, y le dan gracias por los beneficios que nos dispensa. Si os hallais en alguna casa en la cual no acostumbren á rezar al principio y al fin de la comida, no digais nada ; levantad silenciosamente vuestro corazon á Dios, y con esto habreis cumplido.

Cuando llegue el momento de acercarse todos á la mesa, esperad que el dueño ó la señora de la casa os señale el asiento que

habeis de ocupar, y dejad que las personas mayores ó de mas consideracion se sienten las primeras.

No os arrimeis demasiado á la mesa, ni tampoco os separeis mucho de ella, colocaos con soltura, sin incomodar con los brazos á vuestros vecinos. Jamás pongais los codos sobre la mesa, ni sobre el palo de la silla del que esté á vuestro lado; apoyaos lijera-mente en vuestras muñecas, y tened el cuer-po derecho.

El uso ha establecido entre nosotros que se lleve la comida á la boca con la mano derecha, y que se corte con la misma; que el pan se ponga á la izquierda del plato, y el vaso á la derecha un poco mas hácia el cen-tro de la mesa. Los criados deben servir por el lado izquierdo á fin de poder coger na-turalmente con la mano derecha lo que pre-senten.

No desplegueis la servilleta antes que lo haga el dueño de la casa ó el que os convide. Ponedla segun esté mas en uso, y de mode que la halleis pronto para limpiaros con ella los dedos y los labios siempre que sea nece-sario, y principalmente antes y despues de beber.

Parece muy mal soplar el caldo, la sopa, ó comida para enfriarla; se debe meneat

despacio con la cuchara; al llevar esta á la boca no hagais mucho ruido para sorber el caldo.

No alargueis con precipitacion el plato para que os sirvan, esperad que os llegue el turno.

Si os presentan un plato, no escojais los mejores bocados, sobre todo cuando hay personas mayores, ó señoras que servir antes.

Cortad el pan en pedacitos iguales, y comed la corteza y la miga juntamente.

No agarreis un pedazo grande de pan, llevadlo á la boca en porciones pequeñas con dos dedos cuando tengais necesidad.

No comais con demasiado precipitacion, ni muy lentamente; lo primero anuncia glotonería y hace daño al estómago; la segundo fastidia á todos. No llenéis demasiado la boca, ni habléis mientras no hayais pasado el bocado.

En cuanto al uso del tenedor ó cuchillo para llevar la comida á la boca, es preciso sujetarse á lo que hagan los demás, á la moda general; pues este es el mejor medio de no parecer ridículo.

No dejéis la cuchara, ni el tenedor, ni el cuchillo fuera del plato despues de haberos servido de ellos, para no manchar el mantel; porque está á cargo del que os sirva el

presentaros cubierto limpio á cada plato.

No cojais la sal, ni la pimienta con los dedos; si no hubiese cucharita destinada á este servicio, servíos de la punta del cuchillo, si no le habeis llevado á la boca, ó del mango del tenedor de plata. Tomad de aquellas dos cosas solo lo mas preciso.

No andeis oliendo los manjares, y á menos que el dueño de la casa no os pregunte vuestro parecer, absteneos de hablar de la buena ó mala calidad de ellos; pero en ningun caso rebajeis su mérito, ni el de su condimento.

Si hallais en la comida alguna cosa sucia, como un pelo, una mosca, etc., no le enseñéis á nadie, para no incomodarle; separadla á un lado con disimulo, ó entregad el plato al criado cuando esté inmediato.

No echeis por tierra huesos, cáscaras de huevo, mondaduras de frutas, ni nada de lo que se coma: es menester poner todas estas cosas á la orilla del plato. Los huesecitos de las frutas se sacan mas limpiamente de la boca con dos dedos, que escupiéndolos á la mano.

Es desagradable ver á una persona mancharse las manos comiendo, tocar la carne y las salsas con los dedos, y lamerlos en seguida. No os embadurneis los labios demasiado.

Se tiene por grosero al que limpia el plato con un pedazo de pan cogido con los dedos.

No bebais teniendo la boca llena, y sin haberos limpiado primeramente los labios. Agarrad el vaso por la parte mas inmediata al pié que al borde de él, y si os servis vosotros mismos la bebida, no lo lleneis tanto, que sea expuesto manchar el mantel. Se debe beber ni muy apriesa, ni muy despacio, ni á sorbos haciendo rechinar los labios. Mientras esteis bebiendo, tened la vista fija en el vaso. Es una grosería hacer sopa en vino; en algunas partes está permitido mojar el vizcocho en el vino á los postres.

En cuanto á los *brindis*, os diré que os atengais al uso establecido : en algunas casas se bebe á la salud de los circunstantes, empezando por los dueños desde el principio de la comida; en otras se guarda esta ceremonia para los postres; y en fin en otras partes no se usa jamás, excepto en algun convite extraordinario donde reina mucho la alegría y el buen humor. Los Franceses suelen tocar los vasos, ó las copas : ceremonia que solo sirve para hacer ruido y manchar á veces los manteles. En Inglaterra le copa descansa sobre la mesa, y teniéndola asida con dos dedos, se dice lo que se tiene que decir : á veces ocurre tener que ponerse

en pié una persona para dar las gracias á los circunstantes por alguna cosa lisonjera que le han dicho, ó bien para proponer un brándis, y en estos casos se tiene la copa en la mano, si lo que se ha de decir es breve.

Hay algunas personas tan aficionadas á tomar tabaco, que no pueden pasar tres minutos sin atracarse las narices de esta droga, dañosa á la memoria en opinion de algunos. En la mesa siempre parece mal tomar polvos, pues por mucha limpieza y cuidado que se tenga suele caer algo sobre la ropa, ó sobre el plato, y tal vez el vecino no queda sin participar algunas partículas, que le hacen estornudar sin tener ganas, sobre todo si es de la clase del llamado *sevillano*, que ataca á la garganta al mismo tiempo. Además de esto, las personas que han adquirido este vicio, se descuidan muchas veces de sacar á tiempo el pañuelo, y sus narices ofrecen un espectáculo asqueroso; su pechera y su corbata están embadurnadas de tabaco, y hasta el tufillo que despiden está muy lejos de ser como el del ámbar. Por lo dicho se puede juzgar cuán feo debe parecer el poner la tabaquera sobre la mesa; poner el pañuelo, es insoportable.

Durante la comida no mostreis, hijos míos, cierto aire ávido, que haria creer íbais

á devorar todo cuanto estabais viendo. No mireis al plato del vecino para examinar si le han dado mejor tajada. A menos que no tengais mucha confianza, ó que vuestra edad ó rango os lo autoricen, no pidais que os sirvan un pedazo mejor que otro. No recibais nada sin dar las gracias con una lijera inclinacion de cabeza, y de palabra si el dueño ó dueña de la casa, ó alguno de los convidados os hacen cualquier obsequio.

Como en mas de cuatro ocasiones os ocurrirá el tener que trinchar, á fin de hacerlo con la gracia, prontitud y limpieza necesarias, os daré algunas lecciones prácticas, sin las cuales toda la teórica es conversacion y nada mas (1). Los que no lo entienden, se exponen á un sonrojo, á llenar de grasa los manteles ó los vestidos de sus vecinos, á echar por tierra los vasos, á destrozar y hacer añicos miserablemente una perdiz, un capon, etc.

Noos estregueis los dientes con el mantel ó con la servilleta, ni los limpieis tampoco con los dedos.

(1) Véanse las observaciones sobre la cortesanía y honores que debe guardar todo buen gastrónomo en la mesa, y reglas para trinchar, al fin del poema intitulado, *la Gastronomía*, ó los placeres de la mesa, poema en cuatro cantos, traducido libremente del francés al verso español por el autor de esta obra.

En algunas casas suelen presentar tazas de cristal ó china con agua tibia para lavarse la boca despues de la comida. Mejor fuera que se desterrara semejante costumbre, porque aunque la operacion en sí es muy buena, y útil si se quiere, es mas propia para que cada uno la haga á solas, pues causa asco no solo el enjuague general, sino tambien el babeo que se sigue.

Durante el primer servicio se suele hablar poco, luego la conversacion se hace general, y por último cada uno habla con los que tiene á su lado, y á veces con el de enfrente : si la mesa es muy larga, no parece bien emprender una conversacion con alguno que esté muy distante, pues si todos hicieran lo mismo se armaria una algarabía que nadie podria hacerse entender.

El momento de los postres es un escollo para muchas personas; unas porque hacen ver su glotonería; otras porque cogen muchas cosas para llevárselas, y algunas porque creen que entonces es permitido manifestar una alegría loca é incómoda, hasta el punto de fastidiar al hombre mas cachazudo.

No es muy cortesano llevar el mondadiéntes en la boca, por via de juguete, despues de acabada la comida y levantada la mesa.

El modo de tomar el café es bastante sa-

bido, y así no os diré nada sobre este particular, á excepción de que el buen uso quiere que se tomé en la taza y no en el platillo.

La última cosa que os recomiendo, hijos míos, es que no comais ni bebais hasta hartaros. Un sabio antiguo ha dicho que el exceso en la bebida y comida ha muerto mas gentes que todas las guerras juntas. La naturaleza, que tiene necesidad de repararse, ha dispuesto de modo que probemos un placer exquisito cuando comemos, á fin de que no abandonemos deber tan esencial; pero por los males que nos resultan, nos ha advertido que sepamos contenernos luego que la necesidad esté satisfecha. Las indigestiones destruyen el estómago, causan dolores violentos y acarrear la muerte: tales son las consecuencias de la glotonería. Nunca hagais excesos en el beber; el vino, y más que todo los licores tomados en gran cantidad queman las entrañas, producen jaquecas horribles, debilitan la vista y aun el espíritu. Os he contado en otra parte lo que hizo Alejandro el Grande en un raptó de embriaguez; el hombre en semejante estado es una bestia feroz y asquerosa. Salid pues de un convite con la misma serehidad con que hayais entrado en él; dormireis tranquilamente; estareis dispuestos para todo lo

que se ofrezca; tendreis los sentidos despejados; el estómago, que es el laboratorio químico donde se prepara todo lo que necesita para su subsistencia nuestra frágil máquina, hará sus funciones con regularidad; y por último nadie podrá jamás echarnos en cara un defecto que, aunque muy comun, es vergonzoso. Si os encontrais alguna vez con gentes que quieran haceros beber mas de lo que conceptuais razonable, no seais complacientes hasta el extremo de estropear vuestra salud, y de exponeros á la befa y al escarnio por una mal entendida complacencia. Porque debeis tener entendido que la descortesía está de parte del que provoca á cometer un exceso, no de parte de aquel que tiene bastante juicio y firmeza para no hacer demasías.

Hijos míos, acabareis de oír que, si estando comiendo llega algun pobre á pedir os limosna, no seais como aquellos que se irritan diciendo que van á importunarlos; al contrario, pensad que tal vez no habrá comido, ni tendrá que comer en aquel dia, y dadle algo con que pueda ir satisfecho: estoy seguro que la comida os sabrá mejor despues de socorrer la urgente necesidad del infeliz que acude a vuestra puerta cansado y desfallecido.

TARDE XVII.

Conducta que se debe observar en el juego.

EMILIO. — Papá, ayer con motivo del convite no nos reunimos aquí; y á decirle á V. la verdad, me pareció que me faltaba alguna cosa.

JACOBITO. — A mí me sucedió lo mismo.

EL PADRE. — El ánimo, hijos míos, tiene necesidad de distraerse despues de haberse ocupado algunas horas en asuntos serios: con este motivo se han imaginado los juegos. Cada edad, cada clase y aun cada sexo tiene los suyos propios, no obstante de que los hay tambien que convienen generalmente á todos. Los de la niñez son muchísimos, algunos de los cuales giran con las estaciones: los maestros y padres de familias deben tener especial cuidado en proporcionar á los niños juegos propios de su edad y de cada estacion del año; unos, para dar mas agilidad y soltura al cuerpo por medio de un ejercicio que no sea superior á sus fuerzas; otros, para que á vueltas de la diversion y deleite vayan acostumbrando su

entendimiento á discurrir, á inventar recursos y ardidés ; algunos, con los cuales pueden adquirir de un modo entretenido los primeros rudimentos de algunas ciencias ó artes (1).

Pero en este momento voy á hablaros considerandoos como hombres, y os diré la conducta que se debe observar en el juego. Es menester ponerse á jugar con rostro alegre y con intencion de contribuir al placer de los demás.

El que solamente ve en el juego el medio de ganar dinero, tiene el alma sórdida, necesariamente debe ser mal jugador ; esto es, hará trampas cuantas veces se le proporcione la ocasion de hacerlas sin ser notado, pero tambien se expone á algun pesado lance.

JACOBITO. — Papá, en ese caso es como

(1) En la primera clase pueden comprenderse la petora, el volante, los bolos, la cuerda, el columpio, los juegos de carreras y saltos, etc. En la segunda los juegos de prendas y acertijos, las damas, el ajedrez, el billar, etc., que deben usarse poco y despues de estar cansados de los primeros en dias malos, en noches largas, y sin que se atravesie el menor interés pecuniario : estos juegos son propios de muchachos que rayan en la juventud, y que empiezan á ser introducidos en la sociedad. En la tercera clase entran los mapas cortados en pedazos desiguales por provincias ó reinos, para que los jóvenes aprendan el órden en que están las unas y los otros, y adquieran aficion á la geografia.

si robara el dinero, ¿no es verdad que sí?

EL PADRE. — Sí, hijo mío; un tramposo es un ladrón que roba el dinero á aquellos que él llama amigos suyos, es un hombre indigno de ser admitido en ninguna parte. Todo hombre de educacion se conduce desinteresadamente, y juega solo por divertirse: si gana, no manifiesta una alegría immoderada que pueda ofender á los que han perdido; y si pierde, no se pone de mal humor.

Es mucha descortesia burlarse de los que no han jugado con destreza, y hay cierta malignidad en zumbiar á los que han perdido.

El juego, hijos míos, es peligroso; no solo se pierde mucho tiempo cuando se adquiere demasiada aficion, sino que se corre gran riesgo de quedarse pobre. Por lo tanto jugad las menos veces que podais.

No se debe decir jamás á nadie si es tarde, ó vivo en jugar, ni demostrar la menor impaciencia sacando el reloj, tomando un libro para leer, etc. El silvar, cantar, hacer ruido con los pies ó con los dedos sobre la mesa son señales de una educacion poco esmerada.

Los que presencián el juego deben observar el mas riguroso silencio, sin inclinarse á favor de nadie para darle consejos, que ofen-

den al que se dan, porque hieren su amor propio, y todavía mas al otro porque le hacen perder el juego.

Con el bello sexo, con las personas mayores y distinguidas es preciso tener aquellas deferencias que el uso ha sancionado en cada juego.

No es de caballeros mirar las cartas del contrario para saber su juego, y atacarle con esta ventaja debida á una falta de delicadeza. Pagad puntualmente lo que perdais, sin aprovecharos del olvido de los otros.

En ninguna parte se descubre mas la buena ó mala educacion del hombre, la nobleza ó ruidad de sus pensamientos, como en el juego. Allí se ponen en movimiento de una parte la ambicion, la codicia, la astucia interesada, la envidia, el rencor y otras mezquinas pasioncillas; de otra la generosidad, el desprendimiento, la noble emulacion, la distraccion desinteresada, y la chanza festiva y modesta. ¡Cuán diferentes serán los semblantes agitados por pasiones tan opuestas!

Del baile.

« El baile, dice el lord Chesterfield, aunque es un pasatiempo touto y frívolo, es

una de aquellas locuras con las cuales es preciso que los hombres de juicio se conformen algunas veces; y si se conforman, es preciso que lo hagan en regla. »

La cortesanía exige que los que se presenten á bailar tengan las manos cubiertas con guantes; y tambien que el hombre no baile siempre con la misma pareja ó señora. Los hombres delicados, finos y cortésos tienen un cuidado especial en sacar á bailar á aquellas á quienes la naturaleza ó el tiempo las va malquistando con los hombres. Se mejante miramiento ó fineza, á la cual no tiene derecho un sexo en guerra con los atractivos, merece que se pague con todo el agrado y amabilidad que dictan la urbanidad y el amor propio lisonjeado. Ninguna señora debe negarse á salir á bailar con un caballero, ó en tal caso debe abstenerse de bailar durante toda la noche. Esta regla de urbanidad, por dura que parezca, alcanza á todas las señoras y señoritas indistintamente.

El baile como ya conversacion no debe ser propiedad de unos cuantos; requiere que todos alternen y participen de este placer.

El baile enciende la sangre, pone en movimiento las pasiones; es menester pues sa.

berlas reprimir, y no entregarse á una alegría inmoderada. Debe reinar la mayor compostura y decencia en los trajes, en los movimientos y actitudes. La mujer que se presenta poco honestamente, no debe extrañar que piensen mal de ella. El pudor realza la belleza mas que todos los adornos que pueden inventar las modistas.

Del modo de andar por las calles.

Los hombres de juicio, que no quieren pasar por extravagantes y llamar la atención de las gentes, marchan naturalmente, ni muy lenta, ni precipitadamente, á menos que no lo exija algun negocio urgente.

Alzar afectadamente la cabeza, con un balance de hombros al mismo tiempo, indica orgullo ó altanería.

Si vais contoneándoos y arrastrando los piés, pasareis por perezosos, que os moveis como por fuerza.

No andéis de puntillas, como si estuviéseis bailando, á no ser para pasar un charco; no corrais de una acera á la otra de la calle, porque os tendrían por locos.

No movais violentamente los brazos como si fuesen alas ó remos. Si vais con alguna persona superior, poneos á su izquier-

da, arreglad vuestros pasos con los suyos; no os acerqueis tanto á ella que la incomodeis; ni os separeis en tales términos, que no podáis oír lo que ella hable. Tened cuidado de observar donde pisais para no mancharos, ni salpicar de lodo á los demás que pasen. A una señora es menester ofrecer el brazo, y llevarla á la parte interior de la acera, aunque ella tenga que daros la derecha: es una precaucion necesaria para evitar que la salpiquen de lodo los coches, carros y caballerías, y porque el lado de las casas se considera como el preferente. El que va con dos señoras se pone en medio para darlas los brazos. En las grandes ciudades, donde el concurso de gentes en las calles es muy numeroso, hay una convencion, que se observa con el mayor rigor sin distincion de personas, y es que cada uno conserva la derecha en la acera por donde pasa; de este modo se corta todo origen de disputas, no se interrumpe la marcha, y resulta que para todos es muy cómodo.

Al tiempo de andar, sacad un poco la punta del pié hácia afuera, no sacudais un talon contra otro, ni vayais jugando con las chinas que balleis al paso.

Si encontrais alguna persona respetable por su edad ó dignidad, saludadla cortés-

mente, sin volveros demasiado hácia ella, á menos que no la conozcais particularmente. En las grandes ciudades solamente se saluda á las personas conocidas.

Si alguno os saluda y detiene en el camino, es preciso corresponder en los mismos términos, con tal que no sea muy inferior á vosotros. Mas no por esto estais exentos de ser cortés con él, y de tratarle con amabilidad y atencion.

No á todo aquel con quien nos paramos en la calle debemos decir: *¿Cómo lo pasa V.?* Esta fórmula es buena para usarla con nuestros iguales, ó con aquellas personas que conocemos mucho.

El ir fumando, silvando, ó cantando por las calles, es de gente ordinaria; y no importa que lo hagan sugetos que se tienen por caballeros, porque tambien hay caballeros muy ordinarios y de mala educacion.

Tú, hija mia, dentro de pocos años tendrás que observar ciertos deberes todavia mas exstrictamente. En tu marcha deberá descubrirse el pudor, así como en tus miradas la decencia: una mujer que fija los ojos en los hombres, es una desvergonzada, y si mueve la cabeza á un lado y á otro, la tendrán por una loca. La mujer debe continuar su marcha sin detenerse, ni mirar há-

zia atrás, á menos que no lo exija algun motivo honesto. Si algun desvergonzado atrevido la dirige la palabra, á ella toca hacerse la desentendida, y seguir adelante sin contestar nada. En general la conducta de una mujer debe ser mas reservada que la de un hombre. Rodeada por todas partes de lazos, naturalmente debe ser desconfiada, y no olvidar jamás que el mundo juzga severamente á su sexo. La modestia es como la planta llamada sensitiva, que el mas lijero tacto de cualquier cuerpo extraño, el aire mismo la ofende.

LUISITA. — Papá, allí viene una señora, y creo que se dirige hácia nosotros.

EL PADRE. — Sí, viene á hacernos una visita ; levantémonos ; mañana continuaremos nuestro entretenimiento.

TARDE XVIII.

De lo que deben los hombres por urbanidad á las señoras.

EL PADRE. — Las relaciones que existen entre los dos sexos hacen que haya alguna deferencia en el modo de conducirse el uno

con el otro. Los hombres deben tener un respeto mas distinguido, una complacencia mas atenta para las mujeres que para las personas de su sexo.

Si la naturaleza les ha rehusado la fuerza del cuerpo, al menos las ha indemnizado ampliamente concediéndolas calidades morales, de las cuales ha sido avara para con los hombres. ¡ Con qué cuidado no previene una buena madre de familias aficionada á su casa y amante de su esposo y de sus hijos, todo lo que puede contribuir á aumentar la felicidad de los objetos que la rodean! Se encarga de los pormenores mas minuciosos, lo prevee todo, nada le repugna y suele ser industriosa para causar sorpresas agradables á su marido. Cuando él vuelve de sus negocios, dispone los hijos á que le prodiguen caricias, tomando precauciones para que no sean importunos; su prudencia, su amabilidad y buen genio le aseguran para siempre el corazon de su querido esposo. Los hombres seríamos muy injustos, si en consideracion á tan bellas calidades, no quisiésemos tolerar algunas faltas ligeras propias de las mujeres.

Cuando esteis en una reunion donde haya señoras, tened por ellas toda suerte de consideraciones: la debilidad de su constitu-

cion física, además de lo dicho, debe empeñaros á evitarles todas las incomodidades que estén en vuestro poder. Lo que no hariais por un hombre, hacedlo gustosos por una mujer. Ceded en todas partes á las señoras el asiento mas cómodo y honroso. En la mesa, no permitais jamás que os sirvan antes que á ellas. Si se trata de jugar á algo, consultadlas para que escojan; complaced sus deseos, con tal que esta complacencia no sea contra vuestro estado, vuestra edad y salud. Encargándoos que condescendais á sus deseos, entiendo solo los razonables, porque si hubiese alguna tan loca, caprichosa ó mal educada que exigiese cosas indiscretas, rehusad eortésmente, pero con firmeza: pues en verdad seria cosa cruel ser por urbanidad víctima de una loca imprudente, que solo mereceria entonces la compasion de los concurrentes.

Sobre todo, hijos míos, que vuestras palabras sean castas en presencia de las mujeres. Mil fatuos hay que se figuran es agradable contar cosas deshonestas en una concurrencia; semejantes groseras diversiones ofenden siempre á los oidos castos. Otros hay que tienen el arte de cubrir con un ligero velo sus palabras; pero si os presentaran á la vista una cosa asquerosa cubierta

con un velo, ¿dejaría por esto de causaros asco? Los tales descubren una alma poco delicada, una imaginacion obscena, y dan de sí una opinion poco ventajosa. Todo padre de familias debe cerrarles la puerta de su casa, si no quiere ver con el tiempo el estrago que causan sus palabras. Hombres, respetad á las mujeres, porque es de la mayor importancia para las buenas costumbres que ellas se respeten á sí mismas.

Al bajar ó subir las escaleras de una casa ó de un coche, etc., debeis ofrecer la mano á las señoras; pero sería imprudente hacerlo cuando fuese una señora acompañada de otra persona con quien estuviese en relaciones mas estrechas de amistad ó parentesco.

Del modo con que las jóvenes deben conducirse en la sociedad con los hombres.

LA MADRE. — Aunque Luisita no ha llegado todavía á aquella edad en que pueda hacer uso de los consejos dados por su padre, bueno será que sus oidos se vayan acostumbrando á oír aquello que deberá practicar algun dia; y sus hermanos aprenderán á respetar mas y mas á nuestro sexo. Además de que si vuestro padre pone por es-

crito todo lo que os ha dicho en estas tardes anteriores, se podrán añadir los consejos que yo voy á dar ahora á mi hija, si es que merecen su aprobacion.

EL PADRE. — La opinion que tengo formada, hijos míos, de vuestra madre es tal, que desde luego os aseguro sabrá desempeñar la parte que tome en la instruccion de su hija mejor que yo la mía.

LA MADRE. — Ved como vuestro padre os enseña prácticamente á ser atentos y cortéses con las damas. Él mismo, hija mia, ha dicho que el mundo juzga severamente á nuestro sexo, y por esta razon nosotras debemos caminar, como dice el proverbio, con piés de plomo.

Las miradas anuncian sin querer lo que pasa en el corazon; haz que en las tuyas solo se vea la expresion de la modestia, y para que lo puedas conseguir mejor, sé modesta en efecto; una mirada atrevida en una mujer, es una cosa que repugna. Sobre todo no busques las de los hombres; esta costumbre procede de la depravacion del corazon; y si por casualidad las imitas por una simple inconsecuencia, te confundirán con aquellas cuyas costumbres ya están estragadas.

Si para la civilizacion de la sociedad es

bueno que se reúnan los hombres y las mujeres, es también útil para las costumbres que esta frecuencia no sea demasiado íntima. Las mujeres no deben huir de los hombres, como lo hacen las mojigatas; mas tampoco deben buscarlos con exceso; prefiera siempre, hija mía, la sociedad de las personas de tu sexo.

En medio de los juegos y diversiones más ruidosas debes ser reservada; tu modesta reserva será un escudo que protegerá tu alma contra todo lo que pudiera herirla; las gentes más relajadas temerán decir ó hacer algo que ultraje tu decoro. Si hubiese quien se tomase alguna libertad contigo, haz que la severidad de una mirada tuya le recuerde lo que debe á la decencia. No muestres jamás un aire risueño á lo que no es honesto; si tal hicieras, pronto te despreciarian y no podrias hacer valer tus derechos al respeto. Si delante de tí se dicen palabras de sentido doble, aun cuando las entiendas no lo des á entender, ni te enfades, ni te rias por ellas. Si lo que dijeren fuese indecente sin equívoco, retírate si puedes; si no, demuestra en tu aire frio y rígido el desprecio con que oyes semejantes palabras, que solo pueden salir de la boca de gentes inmorales y sin crianza.

Tu padre, hija mía, ha dicho que los hombres deben ser complacientes con las mujeres; y yo añado que una mujer debe guardarse, y mucho, de abusar de semejante complacencia: deje que obre así una coqueta ó caprichosa. Una mujer honesta y de juicio recibe con modestia las atenciones que se tienen por ella; pero tiene buen cuidado de no ocupar á cada paso á los hombres.

No parece bien que una mujer se esfuerce por sobresalir demasiado en la conversacion: basta que ella sea instruida. Querer obligar á que todos sean de su opinion, hallar placer en ostentar su ciencia, es hacer insufrible y ponerse en la clase de las pedantes. Habla siempre sin pretensiones de pasar por muy instruida. Los hombres son injustos, una mujer sabia ofende su orgullo. Os contaré dos casos, el primero de los cuales le oí contar á nuestro amigo el cónsul inglés.

Cuando Bonaparte volvía á París, después de su gloriosa campaña de Italia, á pesar de que evitaba las grandes concurrencias, no pudo dejar de asistir á un baile que le dieron en una ciudad principal. Hallábase entre las damas convidadas la célebre Madama Stael, tan conocida por sus obras literarias. Su amor propio era igual

su mérito, y así como en aquel tiempo el jóven Bonaparte era el objeto de la admiracion general entre los hombres, ella aspiraba á serlo entre las mujeres. Con este designio buscó la ocasion de entrar en conversacion con el general, y cuando le pareció bien, le hizo esta pregunta. « ¿Cuál es en vuestro concepto la mujer mas sobresaliente y digna del aprecio general? » Bonaparte penetró el objeto de la pregunta, y respondiéndole: « Aquella que mas hijos ha dado al Estado, » volvió la espalda y se fué dejándola abochornada.

El segundo caso es el que sucedió á madama Dacier, la mujer mas sabia de su tiempo, con un caballero aleman. Este, que en sus viajes tenia un gusto particular en visitar á las personas de mas mérito, suplicó una vez á madama Dacier que escribiera su nombre en el librito de memoria que él solia llevar consigo. Despues de haberse resistido por mucho tiempo, esta señora respetable escribió su nombre, y puso á continuacion un verso de Sófocles, cuyo sentido viene á ser el que expresan los dos siguientes versos:

Un modesto silencio siempre ha sido
De las mujeres el mas bello adorno.

Hija mia, si acaso no eres instruida, con

mas razon deberás mantenerte entonces silenciosa : tu papel está reducido á escuchar, y no solamente es fácil, sino que muchas veces da gusto á los demás. No hagas que la conversacion recaiga, como lo hacen muchas mujeres vanas y tontas, sobre un vestido, un peinado, un aderezo ó cualquiera otra parte perteneciente al tocador : de todos los pasatiempos este es el mal fastidioso, y el que los hombres desprecian mas.

Un defecto bastante general en nuestro sexo es examinarse las mujeres mutuamente, pasar en revista todas las prendas de su traje y adornos para hacer en seguida una crítica terrible. Esto procede de celos bajos y miserables ; guárdate, hija mía, de tenerlos : el criticar á las demás no te haria parecer mas hermosa, ni realzaria el esplendor de tus vestidos ; lograrías solamente dar una mala idea de tu corazon.

Mucho pudiera decirte, pero me contentaré por ahora con leer las siguientes máximas de Pitágoras, entresacadas de una coleccion que hizo tu padre de todas las de aquel famoso filósofo, y que me las regaló el dia que se caso conmigo. Bien sabe él que no fué este el regalo que menos aprecié.

Mujer, no quieras parecerte al hombre.

Los dos sexos no deben tener nada de común entre sí.

Mujer de gobierno, no imites á la cigarra, que hace mucho ruido y trabaja poco.

Prefiere en una mujer el talento á la belleza, y las gracias al talento.

No hables mal de las mujeres : tienen muchos derechos para que los hombres sean indulgentes con ellas.

Si encuentras varias mujeres riñiendo, sigue adelante tu camino.

Mujeres, no ceséis de ser dulces y modestas. Conservad vuestras costumbres púdicas. No renunciéis á las gracias. Para agradar á los hombres, sed siempre mujeres.

Muchachas, sed siempre amables, y haced que vuestras pasiones no os irriten jamás ; nada afea tanto el rostro como un movimiento de cólera, ó un arrebato producido por los celos.

El lino viejo hace mala tela. Esposas madres, aplicad esta ley de economía doméstica á la educacion tardía y abandonada de vuestras hijas.

La paz y la abundancia saldrán de tu casa el día mismo que éntre en ella una mujer menos laboriosa que linda, y mas amiga de su persona que del gobierno interior de la casa.

Mujeres, sabed que aun hay cierta cosa superior á una bella mujer : es una mujer bella y modesta á un mismo tiempo.

Mujeres de todas edades, no paseis un solo dia sin sacrificar á las ninfas de las fuentes. (*Pitágoras en esta máxima recomienda la limpieza diaria.*)

Ciudadanos, guardaos de poner al frente de vuestra república á aquel que no sabe hacerse respetar de su mujer, ó de sus hijos.

Muchacha, pocas abejas hallarás fuera de su colmena durante la noche. Que no te vean tampoco fuera de la casa paterna ó marital toda la noche.

¿Quieres que tu marido permanezca siempre á tu lado? Haz de modo que no encuentre en otra parte tantas gracias, modestia, dulzura y ternera.

Jóvenes muchachas, en medio de las ocupaciones domésticas mas desagradables conservad cierto aire de fiesta y adorno.

EL PADRE. — Id, hijos míos, á dar una vuelta por el campo con vuestra madre, en tanto que yo voy á poner por escrito todo lo que ella os ha contado.

TARDE XIX.

No atacar á nadie en su creencia religiosa.

EL PADRE. — Hemos llegado felizmente á unos tiempos en que los hombres van siendo mas tolerantes en materias religiosas. Considerad, hijos míos, que todos los hombres son hermanos vuestros, y no veais en un hombre de religion diversa de la vuestra un ser que Dios ha condenado. Esta idea funesta á la sociedad parte de un principio malo, y no puede ser agradable á Dios, autor de toda justicia.

Si os encontrais en una reunion de personas de diferentes religiones, no saqueis la conversacion sobre aquella que profesais vosotros : seria dar un mal rato á los demás, ó dároslo á vosotros mismos. Por ridículo que os parezca un culto, debeis pensar que tiene un fin respetable, y que el vuestro puede tambien parecer ridículo á los ojos de otros hombres. La ceguedad del entendimiento es tan digna de compasion como la del cuerpo; y no es objeto de risa, ni criminal el hombre que en uno ú otro caso pierde su camino.

Es cierto que la caridad nos ordena que mostremos el camino verdadero al que va errando; pero no lo es menos que la caridad nos prohíbe castigar ó ridiculizar su desgracia.

El objeto de todos los cultos del mundo es el mismo : adorar al Ser Eterno que ha criado todo. Cada secta cree que la mejor de todas es la suya. Criticar, mofarse, reírse de las ceremonias religiosas, bien sea en un templo de protestantes, en una sinagoga de judíos, en una reunion de cuáqueros, ó en una pagoda de Chinos, sería insultar á las personas que observasen estos diferentes cultos, sería la grosería mas grave y mas digna de ser castigada.

Si os obligan á manifestar vuestra opinion, no la disimuleis; pero hablad sin ofender las de otros, evitando todo lo posible entrar en disputas religiosas. Acordaos de lo que decia aquel papa tan sabio y tolerante, Clemente XIV : « *Si Dios permite los incrédulos, nosotros debemos tolerarlos.* » Fenelon, aquel respetable arzobispo de Cambrai, solia decir : « *Suframos lo que Dios quiere sufrir.* » Estas dos máximas abundan en sabiduría y humanidad; hijos míos, yo os las entrego á vuestro corazón; no las olvidéis jamas.

Empleo del tiempo.

¡ Cuán poco reflexionamos sobre el uso y valor del tiempo ! Bien es verdad que anda en boca de todos, pero pocos son los que lo practican. Los jóvenes creen que les sobra el tiempo, para disiparlo en fruslerías.

Ociosidad.

El tiempo es precioso, la vida corta, por consiguiente no debiera perderse un momento. Los que reflexionan saben bien esto, y ponen la suma total del tiempo á interés é placer; quiero decir que nunca están ociosos sino continuamente empleados en el estudio ú honestas diversiones. Es tan conocido como cierto el adagio, *la ociosidad es la madre del vicio*. No es menos cierto igualmente que *la pereza es la herencia de los necios*, y que nada hay tan despreciable como un perezoso. Caton, el censor, sabio y virtuoso Romano, solia decir que solo de tres acciones de su vida estaba arrepentido : la primera era haber revelado un secreto á su mujer; la segunda, haber ido una vez por mar, pudiendo haber ido por tierra; y la tercera, haber pasado un dia entero sin haber hecho nada.

Lectura.

« Ten cuidado de los ochavos, decía uno, porque las onzas de oro lo tendrán de sí mismas. » Y yo os digo : tened cuidado de los dias ; no desperdiciéis las medias horas, ni los cuartos, pues al fin del año hacen una suma considerable. Por ejemplo, hay en el dia pequeños intervalos entre el estudio y los pasatiempos : en lugar de estar sentado un hombre con los brazos cruzados, ó arrojando por su boca y narices tanto humo como una chimenea, vale mas coger un buen libro, y leer un trozo de él no superficialmente, sino haciéndose cargo de lo que se lee. Cuando leais, no paseis á un segundo período sin haber entendido el primero, y no dejéis el libro hasta que lo comprendais, pues de lo contrario, al fin de una semana, es como si no lo hubierais leído.

Modo de hacer las cosas.

Cualquiera cosa que tengais que hacer, hacedla tan pronto como podais, nunca á medias, sino sin interrupcion, si es posible. Nunca digais : « En otra ocasion mas conveniente hablaremos de esto. » La ocasion mas

oportuna para tratar de un negocio es la primera; pero el hombre de juicio señala el tiempo propio para el estudio y despacho de sus negocios. Las mas de las veces se desperdicia mucho tiempo por mala eleccion, ó falta de método en los placeres y entretenimientos.

Método.

La prontitud es el alma de los negocios; y nada contribuye tanto á despacharlos prontamente como el método. Estableced un método para cada cosa, y observadlo rigurosamente mientras otros accidentes inesperados no os lo estorben. Fijad un dia determinado y hora en cada semana para poner en órden vuestras cuentas; de este modo con poco trabajo evitareis el que os engañen ó defrauden mucho. Todas estas cartas y papeles rotuladlos y atadlos en sus respectivas clases, para que los podais hallar al instante euando los necesiteis. Señalad cada dia el tiempo de vuestro estudio y lectura, y sentad en un libro aquello que mas os llame la atencion en lo que leais, para ayudar vuestra memoria, y no para haceros pedantes. No leais jamás la historia sin tener á vuestro lado los mapas, y un libro ó tablas cronológicas

adonde recurrir cuando se ofrezca; sin esto, la historia solamente es un confuso hacinaamiento de hechos.

Algunos jóvenes, puede ser que os digan que todo este orden y método es muy fastidioso, bueno para gentes de entendimiento obtuso, y que causa una sujecion desagradable capaz de sofocar el noble fuego de la juventud. Yo sostengo todo lo contrario: el orden os procurará mas tiempo y mas gusto para vuestras diversiones, y lejos de seros fastidioso, como lo pongais en uso un mes, os costará mucho trabajo el dejarlo. La ocupacion es á los placeres lo que el ejercicio al alimento; así es que una comedia, un baile, un concierto causarán mas placer al hombre estudioso, que no al que ha pasado todo el dia en una inútil ociosidad, y aun me atrevo á decir que una hermosa dama parecerá tener mas atractivos para un hombre laborioso que para un correccálles.

Muchos creen que se divierten con tal que no estudien, ni se ocupen en algo. Así adquieren el hábito de la pereza, y gustan solo frecuentar aquellos sitios donde pueden hacer su santa voluntad. Puedo deciros que, excepto los criminales, no hay gentes mas desdichadas que estas; á todas partes adonde van un fastidio mortal las persigue. nunca

están contentas, en los mismos placeres que mas ansian hallan un vacío que no saben como llenar, y que les atormenta. Cuando llegan á ser viejos, todo les importa, y acaban por ser los tiranos de sus familias.

Si por casualidad os faltasen algunas veces dos ó tres horas para alguna cosa útil, tomadlas de la parte destinada al sueño. Seis ó siete horas bastan para dormir, lo demas es pereza. Si vuestros negocios ó diversiones os tienen alguna vez hasta las cuatro ó cinco de la madrugada, levantaos á la misma hora que teneis de costumbre, para no perder las horas preciosas de la mañana, y á fin de que el sueño os obligue á ir á la cama mas temprano á la noche siguiente.

Frivolidades.

Sobre todo, hijo mios, no empleeis el tiempo en frivolidades. El hombre frívolo siempre parece ocupado, pero en nada de provecho. Para él los pequeños objetos son grandes, y desperdicia en bagatelas el tiempo y la atencion que debiera emplear en cosas de importancia. Se pára á observar los vestidos, y no los caracteres de los que los llevan. Fija toda su atencion en las decora-

ciones de un teatro y no hace caso de la comedia ; no se le escapa una ceremonia de la corte ; y deja á un lado la política.

Conoced el verdadero valor del tiempo ; arrebatad, coged y gozad todos sus momentos. Fuera ociosidad , pereza y dilacion : nunca suspendais para el dia siguiente lo que podais hacer hoy.

Economía.

Un tondo malgasta sin crédito, ni provecho ; un hombre de juicio gasta de un modo enteramente contrario. Este emplea el dinero como el tiempo, útil ó agradablemente para él, ó para otros. Aquel compra lo que no necesita, y no paga lo que le hace falta. No pasa por delante de una tienda de Alemanes, sin caer en la tentacion de comprar alguna caja de tabaco, algun reloj, puño de baston, sortija, ó bien otras bujerías ó chucherías que solo sirven para arruinarle. Sus criados y los tenderos conspiran contra él, y á poco tiempo queda asombrado de ver en su casa tantas ridículas superfluidades, y tan pocas cosas de aquellas que aumentan la comodidad y bienestar de una persona.

Sin cuidado y método, las mas pingües rentas nos sirven á cubrir los gastos necesi-

rios. Hijos míos, pagad lo que debais con dinero contante inmediatamente y no con papel; y pagad vosotros mismos, no por medio de ningún criado, á fin de que no estipule con los tenderos el tanto por ciento, ó el regalo que le han de hacer por sus buenos oficios, segun suelen decir los criados. Nunca, por una mal entendida economía, compreis lo que no os haga falta, porque os lo dan barato; muchos menos, por el necio orgullo de ser caro. Llevad una cuenta exacta de todo lo que recibais, y de todo caundo pagueis: el hombre que sabe lo que recibe, y lo que gasta, nunca disipará su dinero. Esto no es decir que sentéis por escrito los cuartos y los ochavos que gasteis en frioleras, pues no merece la pena de que se gaste tiempo, papel y pluma en ello: solo sí, que en economía, como en todas las demás cosas de la vida, se debe atender á los objetos de entidad y despreciar las bagatelas.

TARDE XX.

De las amistades.

EL PADRE. — Los jóvenes suelen ser regularmente muy francos, y de aquí viene que sean engañados con facilidad por los truanes y camastrones. Se les figura que cualquiera pícaro que les dice que es su amigo, lo es realmente; y á esta profesion de simulada amistad corresponden con ilimitada confianza, en cuyo cambio pierden siempre. Guardaos de amistades hechas prontamente. A los que os vengán con muchos ofrecimientos, recibidlos con urbanidad, pero desconfiad mucho de ellos, pagadles con cumplimientos, no con confianza. No creais que las buenas amistades se hacen de repente: la verdadera amistad camina á paso lento, y no medra como no haya sido ingertada en un tronco de mérito recíproco y conocido.

Hay otra clase de amistad nominal entre los jóvenes, que parece muy ardiente, pero que por fortuna suele ser de corta duracion. Es la que se forma presto, y por la casuali-

dad de haberse encontrado en el mismo camino del libertinaje. ¡ Admirable amistad por cierto, cimentada en la borrachera y en la lascivia ! Mejor fuera llamarla conspiración contra la moral y buena crianza, y que la castigarán los magistrados civiles. Sin embargo, tienen la desvergüenza y la necesidad de dar á esta confederacion el nombre de amistad. Se prestan dinero mutuamente para malos fines ; se empeñan en riñas ofensivas y defensivas en favor de sus cómplices ; se cuentan unos á otros lo que saben, y lo que no saben ; hasta que por algun accidente, que siempre acontece, se dispersan y no piensan mas unos en otros, como no sea para hacerse daño, ó burlarse de su imprudente confianza.

Cuando se valga alguno de protestas y juramentos para haceros creer una cosa, que sea tan probable que pueda creerse sin necesidad de tales aserciones, estad seguros que trata de engañaros, que tiene mucho interés en hacéroslo creer, pues de otro modo no se tomaria tanto trabajo.

Debeis distinguir los compañeros de los amigos ; un compañero complaciente y agradable suele ser muchas veces un amigo peligroso. No olvidéis jamás aquel refran tan cierto como sabido : « Dime con quién an-

das, te diré quién eres. » El que anda siempre con pícaros es muy difícil que sea hombre de bien. ¿ Te acuerdas, Luisita, de aquella fabulita que te enseñé la semana pasada ?

LUISITA. — ¿ La de las Manzanas, papá ?

EL PADRE. — Sí, hija mía ; y si no te se ha olvidado, dípsela ahora.

LUISITA, *recitando la fábula intitulada :*

LAS MANZANAS.

Junté yo buenas manzanas
Con otras ya enmohecidas.
No mejoré las podridas,
Y pudriéronse las sanas.

Que á un bueno le pasa así,
Si se une á un malo, sé yo :
¿ Mejórase el malo ? — No : —
Y el bueno ¿ se empeora ? — Sí.

EL PADRE. — Esta fabulita, que Luisita ha recitado muy bien, os hace ver, hijos míos, lo que podeis esperar asociándoos á malas compañías.

Al rehusar la amistad de algun tunante, si es que puede llamarse amistad, no lo hagais de un modo tan grosero, que se os convierta en enemigo ; pues si los perversos son

malos para amigos, aun son peores para enemigos. Sed realmente reservados casi con todos, y mostraos francos en la apariencia : es desagradable parecer reservado, y muy peligroso no serlo. Pocos saben hallar el medio : muchos son ridículamente misteriosos y reservados en bagatelas ; y otros comunican imprudentemente todo cuanto saben.

Del mentir.

Nada hay mas criminal, bajo ó ridículo que el mentir : es el efecto de la malicia, de la cobardía ó de la vanidad, pero generalmente los que mienten no consiguen su objeto, porque tarde ó temprano se descubre la mentira. El embustero que trata de rebajar los bienes ó la opinion de un sugeto, podrá dañarle por algun tiempo, pero al fin él tendrá que sufrir mas ; pues descubierta la mentira, todos le aborrecerán.

El que se equivoca y tiene la franqueza de confesarlo, obra con nobleza. El que trata de evadirse de alguna cosa por medio de una mentira, es un hombre despreciable y cobarde.

Hay muchos que se recrean en contar mentiras, que pueden ser tenidas por ino-

centes, porque á nadie hacen daño sino á ellos mismos : estas mentiras nacen de la vanidad y locura. Los tales son amigos de lo maravilloso : han visto cosas que nunca han existido ; han visto otras que realmente nunca vieron, aun cuando existian, solamente porque creyeron que eran dignas de ser vistas. ¿ Ha sucedido, ó se ha dicho alguna cosa notable en cualquiera parte que sea ? Al instante declaran que estuvieron allí, y fueron testigos de vista. Siempre son los héroes de sus fábulas ; con esto creen atraerse la admiracion de los demás ; aunque, á decir la verdad, lo que ganan es hacerse ridículos y despreciables, con la añadidura de que nadie da crédito á sus relaciones ; pues es muy natural el suponer que una persona que miente por vanidad, no tendrá escrúpulo en encajar una mentira muy gorda si le interesa. Hijos míos, si alguna vez llegais á ver alguna cosa tan extraordinaria que se pueda dudar de su veracidad, no la conteis, para no dar lugar á que os tengan por embusteros ni siquiera un minuto.

El disimulo en la juventud es el precursor de la perfidia en la vejez. Su primera aparicion es el fatal pronóstico de futura ignominia. Sed en todos vuestros proce-

deres francos y firmes, con las precauciones debidas. La senda de la verdad es fácil y segura; la de la mentira es un confuso laberinto. El que una vez deja atrás la sinceridad, no es dueño de volver á ella; porque un artificio conduce á otro, el enredo del laberinto se aumenta, hasta que cae en las redes que él mismo ha tejido. Voy á leeros ahora una fabulita que com- puse anoche.

EL MENTIROSO CASTIGADO (1).

Unos muchachos, nadadores diestros,
 Sin permiso de padres, ni maestros,
 En los calores del ardiente estío
 Iban alegres á nadar al río.
 Agiles y desnudos como peces
 Se escabullian por el agua á veces :
 Otras atravesaban la corriente,
 Sin tener que pagar barca ni puente.
 Uno de ellos, grandísimo embustero,
 Trapalon, pendenciero,
 Cuando lejos estaba
 De los otros muchachos, los llamaba,
 Diciéndoles : « Venid, venid corriendo
 Que me ahogo ¡ por Dios ! que estoy muriendo. »
 Sus amigos corrian al socorro,
 Y él, mas listo que un zorro,
 Por debajo del agua se escurria,

(1) Del autor de esta obrita.

Y á una larga distancia aparecía ;
Y del chasco, que adrede les pegaba,
Con grandes risotadas se jactaba.
Pero ¡ ay ! llegó una tarde desastrosa
En que pagó su chanza mentirosa.
Pues por sorpresa viéndose atacado
De una fuerte calambre el desdichado,
A tiempo que nadaba satisfecho
De la orilla del rio á un largo trecho,
Dió gritos lastimeros
Llamando á sus queridos compañeros,
Para tener la suerte
De escapar de las garras de la muerte.
Sus amigos las voces escucharon,
Pero se figuraron
Que hacia aquella tarde
Del arte de nadar gentil alarde,
Y temiendo la burla conocida,
Ninguno se movió á salvar su vida.
Entre tanto el muchacho abandonado
Bajó al fondo, y quedó en el rio ahogado.
¡ Triste de aquel que mienta,
Si sabiendo este caso no escarmienta !

EMILIO. — Papá, yo quisiera aprender de memoria esa fábula.

JACOBITO. — Yo tambien, papá.

EL PADRE. — Pues bien, os la enseñaré, y cuidado con mentir ni aun en chanza. Pero volviendo ahora á seguir nuestro asunto, os diré el modo de estar bien con todos.

Arte de agradar.

Una cosa dicha por una persona amable de un modo agraciado y con semblante risueño no puede menos de agradar; la misma cosa dicha entre dientes por un hombre tosco, con una frente ceñuda, no hay duda que desagradará. Los poetas representan á Vénus acompañada de las tres Gracias. Minerva debería tener igualmente otras tres, porque sin ellas la sabiduría tiene pocos atractivos.

Si nos paramos á examinar por qué ciertas gentes nos agradan y cautivan mas que otras de igual mérito, siempre observaremos que es porque aquellas tienen consigo las gracias y las otras no. ¡ Cuántas veces el mas sólido mérito ha sido mal recibido y desechado por falta de gracia, en tanto que un hombre con algunas prendas superficiales, poco saber y menos mérito, introducido por las gracias, ha sido recibido, querido y admirado!

Frecuentemente la fortuna del hombre depende para siempre del modo de presentarse la primera vez. Si lo hace con gracia, muchos se persuaden que tiene un mérito, que es muy posible no lo tenga: si se pre-

senta de un modo zafio y desaliñado, se previenen contra él, y á duras penas le conceden el mérito que tiene. El camino que conduce al corazon pasa por los sentidos : el que cautiva los ojos y los oídos ya tiene medio hecha la jornada.

Es un proverbio antiguo y verdadero que los reyes que reinan mas segura y absolutamente, son aquellos que reinan en el corazon de sus súbditos. Su popularidad es una salvaguardia mejor que su ejército ; y el amor de sus súbditos una prenda mas segura de su obediencia que el miedo. Esta misma regla puede aplicarse, guardando las debidas proporciones, á personas particulares. El hombre que posee el gran arte de agradar universalmente, y de ganar las voluntades de aquellos con quienes conversa, posee una fuerza que le sirve para sostenerse y alzarse, y en caso de contratiempo para impedir su caída. Pocos son los jóvenes que consideran debidamente este gran punto de la popularidad, y les sucede que, cuando llegan á la edad madura, no pueden recobrar lo que han perdido por su abandono. Tres son las causas principales que impiden la adquisicion de una fuerza tan útil : el orgullo, la desatencion y el empacho. La primera pertenece á

los necios, que por un empleo dependiente de la voluntad de un cortesano, ó por la casualidad de haber nacido ricos, se creen superiores á los demás hombres. Vosotros, hijos míos, podeis dar gracias á Dios de vivir en la abundancia, mas no teneis derecho por esto de despreciar al criado que os limpia los zapatos. El rico debe gozar de sus riquezas, sin insultar á los que tienen la desgracia de no poseerlas, ni recordarles tampoco la falta de ellas. Además de que la fortuna es caprichosa, hoy podeis ser ricos, y mañana pobres. Estais viendo ejemplos terribles de esta verdad. Los reyes mismos con todo su poder no están á cubierto de los reveses de aquella inconstante diosa. En nuestros días hemos visto muchas testas coronadas bajar del trono para subir al cadalso, y otras para ir á un destierro á meditar sobre la inconstancia de las cosas humanas.

Oid, hijos míos, el caso siguiente de Sesostris, rey poderoso de Egipto. Tenia en su corte cuatro reyes cautivos, que habia cogido en cuatro batallas diferentes, y lleno de soberbia hacia que tirasen de su carroza. Uno de ellos tenia siempre los ojos fijos en una de las ruedas; Sesostris, movido de curiosidad, le preguntó: ¿qué era lo que estaba considerando? A lo cual el rey

cautivo contestó lo siguiente : « Al observar el movimiento de esa rueda , y ver que la parte de ella que está ahora debajo , un momento despues se halla encima ; y esa misma parte que está encima , baja luego al nivel del suelo , pienso en nuestra suerte futura. » Esta idea sorprendió tanto á Sesostris , que al momento mismo mandó poner en libertad á los cuatro ilustres cautivos.

Yo, como podeis observarlo , hijos míos , tengo mas cuidado en tratar cual es debido á mis criados y á otros que se dicen inferiores míos , que á mis iguales , para que no sospechen que albergo el bajo sentimiento de hacerles ver la diferencia que la fortuna ha hecho , tal vez muy injustamente , entre nosotros. Los jóvenes no se cuidan de esto , y se imaginan falsamente que unos modales imperiosos , y un tono áspero de autoridad y decision , son señales de vivacidad y ánimo esforzado.

La desatencion se mira siempre , aunque muchas veces injustamente , como el efecto del orgullo y desprecio ; y el que lo cree así , no lo perdona jamás. Los jóvenes acostumbrados á tratar con gentes de alto rango , consideran á las demás clases como indignas de su atencion y de los respetos de la urbanidad. Hacen la corte asiduamente á

los personajes mas distinguidos, á los ministros, á los sabios, á las hermosas damas, ofenden con su aire desdeñoso á todos los demás, y se granjean mil enemigos de ambos sexos. Confieso que es desagradable muchas veces pagar el tributo debido de atención á hombres estúpidos y pesados, y á viejas feas y habladoras eternas; pero este es el precio mas bajo á que se vende la popularidad y aplauso general, que son dignos de comprarse, aun cuando fuesen mas caros. Sed pues atentos y cortésés con todos, y si no podeis ganar su buena voluntad, al menos conseguireis una parcial neutralidad.

El empacho priva á los jóvenes de muchos amigos, y les procura enemigos. Tienen vergüenza de hacer lo que contemplan bueno, por temor de que se les ria alguna señora, ó algun chusco. Haced prontamente, sin temor ni vergüenza, lo que la razon os diga, ó aquello que veais practicar á gentes de mas experiencia que vosotros, y que sean bien conocidas por su juicio y buena crianza.

Despues de todo esto, me direis tal vez que es imposible agradar á todos: lo concedo; pero no se sigue de aquí que no debemos esforzarnos en agradar á tantos

como podemos. Tambien es cierto que apenas hay hombre que no tenga enemigos, pero el que tenga menos, será el mas fuerte, subirá al punto mas alto con menos envidia, y si cae, será lamentado en su caída.

Cumplimientos.

Observad, hijos míos, el modo con que un hombre de buena educacion da una enhorabuena, ó un pésame, á sus superiores, á sus iguales y á sus inferiores: observad su semblante y el tono de su voz; porque todo concurre al punto principal de agradar. Ved con qué viveza, con qué ardor y alegría en todo su rostro se presenta á un novio, y abrazándole ó apretándole la mano, tal vez le dice: « Si hace V. justicia á la amistad que le profeso, juzgará V. de la alegría que siento en esta ocasion, mejor que lo que puedo expresarla, etc. » Al otro que está afligido se dirige lentamente, con grave continencia y con voz mucho mas baja, tal vez le dice: « Espero que me hará V. la justicia de creer que siento lo que V. siente, y que siempre tomaré interés en todo aquello que concierna á V. »

Antes de ir á dar un paseo, y por temor

de que se me olvide mañana, os recordaré aquel proverbio castellano, que dice: *Adonde fueres haz como vieres*. Quiero decir, que si alguna vez vais á un reino extranjero, os sujetéis á los usos y costumbres del país; para lo cual es bueno que, además de instruiros en el idioma que se hable en él, os hagais con algun libro que os ponga al corriente de aquello que necesitais saber, para no cometer ciertas faltas, que vuestra ignorancia no podria evitar el que se os riesen las gentes de poco mundo. La buena educacion no permite que se desprecien, estando en un pais extranjero, aquellos usos, hábitos y trajes que no son conformes á los nuestros.

Vámonos de aquí, hijos míos, antes que os canseis de oirme. Yo bien sé que no todo lo que os digo se os quedará grabado en la memoria, mas con tal que quede algo habré conseguido mi objeto.

TARDE XXI.

De la escritura de las cartas.

EL PADRE. — Todo el que tiene expedita la vista y la mano derecha puede escribir conforme le parezca; pero es preciso advertir que es una descortesía muy grande dirigir á quien quiera que sea una carta llena de garambainas y borrones. No se debe exigir que todos sean buenos pendolistas; pero sí que la forma de la letra sea clara y sin garabatos, de modo que no se pierda tiempo en leer la carta. Algunas he visto yo de un personaje distinguido que contenían asuntos de la mayor importancia y urgencia, que despues de hora y media de trabajo penoso, no podíamos descifrarlas, no obstante que nos reuníamos tres amigos con este objeto.

Como diariamente ocurre escribir cartas, es muy importante saber escribirlas bien. Los descuidos en la ortografía y en el estilo no son perdonables en los hombres, y aun en las señoras parecen mal. El estilo epistolar debe ser conforme al asunto de que se

trata. Supongamos, las cartas de comercio no deben contener mas que lo que es absolutamente necesario, con expresiones y términos iguales á los que se emplearian si se tratase verbalmente del mismo asunto.

Un hijo debe escribir á su padre sencilla y respetuosamente; las expresiones alambicadas solo sirven para hacer reir. Un padre á su hijo amistosamente, de modo que le inspire confianza, á menos que no tenga que reprenderle, y aun entonces debe hacerlo mezclando la firmeza con el cariño.

Una carta de pésame no debe contener sino lo que es propio para mitigar el dolor, pero sin mezclar nada que huela á jocos. Una de enhorabuena tiene por objeto manifestar el placer que siente la persona que escribe por fortuna ó feliz suceso de un amigo ó conocido. Las expresiones afectuosas y amables sientan bien en estas cartas. En general todas ellas deben estar escritas de un modo sencillo y natural, presentando las ideas del mismo modo que las presentaríamos si estuviésemos hablando con aquellos á quienes escribimos. Correccion y concision deben brillar en ellas. El estilo jocos conviene solamente á dos amigos íntimos.

Los mejores modelos de cartas que pued

recomendaros son las de Ciceron á Atico y á sus amigos, y las de Plinio, entre los antiguos. Las de santa Teresa de Jesus, las tres cartas censorias del bachiller Pedro Rua, las de Antonio Perez, secretario de Felipe II, y las del P. José Francisco Isla (1) á su hermana y á su cuñado, entre los Españoles. Las de madama de Sevigné entre los Franceses; y entre los Ingleses las del lord Chesterfield, las de un pobre negro llamado Ignacio Sancho, escritas hace medio siglo á sus protectores y amigos, las del dean Swift, las del doctor Johnson y de otros varios. En las cartas del cardenal Ganganelli, despues Clemente XIV, brillan la sencillez, la claridad, la dulzura, la tolerancia, y un saber profundo.

Es necesario saber las ceremonias y etiquetas corrientes, quiero decir, el papel que se ha de usar, la márgen que se ha de poner, el lugar de la fecha, firma y antefirma, el modo de doblar la carta, de sellarla y poner el sobre (2). Si al tiempo de escribir la

(1) El autor de esta obra perdió en el segundo sitio de Zaragoza como una docena de cartas escritas á su padre D. Manuel de Urcullu, bajo el nombre de D. Próspero Leon de Montes, por el P. Isla, desde su destierro en Italia. Dichas cartas, entre las cuales habia algunas muy interesantes, nunca han sido publicadas, y probablemente se habrán perdido para siempre.

(2) Las cartas que se dirigen á países extranjeros debe

carta ó él sobre cayere algun borron ó mancha, se debe escribir otra, y si no hubiere tiempo, es absolutamente indispensable el pedir perdon de enviarla en semejantes términos. Todas estas menudencias, como suceden diariamente y pueden agradar ó desagradar, merecen alguna consideracion: el que no hace caso de ellas es tildado justamente de que falta al respeto que debe á los demás, y por consiguiente no debe extrañar que no se le guarden á él.

De la prononciacion al tiempo de hablar.

Quien desee adquirir una prononciacion agraciada debe leer todos los dias en alta voz un trozo á un amigo que lo entienda, y suplicarle que le interrumpa y corrija cuando vaya demasiado apriesa, cuando no marque los diversos períodos y miembros de cada uno, ó no pronuncie con la debida

escribirse en papel fino para evitar el recargo de los portes, si estos se regulan al peso. En Inglaterra, donde los portes son excesivos, se paga por pliego entero, en tales términos que dos cuartillitas de papel separadas una de otra pagarían porte doble, al paso que un pliego de papel tan grande como el periódico de Londres si *Times* pagaría solamente el porte sencillo. En el dia están todas las cartas arregladas á una tarifa uniforme y pagan dos peniques. Si hubiera mucho que escribir, vale mas dejar un espacio en blanco para el sobrescrito, y empezar á escribir con tinta encarnada cruzando las líneas de tinta negra.

claridad. A falta de un amigo ú otra persona que corrija, será bueno que lea para sí, pero en alta voz, acomodando la pronunciacion á su propio oido, y variando aquella segun el asunto, para evitar cierto tonillo empalagoso y monotonó, muy propio para conciliar el sueño á cuantos estén oyendo la lectura. Es preciso abrir los dientes para leer ó hablar, articulando cada palabra claramente, lo cual no puede hacerse sin pronunciar la última letra. Con este ejercicio diario se adquiere en poco tiempo mucha soltura y gracia en la lectura.

No son de despreciar tampoco la voz y el modo de hablar: algunos hay que casi cierran del todo la boca cuando hablan, y barbullan sin que se les entienda nada; otros van por la posta como unas tarabillas, escupen al sugeto con quien hablan, y tampoco se les entiende; otros gritan como si fueran sordos los que están escuchando, y otros bajan tanto la voz que no se les oye. Todos estos hábitos son toscos y desagradables, por cuyo motivo deben evitarse. He visto gentes de mucho talento mal recibidas por faltar á estas pequeñeces, al paso que otras de muy poco talento eran bien recibidas por observarlas.

Expresiones vulgares.

La vulgaridad en el lenguaje es una señal característica de mala educacion y de acompañarse con gente ordinaria. Expresiones proverbiales y dichos comunes son las flores de retórica usadas por un hombre vulgar. Tiene además una palabra favorita, que la prodiga á cada paso, y cansa y ralla los oídos de los que están á su lado. En su misma pronunciacion se le conoce las gentes con quienes se roza : estropea las palabras, pues dice : *comendante, nenguno, naide, hayga*, etc. Un hombre fino no echa mano de los proverbios y aforismos vulgares; no se vale á cada instante de palabras favoritas, ni de otras indecentes y groseras; sino que habla correcta y gramaticalmente, y pronuncia como se debe; esto es, segun las gentes mas instruidas y mejor educadas. De todas estas cosas suele resultar que á lo mejor un chistoso marca á un hombre con un apodo, que le acompaña mas tenazmente que su apellido.

Apodos.

Nada hay que deba temer con mas razon un jóven al presentarse por la primera vez

en el mundo, y que deba evitar con mas cuidado, que el que le planten encima un apodo ó mote que le ridiculice. Si el apodo envuelve alguna gracia maliciosa y picante, es mas permanente que el apellido, de modo que ni aun las sombras de la muerte alcanzan á borrarlo. Lo que da motivo á marcar á uno con algun apodo entre gentes de buena crianza suele ser generalmente ciertos pequeños defectos en el modo de presentarse, de saludar, de hablar, de andar, de vestir, etc. Los defectos corporales nunca deben ser el objeto de la burla de nadie. Hijos míos, no seais vosotros de esos que se entretienen en las reuniones en poner apodos; los tales son despreciados aun de aquellos á quienes hacen reir. Tambien os aconsejo que nunca publiquéis las debilidades y achaques de otros, con el designio expreso de divertir á una sociedad. El hombre de bien antes trata de ocultar las desgracias y debilidades ajenas, que de pregonarlas para excitar la risa. Los que tienen gracejo en el decir, deben agradar, no dañar: pueden brillar como el sol en las zonas templadas sin quemar.

EMILIO. — Papá, veo que son necesarias muchas cosas para presentarse entre gentes, y parecer bien.

EL PADRE. — Sí, hijo mio, pero las irás aprendiendo insensiblemente, si tienes cuidado de leer de cuando en cuando todas las reglas de urbanidad de que os he hablado, y que luego os las daré por escrito, pues la memoria es frágil; y también, si además de leerlas, observamos cómo se conducen las personas bien educadas. Pero dejemos esto por hoy, que se va haciendo de noche.

TARDE XXII.

EL PADRE. — Hijos míos, esta tarde pienso dar fin á mis instrucciones.

JACOBITO Y EMILIO. — Y ¿por qué, papá?

EL PADRE. — Porque, aunque pudiera extenderme mucho mas en cada uno de los artículos de que os he hablado, de moral, virtud y urbanidad, contemplo que os he dicho lo bastante, para que seais buenos, virtuosos y corteses, si quereis aprovecharos de mis consejos. La demasiada redundancia en estas materias suele perjudicar muchas veces: á pocos gusta un sermón largo; por muchas bellezas que tenga una

opera, como sea muy larga, cansa á la generalidad de los oyentes. ¡Cuánto mas debe cansar una serie de consejos no sostenidos por los encantos de una música agradable, ni por la elocuencia y profundidad de un Ciceron ó un Pitágoras! Me resta hablaros del modo de ir á la cama ó acostarse, y lo haré en breves palabras.

Del tiempo y modo de acostarse.

Os he dicho poco mas ó menos todas las reglas de urbanidad que pueden ponerse en práctica en el curso de un día : en los demás casos que os ocurran, y de que yo no os haya hablado, imitad á las personas que á una hombría de bien á toda prueba saben unir la verdadera cortesanía que tiene por fin principal el agradar.

En cuanto á la hora de acostarse, si sois dueños de hacerlo cuando mejor os parezca, os aconsejo que no lo hagais despues de media noche. Ya os he hablado antes de ahora de las ventajas que trae el madrugar, tanto para la salud, como para el mejor desempeño de los negocios. Para madrugar, es preciso acostarse temprano.

Antes de retirarse á la cama un hijo bien

educado debe dar las buenas noches y besar la mano á sus padres, y saludar á los que se hallen presentes.

No debe entrar en la cama sin haber dado gracias á Dios por todos los beneficios recibidos durante el dia.

En el modo de desnudarse debe reinar la misma decencia que en el vestirse. Los vestidos deben ponerse con cierto orden y en paraje determinado, de manera que sea fácil hallarlos por la mañana, ó de noche si hubiere precision de levantarse : el orden es utilísimo, y economiza mucho tiempo.

Antes de quedaros dormidos, ocupaos un momento en repasar las acciones vuestras de aquel dia, ved si habeis hecho alguna cosa útil; si habeis cumplido con vuestros deberes, y prometed ser mejores al dia siguiente, si no estais satisfechos del modo con que habeis empleado el tiempo que acaba de pasar. Pensad que el tiempo huye para no volver jamás, y que las horas perdidas son otras tantas menos en el curso de vuestra existencia.

Esta reflexion es terrible, y si todos la tuviéramos mas fija en la memoria, seríamos mas avaros del tiempo.

Hé aquí, hijos míos, todo lo mas esencial y digno de que practiqueis para llenar vues-

tros deberes. Resumiré todo lo dicho en pocas palabras.

Volved el bien que os hagan, y seréis *hombres de bien*.

Haced el bien sin interés, y seréis *virtuosos*.

Tened en la sociedad una atención obsequiosa, servicial y galante por los demás, y seréis *corteses*.

En fin reunid estas tres cosas, y seréis *personas cabales ó perfectas*.

Por lo que hace á mí, he cumplido con uno de los puntos mas esenciales de la moral: os he trasmitido las mismas lecciones que he recibido de mis respetables padres. Algun día, si Dios lo permite, ocupareis el lugar que yo ocupo ahora. Pasad entonces á vuestros hijos lo que acabo de daros: es un deber sagrado, que me complace en creer desde este momento que lo sabreis desempeñar: así es como se propagan y se mantienen entre los hombres los buenos principios.

Supuesto, hijos míos, que ya he concluido todo lo que tenia que deciros acerca de la urbanidad, y que la tarde está tan serena, vamos á dar un paseo por el mar en la falúa que nos está esperando. Allí os leeré unas cuantas máximas divinas que he entresa-

cado para vuestra instruccion del *Libro de los Proverbios*.

Dicho esto, el padre de familias se dirigió con su esposa y sus tres hijos á la playa, entraron en una espaciosa falúa, y despues que los remeros bogaron con ordenado movimiento algunos minutos, para alejarse algun tanto de la orilla, alzaron los remos, y en la profunda calma que reinaba, quedó la barquilla casi sin moverse del sitio adonde habian llegado. Entonces el padre sacó un manuscrito y leyó lo que sigue.

Parábolas de Salomon, hijo de David, rey de Israel (1).

Para aprender sabiduría y doctrina : para entender palabras de prudencia, y recibir erudicion de doctrina, justicia, y juicio y equidad.

Para dar á los niños astucia, al mancebo sabiduría y entendimiento.

Oyéndolas el sabio, mas sabio será; y entendiéndolas poseerá el gobernalle.

El temor del Señor es el principio de la

(1) Estos Proverbios están copiados al pié de la letra de la Biblia traducida en español por el P. Felipe Scio de S. Miguel, de las escuelas pias, obispo de Segovia.

sabiduría. Los necios desprecian la sabiduría y la doctrina.

Escucha, hijo mío, la instrucción de tu padre, y no dejes la ley de tu madre.

Hijo mío, si te halagaren los pecadores, no condesciendas con ellos.

Porque los pies de ellos á lo malo corren, y van apresurados á derramar sangre.

No se aparten de tí la misericordia y la verdad: rodéalas á tu garganta, y cópialas en las tablas de tu corazón.

No estorbes hacer bien á aquel que puede: si puedes, hazlo tú mismo también.

No digas á tu amigo: Véte, y vuelve: mañana te daré, pudiendo dar desde luego.

No maquines mal contra tu amigo, puesto que él en tí tiene confianza.

El camino de los impíos es tenebroso; no saben donde caerán.

Guarda tu corazón con todo custodia, porque de él procede la vida.

Aparta de tí la lengua maligna, y los labios que desacreditan, lejos sean de tí.

Ve á la hormiga, oh perezoso, y considera sus caminos, y aprende sabiduría: la cual no teniendo guía, ni maestro, ni caudillo, previene para sí el sustento en el estío, y en tiempo de la mies allega lo que ha de comer.

¿Hasta cuándo, perezoso, dormirás?
¿cuándo te levantarás de tu sueño?

Seis cosas son las que aborrece el Señor,
y la sétima la detesta su alma:

Ojos altivos, lengua mentirosa, manos
que derraman sangre inocente;

Corazon que maquina designios pésimos,
piés lijeros para correr al mal;

Testigo falso que profiere mentiras, y
aquel que siembra discordias entre los her-
manos.

No reprendas al escarnecedor, para que
no te aborrezca. Corrige al sabio, y te
amará.

El hijo sabio alegra al padre: mas el hi-
jo necio tristeza es de su madre.

No afligirá el Señor con hambre el alma
del justo, y trastornará las tramas de los
impíos.

La mano floja produjo indigencia: mas
la mano activa acumula riquezas. Quien se
apoya en mentiras, ese se alimenta de los
vientos: y este mismo sigue á aves que vuelan.

Camino de vida tiene el que guarda la
correccion: mas el que deja las reprensiones,
va descarriado.

Ocultan odio los labios mentirosos: el
que profiere la contumelia, es necio.

En el mucho hablar no faltará pecado : mas el que modera sus labios muy prudete es.

La lengua del justo es plata escogida : mas el corazon de los impíos no vale nada.

Desaparecerá el impío como la tempestad que pasa : mas el justo es como cimiento durable por siempre.

En donde hubiere soberbia, allí habrá tambien deshonra : mas en donde hay humildad, allí tambien sabiduría.

Quien anda con doblez, descubre los secretos : mas el que es de corazon leal, calla lo que el amigo le fió.

En donde no hay gobernador, caerá el pueblo : mas hay salud, donde muchos consejos.

El corazon perverso es abominable al Señor, y le son gratos los que andan con sinceridad.

El deseo de los justos es todo bien : la esperanza de los impíos furor.

El que ama la correccion, ama la ciencia : mas el que aborrece la reprehension, es insipiente.

La mujer hacendosa es la corona de su marido ; y la que hace cosas dignas de confusion, le será podredumbre en sus huesos.

El justo cuida de la vida de sus bestias :

mas las entrañas de los impíos crueles.

El que labra su tierra, se saciará de pan : mas el que ama el ocio , es muy necio. El que tiene su gusto en detenerse en el vino, en sus fortalezas deja afrenta.

No se contristará el justo por cosa que le acontezca : mas los impíos estarán llenos de mal.

Los labios mentirosos son abominacion al Señor : mas los que obran fielmente, le agradan.

El hijo sabio es la doctrina del padre : el que es burlador, no oye cuando le corrigen.

Quien guarda su boca, guarda su alma : mas el que es inconsiderado para hablar, sentirá males.

Hay quien parece rico no teniendo nada, y hay quien parece pobre, teniendo muchas riquezas.

La riqueza hecha de prisa se menoscabará : mas la que se recoge poco á poco con la mano, se aumentará.

Pobreza é ignominia á aquel que abandona la correccion : mas el que se aquieta al que le reprende, será glorificado.

El que anda con sabios, sabio será : el amigo de los necios, tal se hará como ellos.

El que excusa la vara, quiera mal á su

hijo; y el que lo ama con muchas veras lo corrige.

La mujer sabia edifica su casa: mas la necia aun la fabricada destruirá con sus manos.

El que mira debajo de sí á su prójimo, peca: mas el que se apiada del pobre, sera bienaventurado.

En la muchedumbre de pueblo está la gloria de un rey; y en la escasez de plebe la ignominia de un príncipe.

El que es sufrido, con mucha prudencia se gobierna: mas el que no es sufrido, alza su locura.

La respuesta suave quebranta la ira: la palabra dura aviva la saña.

El corazon del sabio busca doctrina; y la boca de los necios se alimenta de sandeces.

Mas vale ser convidado á legumbres con amor, que con desafecto á un ternero cebado.

El varon iracundo mueve rencillas: el que es sufrido, apacigua las que se han movido.

El principio del camino bueno es hacer justicia; porque delante de Dios es mas aceptata que ofrecer víctimas.

Mejor es lo poco con justicia, que muchos frutos con iniquidad.

Corona de dignidad es la vejez, que se hallará en los caminos de la justicia.

Mejor es un bocado de pan seco con gozo, que una casa llena de víctimas con penencias.

Así como en el fuego es probada la plata, y el oro en la hornaza : así pueba el Señor los corazones.

El que menosprecia al pobre, insulta á su Hacedor ; y el que se alegra de la ruina de otro, no quedará sin castigo.

Mas aprovecha una reprension al prudente, que cien golpes al necio.

El malo siempre busca rencillas : mas el Angel cruel será enviado contra él.

Mejor es encontrarse con una osa, á quien han robado sus cachorros, que con un necio confiado en su necesidad.

El que vuelve males por bienes, no se apartará el mal de su casa.

En todo tiempo ama el que es amigo, y el hermano se experimenta en la angustias.

El corazon alegre hace la edad florida : el espíritu triste seca los huesos.

Aun el cuerdo si callare, será tenido por cuerdo ; y por inteligente si cerrare sus labios.

Achaques busca el que quiere retirarse

del amigo : en todo tiempo será digno de vituperio.

Quien responde antes que oiga, manifiesta que es un insensato y digno de confusion.

El hombre amable en el trato, será amigo, mas que un hermano.

Mejor es el pobre que anda en su sencillez, que el rico que frunce sus labios, y es insensato.

Las riquezas multiplican mucho los amigos : mas del pobre aun aquellos que tuvo se separan.

El falso testigo no quedará sin castigo, y el que habla mentiras, perecerá.

Dolor del padre, el hijo necio ; y tejado con continuas goteras, la mujer rencillosa.

Cosas y riquezas los padres las dan : mas mujer prudente propiamente el Señor.

La pereza trae sueño, y el alma floja hambreará.

A Dios da á logro el que hace misericordia con el pobre ; y sus réditos se los dará á el.

Oye el consejo, y recibe la correccion, para que seas sabio en tus postrimerías.

Quien aflige al padre, y abuyenta á su madre, es infame é infeliz.

Lujuriosa cosa es el vino, y la embriaguez

tumultuaría : cualquiera que se deleita en estas cosas, no será sabio.

El perezoso no quiso arar por causa del frío : mendigará pues en el estío, y no le será dado.

El rey, que se sienta sobre el trono de justicia, con una mirada suya disipa todo mal.

Con aquel que descubre los secretos, y anda con solapa, y abre mucho sus labios, no te mezcles.

Quien maldice á su padre y á su madre, apagada será su candela en medio de las tinieblas.

La misericordia y la verdad guardan al rey, y su trono se corrobora con la clemencia.

El que cierra su oreja al clamor del pobre, él también clamará, y no será oído.

Quien ama banquetes, en pobreza será : quien ama el vino y el buen bocado, no se enriquecerá.

Mas vale morar en tierra yerma, que con mujer rencillosa é iracunda.

Quien guarda su boca y su lengua, guarda su alma de angustias.

Quien sembra maldad, males segará, y con la vara de su ira será acabado.

Quien inclinado es á misericordia, será

bendito : porque de sus panes dió al pobre.

Victoria y honra adquirirá, quien dones da : porque arrebató el alma de los que los reciben.

No escasees al muchacho la correccion, porque si le golpearas con vara, no morirá.

Tú le sacudirás con vara ; y librarás su alma del infierno.

Oye á tu padre, que te engendró ; y no desprecies á tu madre, cuando envejeciere.

No mires al vino cuando rojea, cuando resplandeciere su color en el vidrio : él entra blandamente.

Mas al fin morderá como culebra, y deramará veneno como basilisco.

Cuando cayere tu enemigo, no te alegres, ni se regocije tu corazon en su ruina.

Para que el Señor que ve esto no se ofenda, y aparte de él su ira.

No seas testigo en vano contra tu prójimo ; ni adules á nadie con tus labios.

Si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer : si tuviere sed, dale á beber agua.

Como ciudad abierta, y sin cerca de muros, así el hombre que no puede refrenar su espíritu en hablar.

Las palabras del chismoso parecen sencillas, mas ellas penetran á lo mas íntimo de las entrañas.

Alábetelo el ajeno, y no tu boca : el extraño, y no tus labios.

Mejor es la corrección manifiesta que el amor escondido.

Quien anda sencillamente, será salvo : quien camina por caminos perversos, alguna vez caerá.

Quien á su padre y á su madre quita algo, y dice que esto no es pecado, participante es del homicida.

Quien da al pobre, no estará necesitado : quien desprecia al que pide rogando, sufrirá penuria.

La vara y la corrección dan sabiduría ; mas el muchacho que es dejado á su voluntad, avergüenza á su madre.

Enseña á tu hijo, y te recreará, y causará delicias á tu alma.

No seas lijero en airarte : porque la ira reposa en el seno del necio.

Todos escucharon con el mas profundo silencio las sagradas máximas que leyó el padre, y largo rato despues de haber dado fin, se vió pintado el respeto religioso en todos los semblantes. Los remeros empezaron á bogar de nuevo, y pasada media hora, volvió á su tranquilo hogar aquella feliz familia.

ODA

SOBRE

LOS DEBERES DE LA SOCIEDAD

POR M. THOMAS (1).

Despiértate, ó Mortal, y á tus iguales
Útil procura ser, y al mundo entero.
Sal de la indiferencia que te agobia.
El tiempo huye veloz : tal vez mañana
En pavorosa noche, en noche eterna
Te verás sin remedio sepultado.
¡ Dices que piensas, y tu loca ciencia
En estéril reposo se envilece !
Para la vida activa nació el hombre,
Arrastrarse en lánguida pereza,
Es lo mismo que hallarse ya en la tumba.
Mira en torno de tí, contempla el orbe ;
¡ Qué union comun gobierna al universo !
No hay ser que ocioso esté ; todo se encuentra
Con arte prodigiosa encadenado,
Y todo ocupa su lugar debido.
Purifican la atmósfera los vientos,
Las ondas se equilibran con el aire,

Traducida por el autor de esta obra.

Circula el agua y fertiliza todo,
El fuego á los planetas alimenta,
Y de pábulo al fuego todo sirve.
¡Y tú, que te conoces y que tienes
Tu alma por inmortal, sobre este globo
Lanzado te crearás á la ventura !
De la cadena universal que liga
Los seres todos que natura engendra,
Tú solo en ocio vergonzoso vagas.
Antes que tú nacieras, ya los hombres
De mil diversos modos te han servido,
O bien haciendo saludables leyes,
O fuertes murallones levantando.
De veinte siglos la experiencia lenta
Te ha preparado las amables artes.
La casa que te cubre y que es tu asilo,
El pan que te alimenta, tus placeres,
Y tus urgencias el deber te imponen.
De ser útil al mundo : todo, todo
Tu actividad y tu atencion reclama.

Respóndeme ¿ qué has hecho por tu patria?
¡Tan venerado nombre no es bastante
Para excitar en tí el remordimiento !
¿ Habrá ella de llorar tu vida un dia,
Cuando tu muerte lamentar debiera ?
¡ Oh vergüenza oprobiosa de la Europa
Y del presente siglo ! Los deberes
Del ciudadano apenas se conocen.
¡ Oh título sagrado que formaste
Los grandes hombres, qué es de tí en el dia !
De las virtudes por la estrecha senda
Tu tierna infancia y juveniles años
La patria dirigió. Con fiel balanza
Tu propiedad los jueces aseguran :

En tu defensa los guerreros mueren :
 Y ¿ qué haces tú por ellos, hombre inerte ?
 ¿ De hijo y de padre los preciosos nombres
 Serán extraños, ó Mortal, á tu alma ?
 El salvaje Hotentote su dulzura
 Allá en su hogar ensangrentado siente.
 ¿ No ves cuál se sonríe el tierno objeto
 De su amor conyugal ? El padre anciano
 Descansa al lado suyo encanecido :
 Pendiente de su cuello está el hijuelo
 Que le estrecha con brazos inocentes,
 Y tú entre tanto solitario, errante
 En la naturaleza, al universo
 Por ningún eslabon estás ligado.
 En tu alma fría y tristemente austera
 Debes sentir un horrible vacío.
 ¡ Si al menos la amistad enardeciera
 Con su llama de un sabio inanimado
 La estoica languidez !... ¿ A la honda huesa
 Bajarás sin probar el delicioso
 Placer que siente el hombre en ser amado,
 Y en amar á su vez ? Almas activas
 Siempre ha querido la amistad ardiente ;
 No vive, no, en la sombra del desierto :
 Su reposo es un crimen. ¿ Por ventura
 Las virtudes estériles merecen
 El nombre de virtud ? En todas clases,
 En todas las edades y países
 Débese el hombre al hombre : el indigente
 Derechos tiene sobre el rico vano,
 Tiénelos sobre el sabio el ignorante,
 Los súbditos también sobre los reyes.
 ¡ Tú duermes y no observas cómo gimen
 Cerca de tí los misereros mortales !

Ve como el mundo entero está entregado
A un cúmulo de horrores. ¡ Y tú duermes !
¡ Y nosotros lloramos ! ¡ Ay ! ¿ No escuchas
Los dolores gritos cual resuenan ?
¡ Cuántos huérfanos pobres ! ¡ Cuántas madres
Moribundas ! ¡ oh Dios ! ¡ Cuántos ancianos
Consumidos del hambre ! En las prisiones
Mueren mil inocentes ; mil familias
Errantes vagan, y sustento piden.
¡ Ay ! teme que sus sombras irritadas
Alguna vez su muerte te reprochen.
Teme tambien el torcedor cuidado
De la conciencia que severa acusa.
« ¡ He de sacrificarme por ingratos !
Con artificio pérfidos ; celosos
Por su propio interés tan solamente,
En el seno del mismo que les diera
La vida y bienestar, con falsa risa
Sepultan el puñal. No hay medio, todos
Víctimas son, ó déspotas feroces.
Bajo el perverso con dolor al justo
Se oye gemir ; al mérito persigue
Rastrera la ignorancia ; al oro cede
El acendrado honor, y al ver triunfante
Al crimen, mi virtud se desanima.
Déjame pues morir en mi retiro. »
¡ Pusilánime, así temiendo el vicio
Huyes de los perversos ! ¿ Qué sería
Del mundo ; ay Dios ! si la virtud modesta
De nuestra sociedad se desterrase ?
¡ Irá á ocultarse en los profundos antros
Al ver que reina el opulento vicio ?
El mas precioso adorno de este mundo
Es el mortal que la virtud ejerce.

LECCIONES DE MORAL.

Esos antiguos héroes, esos sabios
Cuyos ilustres nombres en las alas
Del tiempo destructor á las edades
Futuras pasarán llenos de gloria,
Aunque al linaje humano no estimaban
Mil útiles servicios le rendian.
Antes que dejes de servir á un hombre
A cien ingratos de favores colma.
¿ Qué importan los tributos y homenajes
De humilde gratitud ? ¡ Qué ! ¿ No te bast
Un Dios, tu corazón y tus virtudes ?
Mas puro es tu esplendor, y las ofensas
Del vil ingrato tu grandeza ensalzan.
El hombre con sus crímenes provoca
La cólera del Dios omnipotente
Que le ha creado, y cuyo amor insulta :
Y Dios prodiga al hombre dulces frutos,
Los rayos del astro esplendoroso.

EXÁMEN

DE LOS

MEDIOS QUE SE DEBEN EMPLEAR EN LA EDUCACION.

Puestos en práctica en un nuevo establecimiento de
educacion, fundado en Suiza por M. Krusi,
discípulo de Pestalozzi.

Acerca de la necesidad de una buena educacion, tanto con respecto al individuo, como con respecto al pueblo, ó al cuerpo político á que pertenece, no hay ni puede haber mas que una opinion entre los hombres juiciosos y bien intencionados. La gran dificultad está en el modo de plantearla y de llevarla á efecto, y la mala eleccion que se ha hecho en muchas ocasiones de prácticas, métodos y sistemas, ha podido quizás consistir en no haber resuelto acertadamente el problema á que Mr. Krusi se ha aplicado con particular y loable esmero, á saber :
¿cuáles son los medios que mas oportunamente se deben emplear para dar á la ju-

ventud una educacion perfecta? Por la palabra *medios*, no se entiende en este caso solamente los métodos, prácticas y artificios mas ó menos ingeniosos, que se adoptan generalmente con el fin de facilitar á la juventud el trabajo de aprender, sino además las facultades, las relaciones, las circunstancias á que se debe dirigir con preferencia la educacion para perfeccionar el ser intelectual y moral.

Mr. Krusi es de opinion que los medios aplicables á la educacion y mas fecundos en resultados, son :

- 1° La vida doméstica.
- 2° La enseñanza intelectual.
- 3° La religion.

La vida doméstica tiene á su cargo la conservacion del cuerpo y de las facultades físicas, y el desarrollo de las fuerzas. Por esta razon debe ser considerada como la base de la vida física.

El cuerpo es como la envoltura del espíritu : como el grano de trigo que contiene el germen de la vida intelectual, y de la vida moral y religiosa. La vida doméstica es como el terreno en que se deposita este grano, y en que se desarrolla y prospera.

La vida doméstica presenta tres relaciones principales : la de los padres con respecto

á los hijos; la de los hijos con respecto á los padres; la de los hermanos entre sí.

En la pureza de la vida doméstica, el afecto, que es el centro comun de todos los otros, y el principio de todas las acciones del individuo, es el amor. En los padres este amor se manifiesta por medio de las atenciones mas tiernas y de los mayores sacrificios; en los hijos por medio de un respeto y de una obediencia sin límites; en los hermanos por sus esfuerzos simultáneos dirigidos á la felicidad comun. Cada circunstancia, cada movimiento, por decirlo así, de la vida doméstica, pone en actividad la existencia total del hombre, su cuerpo, sus afectos y su inteligencia. Mientras mas se aleja el hombre de este círculo, mas se aísla y se concentra el ejercicio de cada una de estas facultades.

Una casa de educacion debe presentar la imagen de la vida doméstica. Los maestros deben mirar á los discípulos como á hijos; los discípulos á los maestros como representantes de sus padres; y entre sí, como hermanos. El amor debe animar todas estas relaciones. De este modo se prepara la juventud á la enseñanza intelectual y á la vida religiosa. Sin aquella lenta pero eficaz preparacion, los sentimientos religiosos no pue-

den echar raíces en el corazón del hombre, ni la enseñanza intelectual puede servirle más que para satisfacer el egoísmo y lisonjear la vanidad.

Segundo medio. Enseñanza intelectual. La enseñanza intelectual debe tener por objeto el desarrollo de las facultades y la adquisición de conocimientos, y en esta segunda parte se incluye la destreza de la ejecución. El desarrollo de las facultades las abraza todas, y las pone en armonía. El fin esencial es el ejercicio de las facultades activas y productivas, porque para que el espíritu se perfeccione, es necesario que obre por sí mismo. Por otra parte el ejercicio de las facultades activas y perceptivas supone el de las pasivas y *receptivas*, á saber, la comprensión y la memoria, las cuales, á su vez, suministran elementos á la facultad de producir. El único medio elemental de desarrollar las facultades productivas del entendimiento es lo que el entendimiento produce esencialmente, á saber :

El número.

La forma.

El lenguaje.

El elemento del número es la unidad ; el elemento de la forma es la línea ; los elementos del lenguaje son la idea, elemento

interior, el sonido, elemento exterior. Cada uno de estos tres medios puede ser empleado de dos modos diferentes: para desarrollar la facultad de conocer lo verdadero, y para desarrollar la facultad de discernir lo bello.

No pueden desarrollarse las facultades de un individuo, sin que este individuo adquiriera al mismo tiempo cierta suma de conocimientos, y cierta facilidad en los órganos físicos para ejecutar lo que el espíritu ha concebido.

Los ejercicios, que tienen por objeto esencial el desarrollo de las facultades, como los que se dirigen á la adquisicion de los conocimientos, deben sucederse en un orden necesario; de modo que cada ejercicio encierre el gérmen de los siguientes, y los prepare. El desarrollo de las facultades principales de nuestra naturaleza y la adquisicion de un cierto número de conocimientos son condiciones necesarias para que cada individuo pueda llenar su destino, como hombre, como ciudadano y como cristiano. Est-progreso de las facultades y esta adquisicion de conocimientos constituyen la educacion elemental, que debe ser la misma para todos. Fuera de los límites de la educacion elemental, la extension y la naturaleza de los conocimientos deben variar segun las

disposiciones individuales que inclinan al hombre á ciertas profesiones, y segun las circunstancias de la vida que le imponen ciertos deberes. En la adquisicion de los conocimientos debe haber una marcha elemental que conduzca á la marcha científica. La primera conviene al niño, porque sube de una serie de hechos particulares al descubrimiento de las verdades generales. La segunda solo conviene al hombre cuyo espíritu está formado, porque se dirige á principios fundamentales y comprensivos. Vamos á indicar los medios de desarrollo y los principales conocimientos cuya adquisicion es necesaria. Despues consideraremos al niño en sus diferentes edades, y observaremos los grados de enseñanza que á cada una de ellas corresponde.

Primer medio: el número. Parte primera: ejercicios sobre el número en su direccion hácia lo verdadero. Cálculo de cabeza, que abraza: 1°. Ejercicio sobre las unidades. 2°. Ejercicio sobre las fracciones simples. 3°. Ejercicio sobre las fracciones de fracciones. En cada una de estas series de ejercicios se distinguen tres grados sucesivos. Primer grado: aprender á contar. Segundo grado: composicion de los números, descomposicion de los números. Tercer grado:

determinacion de las relaciones simples y compuestas de los números : á saber, cálculo de signos, conocimiento de la numeracion y del sistema decimal, las cuatro reglas simples, la regla de tres, elevacion á las potencias y extraccion de raíces y álgebra.

Aplicacion del cálculo de cabeza, ó del cálculo de los signos, con objeto de conocer las relaciones que el número determina, y de adquirir la destreza de los cálculos usuales. A esta ramificacion pertenecen la extension en virtud de medidas necesarias y de medidas arbitrarias, el tiempo y la duracion, el peso y el valor convencional de los objetos.

Ejercicios sobre el número en su direccion hácia lo bello. Medida comun de los elementos ó la música.

Segundo medio : la forma. Ejercicios sobre la forma en su direccion hácia lo verdadero. Construccion de figuras en virtud de condiciones dadas, ya sea con líneas determinadas por puntos, ya con planos determinados por puntos y líneas. Evaluacion de líneas y superficies, ya en virtud de medidas necesarias, ya en virtud de medidas convencionales. Medida de la longitud, por medio de la línea; de la longitud y de la latitud, por medio de superficies; de la longitud, de

la latitud y de la profundidad, por medio de los sólidos. Estos mismos ejercicios conducen en un grado superior á la trigonometría y á las secciones cónicas.

Ejercicios sobre la forma en su direccion hácia lo bello. Dibujo linear; perspectiva de observacion, y perspectiva de leyes geométricas; conocimiento é imitacion de la luz y de las ombras; ejercicios graduados de dibujo al natural, ó á vista de modelos naturales.

Tercer medio, el lenguaje. Aquí debemos entrar en clasificaciones menudas, que requieren sumo orden y claridad. El lenguaje, como ya hemos observado, es interior ó exterior.

Lenguaje interior, ó considerado principalmente con respecto al sentido de las palabras. Ejercicios para enseñar al niño á observar y á expresarse con facilidad y precision. Lenguaje materno y doméstico. Denominacion de los objetos. Cualidades de los objetos. Acciones y circunstancias de ellas. Estos diferentes ejercicios acostumbran á clasificar y á distinguir. Si el niño se habitúa á separar el objeto de sus cualidades, á separar las acciones de las circunstancias que las acompañan, y á aplicar á cada uno de estos puntos la voz que le corresponde, ha-

brá adquirido insensiblemente una lógica natural que le conducirá á mantener en perpetua armonía el pensamiento y el lenguaje.

Lenguaje social, extension del lenguaje materno y doméstico. Ejercicios sobre las familias de las voces ó determinacion de las voces que tienen una misma raíz, y de los signos ó partes adicionales que se agregan á esta raíz para diversificar las significaciones. Sinónimos, dificultades de los idiomas.

Lenguaje exterior, ó considerado con respecto á la forma de la palabra. Lenguaje exterior en su direccion hácia lo verdadero. Lenguaje hablado y escrito: el primero abraza la composicion de las palabras, la composicion de las frases, la composicion de los períodos; el segundo el conocimiento de los signos ó la lectura, el uso práctico de los signos ó la escritura, la expresion correcta de los sonidos por medio de los signos ó la ortografía, el uso de los signos que determinan las relaciones de los miembros del lenguaje escrito ó la puntuacion.

Lenguaje exterior en su direccion hácia lo bello: sucesion y combinacion de los sonidos ó la música.

El estudio de las leyes de la construccion del lenguaje constituye la gramática. Siendo estas leyes la imágen de las leyes del pen-

samiento, el estudio de la gramática conduce al de la lógica, en el cual se reúnen el estudio de lenguaje interior y del lenguaje exterior. Los ejercicios que se practiquen sobre estos géneros de lenguaje, ponen al discípulo en estado de disponer sus diversas partes, para expresar las ideas y los afectos. Tales son las funciones de la retórica.

Siendo el lenguaje la expresión de la vida física, intelectual y moral, debe ser el mismo en todas partes, en cuanto á sus partes fundamentales; pero, como las facultades de hombre han tomado diverso giro según las circunstancias que han influido en su suerte, el modo de expresarse ha debido someterse á este influjo, y de aquí han nacido los diversos idiomas usados en las diferentes naciones que pueblan el globo. El estudio de las lenguas muertas y extranjeras forman pues parte de la educación, subordinada al lenguaje escrito y hablado, en su dirección hácia lo verdadero. Para que con el estudio de estas lenguas se consiga el fin de aprenderlas fácilmente y con perfección, sería necesario que se practicase según los ejercicios que hemos indicado para el lenguaje nacional.

Aplicación del lenguaje á la adquisición de los conocimientos. El centro de todos los

objetos de los conocimientos es el hombre, en sus tres aspectos de físico, intelectual y moral. Conocimiento del hombre físico, á saber, de las partes del cuerpo y de los sentidos. El discípulo, cuando ha adquirido los conocimientos relativos al hombre físico, conoce el mas perfecto de los entes organizados, y el primer eslabon de la cadena exterior del universo. El hombre pertenece al reino animal por su cuerpo, por sus funciones y por sus apetitos. Emplea los animales á diferentes usos; por consiguiente, el conocimiento del hombre físico conduce al reino animal. Las plantas son entes organizados, aunque en línea inferior á los animales; contribuyen á nuestro alimento, á nuestros usos, á la cura de nuestras dolencias; nacen, crecen, se reproducen, declinan y mueren: el conocimiento del hombre físico conduce pues al del reino vegetal. Las sustancias que carecen de organizacion tienen con el hombre físico relaciones no menos poderosas que los animales y las plantas. Las artes las emplean en todas sus operaciones; el conocimiento pues del hombre físico conduce al del reino mineral.

El fuego, el aire, el agua y la tierra se presentan como elementos de todas las cosas existentes á los ojos del que carece de los me

dios de analizarlas. Por medio de aquellos principios se conservan, se destruyen y se transmutan todos los objetos sensibles. El fuego consume, el agua liquida, el aire volatiliza y la tierra mineraliza. El estudio de los tres reinos de la naturaleza conduce pues al de los elementos de las sustancias que los componen, es decir, á la química.

El hombre físico, los animales, las plantas, los cuerpos inorgánicos pertenecen al globo terrestre, cuyo estudio constituye la geografía. El globo terrestre, considerado como uno de los cuerpos que pueblan el espacio, conduce á la astronomía.

El hombre intelectual. Bajo este aspecto, el hombre tiene tres grados de facultades. Facultades inferiores, á saber, facultad de percibir, de observar. Facultades medias, á saber, facultad de comparar, de juzgar, de sacar consecuencias. Facultades superiores, es decir, de ver con los ojos del espíritu las esencias de los objetos, de creer en la revelacion divina. Del estudio de las facultades intelectuales emana el de las producciones de la inteligencia.

Hombre moral. Gérmén de la moralidad : afecto, es decir, amor, confianza, gratitud. Frutos de estos afectos, obediencia. Facultades cuya actividad nace de la inteligencia y

del afecto: voluntad, libertad. Facultad que dirige la voluntad y la libertad: conciencia.

El hombre, como ser moral, está en relaciones con entes superiores, iguales ó inferiores á él. Los entes superiores con los cuales estamos en inmediata relacion desde que gozamos de la vida, son nuestros padres. Los entes superiores con quienes nos ponemos en relacion cuando entramos en la sociedad, son los depositarios de la autoridad. El mas alto punto de nuestras relaciones con entes superiores es Dios. La relacion fundamental del hombre con sus iguales es la fraternidad, verdadera y real de la vida doméstica, con respecto á los hermanos; social, con respecto á los otros hombres, considerados como miembros de una misma familia. La relacion fundamental del hombre con respecto á sus inferiores es la paternidad, verdadera en la vida doméstica, con respecto á los hijos; social, con respecto á todos aquellos sobre quienes ejerce autoridad.

Las relaciones de que acabamos de hablar existen en la vida doméstica, en la sociedad civil y en la religion, y su estudio conduce al de nuestros derechos y obligaciones como hombres, como ciudadanos y como cristianos.

Practicado este estudio con respecto a

nombre mismo, se extiende naturalmente a los otros hombres, y tal es el objeto de la historia. La historia comprende tres grados sucesivos: 1º. Los hechos particulares y bien escogidos que se presentan al discípulo, cuando empieza á estudiar la naturaleza humana, y que mas tarde aplica á los pueblos y á los siglos á que aquellos hechos corresponden. En este grado, el estudio de la historia sirve de alimento á la imaginacion y á la memoria. 2º. La reunion de un gran número de hechos particulares, relativos al mismo pueblo, por cuyo medio el discípulo puede formar el cuadro total de la historia de este pueblo. La historia sirve entonces de alimento al juicio. 3º. El conjunto de nociones históricas, y la aplicacion de la reflexion á este conjunto, para sacar de él la confirmacion de las verdades morales, la fisonomía de los pueblos, y el encañamiento de las causas con los efectos y de los principios con los resultados. La historia en este grado sirve de alimento á las mas notables facultades de la inteligencia.

Medios auxiliares para el desarrollo de las facultades y para la adquisicion de los conocimientos. Lecturas graduadas y escogidas; estudio de memoria; exámen de las producciones de las artes, é investigacion

de los principios de lo bello y de lo bueno que en ellas se encuentran ; imitacion y reproduccion, es decir, declamacion, ejecucion de música, copia de dibujos y cuadros.

Medio auxiliar para disponer el cuerpo á seguir sin obstáculo los impulsos del espíritu. Gimnástica, que abraza los juegos de la niñez, los ejercicios que fortalecen y agilitan, y los que facilitan el uso de las artes.

Distribucion de los elementos que se acaban de clasificar en los diferentes grados de la educacion, ó en las diferentes edades del discípulo. Primera edad, hasta cinco años. En este período, el niño es exclusivamente objeto de los esmeros de sus padres. La instruccion que recibe es accidental : cada momento, cada circunstancia puede suministrarle ocasion de fijar su atencion en los objetos que le rodean. Los progresos que el niño haga en esta edad, los hábitos que adquiera, el giro que sus facultades tomen son de la mayor importancia para lo sucesivo.

Segunda edad, de cinco á diez años. En este período, y no antes, empieza la serie de prácticas y ejercicios comprendidos bajo el nombre de educacion. Los ejercicios que pertenecen á esta edad, son : lengua materna y doméstica ; lenguaje exterior,

composicion de palabras, lectura, escritura, ortografía; ejercicios elementales de canto; cálculo de cabeza con unidades; construccion de figuras, y dibujo linear; aplicacion del lenguaje á la adquisicion de conocimientos; conocimiento del cuerpo humano.

Tercera edad, de diez á quince años. Lenguaje interior, social; lenguaje exterior, composicion de frases y períodos; ortografía, puntuacion; continuacion y graduacion de los ejercicios de canto; cálculo de cabeza con fracciones simples y compuestas; cálculo con números hasta la regla de tres, relacion de las formas, ó geometría; dibujo, perspectiva, sombras. Aplicacion del lenguaje á la adquisicion de conocimientos; continuacion y progresos del estudio del hombre físico; elementos del conocimiento de los tres reinos; principios del conocimiento de los elementos y de sus leyes, ó física, geografía; primer grado del estudio de la historia.

Edad cuarta, desde quince á diez y ocho ó veinte años. Continuacion del lenguaje exterior; reglas de la construccion lógica. Combinacion estudiada de los elementos del lenguaje, expresion acertada de las ideas y de los efectos, retórica. Cálculo, elevacion á las potencias y extraccion de las raíces, ó

álgebra, geometría, secciones cónicas, etc. Continuación de la perspectiva, dibujo al natural. Aplicación del lenguaje á la adquisición de conocimientos, continuación del estudio del hombre, relaciones del hombre, continuación del estudio de los tres reinos, aplicación del análisis al conocimiento de los elementos, ó química. Extension de la geografía en sus aplicaciones matemáticas é históricas. Tercer grado de historia.

En cada uno de los períodos que van clasificados conviene que se gradue y extienda el estudio de la lengua extranjera viva ó muerta que se haya preferido. Los ejercicios sucesivos de este ramo de enseñanza deben seguir el giro que se ha señalado á los demás en cada período.

Tercer medio : religion. Como el alma vivifica al cuerpo, así la religion vivifica y ennoblece la vida doméstica, la vida social y la vida intelectual. Sin la religion, el hombre en cada una de estas esferas, solo tiene miras terrestres, y carece de verdadera dignidad. Los medios especiales que la educación puede emplear acertadamente para cimentar la vida religiosa son : ejercicios de piedad, oracion; conversaciones religiosas en que se apliquen á los sucesos de la vida las verdades, las máximas y los con-

suelos de la religion ; estudio de la Historia Sagrada compuesto de trozos escogidos de las Santas Escrituras ; práctica de las obligaciones que impone la religion.

Tales son los pormenores del plan de educacion de M. Krusi , que , á la originalidad de la teoría en que se funda, reúne una ingeniosa graduacion de todos los ramos comprendidos en la enseñanza, graduacion que puede aplicarse , con las alteraciones que las circunstancias dicten, á todos los géneros de educacion , clásica , literaria, científica y mecánica. M. Krusi ha fundado en Suiza un establecimiento dirigido segun las reglas de su plan , y la práctica ha demostrado ya la solidez de sus principios.

INDICE.

DEDICATORIA.	1
INTRODUCCION.	9
Tarde I. — De la sociedad.	11
PARTE PRIMERA. — DE LA MORAL.	
Tarde II. — Deberes para con Dios.	20
Tarde III. — De los deberes con los padres.	23
Tarde IV. — De los deberes para con sus hermanos y semejantes.	32
Fábula del Leon y del Raton	37
Fábula del Castor y la Liebre.	38
Tarde V. — De lo que debe el hombre á su patria.	40
Tarde VI. — No hacer mal á otro.	44
No ofender al prójimo en su persona.	45
No perjudicar al prójimo en sus intereses.	49
Tarde VII. — No ofender al prójimo en su honor.	64
Debemos tolerar mutuamente las faltas.	70
A nadie se debe humillar.	73
Tarde VIII. — Hacer daño á los animales es señal de mal corazon.	75
PARTE SEGUNDA. — DE LA VIRTUD.	
Tarde IX.	82
Sacrificarse por sus semejantes.	86
Romance del Cid.	93
Tarde X. — De las virtudes personales.	96
La Parra y el Podador. Fábula.	98
Hacer bien por mal.	107
PARTE TERCERA. — DE LA URBANIDAD.	
Tarde XI. — De la urbanidad en general.	110
Tarde XII. De la hora de levantarse.	115
Del traje y de la limpieza.	118
Tarde XIII. — Respeto á los ancianos.	123
De la docilidad y condescendencia.	125
Tarde XIV. — Reglas para la conversacion.	128
Conviene observar con qué gentes se está, antes de hablar mucho.	129
Cuentos y digresiones.	130
Sobre la accion.	ib.
Habladores y cuchicheros.	131
Desatencion cuando habla otra persona.	132
No se debe interrumpir al que habla.	133
No os deis la importancia de sabios en tertulias.	ib.
Contradecid con urbanidad.	134
Evitad las disputas.	135
Disputad siempre con moderacion, y no aposteis.	ib.
Obsérvense las propiedades locales.	136
Chistes, agudezas, etc.	ib.
Egoismo.	137

Sobre el aire reservado y misterioso.	139
Mirad á las persona con quien habláis.	140
No ataqueis á la corporaciones.	ib.
Bufonadas.	141
Juramentos.	142
Secreto.	ib.
Conviene hablar á cada uno como corresponde.	143
Estando en sociedad nadie debe suponerse ser el objeto de la risa de los demás.	ib.
Seriedad.	146
Tarde XV. — Del modo de conducirse una sociedad.	150
Tarde XVI. — Del modo de estar en la mesa.	157
Tarde XVII. — Conducta que se debe observar en el juego.	163
Del baile.	171
Del modo de andar por las calles.	173
Tarde XVIII. — De lo que deben los hombres por urbanidad á las señoras.	176
Del modo con que las jóvenes deben conducirse en la sociedad con los hombres.	179
Tarde XIX. — No atacar á nadie en su creencia religiosa.	187
Empleo del tiempo.	189
Ociosidad.	ib.
Lectura.	190
Modo de hacer las cosas.	ib.
Método.	191
Frivolidades.	193
Economía.	194
Tarde XX. — De las amistades.	196
Fábula de las Manzanas.	198
Del mentir.	199
Fábula del Mentiroso castigado.	201
Arte de agradar.	203
Cumplimientos.	208
Tarde XXI. — De la escritura de las cartas.	210
De la pronunciaci6n al tiempo de hablar.	213
Expresiones vulgares.	215
Apodos.	ib.
Tarde XXII.	217
Del tiempo y modo de acostarse.	218
Parábolas de Salomon, hijo de David, rey de Israel.	221
Oda sobre los deberes de sociedad por M. Thomas.	232
Exámen de los medios que se deben emplear en la educaci6n, puestos en práctica en un nuevo establecimiento de educaci6n fundado en Suiza por M. Krusi, discípulo de Pestalozzi.	237

FIN

Biblioteca Nacional de Maestros

OBRA QUE SE HALLAN EN LA MISMA LIBRERIA

Mantilla. Libro de lectura n° 1, para aprender á leer. Novisima edicion clara y correcta. 4 tomo en 42° con muchas láminas. *Holandesa.*

Mantilla. Libro de lectura n° 2 para la instruccion y educacion de los niños que empiezan á leer. Novisima edicion correcta. 4 tomo en 42° con láminas finas. *Holandesa.*

Mantilla. Libro de lectura n° 3, coleccion de trozos escogidos de los mejores escritores de España y América, para formar el gusto y el estilo. 4 tomo en 42° de buena impresion, con láminas. *holandesa.*

Libro primario de lectura, por el doctor ENRIQUE MANDÉVIL. Nueva edicion. 4 tomo en 42° con láminas. *Media pasta holandesa.*

Libro segundo de lectura, por el doctor ENRIQUE MANDÉVIL. Nueva edicion. 4 tomo en 42° con láminas. *Media pasta holandesa.*

Libro tercero de lectura, por el doctor ENRIQUE MANDÉVIL. Nueva edicion. 4 tomo en 42°. *Media pasta holandesa.*

Gramatica de la lengua italiana formada sobre los mejores autores, por BÓRDAS. Nueva edicion, corregida y aumentada. 4 tomo en 42°. *Pasta de tela inglesa.*

Gramatica latina, por ARABO, escrita con sencillez filosófica. Nueva edicion, aumentada con un Epitome de retórica y las reglas para facilitar la traduccion al latin. 4 tomo en 42°. *Pasta de tela inglesa.*

Gramatica latina, escrita con nuevo método, por IRIARTE. Nueva edicion. 4 t. en 42°. *Pasta de tela inglesa.*

Diccionario (Nuevo) portátil de la lengua castellana, segun la Academia española, mas completo que los publicados hasta hoy. 4 tomo en 48°. *Pasta de tela inglesa.*

Paris. — Impr. G. ROUGIER y C^o, calle Cassette.